

HASTA LAS ESTRELLAS SE  
ENAMORAN



AMBROS STILL

**Hasta las estrellas se enamoran**

**Ambros Still**

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[OTRAS OBRAS DEL AUTOR](#)

© 2013 Safe Creative

All rights reserved

Fotografía: © CURAphotography - Fotolia.com

Diseño de portada: CJB

## Dedicatoria

A mi mujer Ana sin cuyo apoyo, confianza y amor no hubiera sido posible.

Ambros Still

Agradecimientos

A mis padres Rafael y Rosario, mis hermanas Ana Mari, Rafi, Rosarito y mi sobrina María Auxiliadora. A mis Vips que me apoyaron durante la creación del libro: Uge, Itziar, Carmen, Cristina, Fátima, Marian, Jéssi y Alexia Jorques. A todos los miembros de mi grupo Vips de facebook.

## Capítulo 1

Axel estaba fregando el pasillo tres del supermercado, cuando su supervisor John Deck se le acercó por detrás.

—Axel cuando termines de limpiar pásate por mi oficina. Tenemos que cuadrar tus dos semanas de vacaciones.

Axel asintió con la cabeza y se concentró de nuevo en su tarea. Aunque la mayoría de los trabajadores odiaban fregar los suelos, a él le relajaba y de paso no tenía que hablar con nadie. Salvo para avisar para que nadie se pegara el gran batacazo. En una ocasión un hombre resbaló varios metros hasta llegar a empotrarse contra la isleta de los congelados. Todavía se reía recordando a aquel tipo, con la cara roja vociferando como un loco mientras un paquete de merluza colgaba de su cabeza. John se las vio negras para evitar que el tipo denunciara y con razón al supermercado. Axel ya le avisó que el líquido que usaban para limpiar el suelo era demasiado denso y que creaba una pequeña película en el suelo, que más que limpiar convertía el suelo del supermercado en una inmensa pista de patinaje. Como siempre lo había ignorado, que iba a saber un simple reponedor.

Pasillo tras pasillo la tarea llegaba a su fin. En la línea de caja estaba Martha una joven venezolana de cabello castaño y ojos negros, era la única persona agradable del supermercado. Una pena que estuviera casada y con dos hijos. A menudo bromeaba con ella llamándole hermanita, conocía a su marido el gran Rony un tipo enorme pero con la agresividad de un osito de peluche. También estaba sus dos hijos Jane la preciosa rubita y Tob el travieso.

Arrastró el carro de la limpieza hasta la caja. Martha estaba concentrada revisando sus cuentas. Ya eran las nueve de la noche y estaban cerrando. El resto de cajas o estaban ya cerradas o atendiendo a los últimos clientes, que como siempre llegaban rezagados.

—Sólo voy a comprar un par de cosas. —decían. —Y al final hacían la compra del mes. A Axel le reventaban esos clientes que le obligaban a echar horas extras que John nunca les pagaba.

— ¿Qué pasa hermanita? Te veo muy concentrada. —preguntó Axel.

—Me duele la cabeza un horror. Y esta maldito tpv no me deja sacar el reporte del día.

Axel dejó en una esquina el carrito de la limpieza y se acercó al terminal. Marcó un código y como por arte de magia, la impresora emitió el reporte.

—Como te quiero hermanito. —dijo Martha acercándose a él y dándole un sonoro beso en la mejilla.

Axel se limitó a guiñarle un ojo y alejarse con el carrito. Pulsó un botón en la pared y una puerta de plástico se levantó permitiéndole entrar a la zona de almacén donde se encontraba el cuarto de la limpieza. Vacío los cubos y los enjuagó con agua limpia. Colocó cada cosa en su sitio y cerró la puerta del cuarto.

— ¿Qué diantres querría John con las vacaciones? El ya notificó que quería dos semanas en octubre un mes que en Florida solía ser más o menos tranquilo en el supermercado.

Axel entró en el despacho de John y se sentó en la silla que había junto a la mesa. John lo miró taciturno.

—Te he dicho mil veces que llames a la puerta antes de entrar. —dijo John malhumorado.

—Pero si la puerta estaba abierta. —alegó Axel.

—Me da igual. Son mis normas. —dijo John furioso.

Axel se levantó ante la sorprendida mirada de John, salió fuera, cerró la puerta, tocó golpeando varias veces al cristal y entró.

— ¿Mejor? —preguntó Axel sonriéndole pícaramente.

John se pasó la mano por la cara irritado.

—Bien el asunto es que no te puedo dar las vacaciones en octubre. La cadena preveé para esas fechas mandar a varios empleados a la central para realizar un curso. Ya sabes por lo de los tpv nuevos. Te daré las próximas dos semanas de vacaciones.

— ¿Qué? ¿En pleno mes de agosto? A estas alturas es imposible encontrar plaza en ningún sitio, por no decir que me costaría un riñón irme de vacaciones fuera de Florida. —dijo Axel enfadado.

—Florida tiene muy buenas playas. No tienes que irte a ningún sitio. —respondió sonriendo John. — Más económico te sale.

—Maldito cabrón. Sabías que pensaba irme a Francia, llevaba dos años ahorrando.

—Pues sigue ahorrando para el año que viene. Y si vuelves a insultarme te...

— ¿Qué me vas a hacer? —preguntó Axel mirándole fijamente con total frialdad—. Tócame las pelotas y le digo a tu mujer que te acuestas con Melisa la encargada de panadería.

— ¿Pero tú como sabes eso? —preguntó asombrado John.

—Lo sé y punto. Vuelve a jugármela y verás cómo me divierto informando a tu mujercita. Por cierto su hermano era marine ¿verdad? Sería una pena que te rompa tu gordo culo.

—Mira Axel. Las vacaciones son así, es por culpa de la central. Yo no puedo hacer nada te lo juro. O te las tomas en esa fecha o no te las coges y te las pago. No puedo hacer otra cosa. —dijo John con un tono casi de súplica. Ya se veía con los ojos morados si su cuñado se enteraba de sus infidelidades.

—Está bien. Pero me tomaré libre lo que queda de semana y no me descontarás ni un céntimo. Al fin y al cabo estamos a jueves. Son sólo dos días. —exigió Axel.

—Ok perfecto. Sin problema. —contestó un acojonado John.

Fuera de la oficina los empleados ya estaban apagando las luces y bajando las persianas exteriores. Todo el que no estaba cerrando ya se había marchado a la zona de vestuarios.

De camino Martha se le cogió del brazo, sonriente por haber acabado la jornada laboral.

— ¿Qué pasa Axel? Te veo muy enojado.

—Normal. Me acaban de reventar mis vacaciones en Francia. —respondió Axel.

Martha lo miró asombrada y apenada.

— ¿Qué ha pasado?

—La empresa sólo puede darme las próximas dos semanas. Ya me dirás a donde voy yo ahora. Sin tiempo para organizar nada. Tanto ahorrar para nada. —protestó Axel.

—Puedes ir el año que viene. —dijo Martha en un intento de animarlo.

—Los dos sabemos que para el año que viene se acaba mi contrato y no creo que John me lo renueve. Es la política oficial de la empresa para no hacernos fijos. —respondió Axel acariciando la mejilla de Martha. —Tendré que improvisar. No me apetece quedarme en Florida en la época del año donde más turistas hay abarrotando sus calles y establecimientos.

Una hora más tarde abrió la puerta de su mugriento apartamento. Bueno ratonera inmunda, le venía mejor como descripción. El edificio era de los más viejos, nada que ver con esas mansiones de los famosos. Tenía más trampas para ratones y cucarachas que muebles. Las ventanas filtraban el aire frío en invierno y caliente en verano. El aire acondicionado no funcionaba y la cocina siempre tenía las tuberías atrancadas. Aún así, lo tenía muy cuidado y mimado. Aunque era algo fetichista o friki según se mirara. No tenía un solo cuadro o póster que no fuera de su actriz favorita Debra Mainor. Aquella bella mujer de ojos azules y cabellera negra le había robado su corazón. Era su amor platónico, la mujer perfecta. Llevaba su foto como salva pantallas en el móvil, la tablet, el pc y cualquier cacharro que tuviera a mano. Resultaba una manía enfermiza, pero ni podía ni quería evitarlo. Era demasiado tímido con las mujeres, le costaba intimar con ellas. Por eso le gustaba imaginar que cuando llegaba a casa Debra le esperaba viendo la televisión o preparándole la cena. Por la noche dormía abrazado a su almohada imaginándose que era ella. Era lo único que tenía, una absurda fantasía que le servía para evadirse de la cruda realidad. Sin familia, sin dinero y trabajando en el peor sitio del mundo. No tenía ninguna razón para seguir viviendo.

Entró en la ducha y abrió los grifos, para variar el agua caliente salía fría como el hielo. Nunca entendió como podía pasar eso en pleno verano. Se duchó lo más rápido que pudo y se secó con una gruesa toalla ya raída.

## Capítulo 2

Axel estaba sentado en el viejo pero mullido sillón de su estrecho apartamento, con la caja de pizza en el regazo y con una porción en la mano. Por televisión emitían un documental de famosos. Mansiones, fiestas y hoteles de lujo.

—El hotel Océano dorado en la Riviera Maya, es uno de los hoteles más visitados por los famosos, debido entre otras cosas a las estrictas medidas de seguridad que garantizan su intimidad. Un complejo de ocio, en el que se puede disfrutar de enormes piscinas, acceso a playa privada, discotecas temáticas y restaurantes con gran variedad de platos. Pero eso sí, sólo al alcance del bolsillo de unos pocos. —dijo la reportera.

Axel se quedó pensativo. Llevaba años ahorrando para Francia, por lo que disponía de una buena suma de dinero. No estaría mal pasar dos semanas allí, quien sabe igual hasta conocía a algún famoso y luego podría pavonearse con los compañeros del supermercado. Encendió el portátil y busco en google el hotel. Comprobó la hora en México que por la diferencia horaria, le venía de perlas. Agarró el móvil y llamó al hotel.

—Hotel Océano dorado, dígame. —respondió una voz con denotado acento mexicano.

—Verá, quería hacerle una consulta. —Axel era muy tímido para estas cosas, era algo que no podía evitar. Sé que le resultará rara esta pregunta, pero me gustaría saber cuánto cuesta la habitación más económica que tienen.

—No se preocupe señor. La más económica tiene un costo de quinientos dólares al día. Todo incluido por supuesto. —respondió la recepcionista con diligencia y cortesía.

—¿Sería posible reservar dos semanas a partir del próximo domingo?

—Un segundo señor y compruebo disponibilidad. Es posible. Dígame su nombre.

—Axel Crow. —respondió casi susurrando.

—Bien señor Crow. ¿El teléfono de contacto es el que aparece en mi centralita?

—Sí. —contestó Axel.

—Bien le envío un mensaje al móvil con un código de acceso, introdúzcalo en el apartado reservas en nuestra web y le aparecerá un documento con la reserva. Puede pagar con su tarjeta o bien cuando usted llegue al hotel.

—Bien, gracias señorita. —dijo Axel.

Tomó de nuevo el portátil, apartando la apestosa y grasienta caja de pizza a un lado del sillón. Entró en la página web introdujo el código y descargó el documento con la reserva. Después pago el importe total de la reserva, no quería preocuparse por el dinero cuando estuviera de vacaciones.

—Bien Axel. ¡Te vas a la Riviera Maya! —gritó eufórico.

Imprimió el justificante de la reserva y reservó el billete de avión. Ahora ya estaba todo listo. Metió el billete de avión y la reserva en una pequeña carpeta y la dejó encima del televisor.

—No es Francia pero es el hogar de los famosos. —pensó. Hasta tú habrás pasado por ese hotel querida Debra. —dijo Axel sonriendo.

Apagó el portátil y lo dejó encima de un pequeño escritorio. Se sentó en el sillón, agarró la caja de pizza y terminó de comer. Un par de cervezas más, algún aperitivo extra y un par de películas y a dormir.

Cinco horas más tarde, apagó la televisión. Recogió los restos de la cena y los metió en una bolsa de basura. Estaba algo mareado por el alcohol, por lo que decidió irse a dormir. Se dejó caer pesadamente en su destartalada cama, que no era otra cosa que un somier con cuatro patas soldadas y un colchón barato encima, pero con sábanas de seda eso sí. De seda de la peor calidad, pero de seda al fin y al cabo.

Abrazó su almohada y una vez más comenzó su ritual nocturno. Imaginó que conocía a Debra, que vivían juntos una gran aventura y que finalmente ella se enamoraba perdidamente de él. La historia no duró mucho pues no tardó en quedarse dormido, demasiadas emociones.

En el fondo aquellas historias le rompían el corazón, pues era consciente de que jamás conocería a Debra y en el caso de que llegara a verla, todo lo más conseguiría una foto o un autógrafo. Las estrellas no se enamoran de los simples mortales y mucho menos de un reponedor de supermercado. Algún día debería buscar una buena chica a la que amar, pero de momento prefería estar solo con sus sueños imposibles.

### Capítulo 3

El viernes por la noche ya tenía preparado todo su equipaje, aún faltaba un día para viajar a México, de hecho saldría el mismo domingo por la mañana y llegaría sobre las doce. No se perdería ni un solo día de sus vacaciones montado en un avión.

Martha le había llamado por teléfono para invitarle a cenar en su casa. Estaba loca por saber los detalles de sus vacaciones y Rony quería enseñarle el pack de la serie Stargate que se acababa de comprar.

Cerró la puerta del apartamento y corrió escaleras abajo, eran cuatro pisos pero el ascensor era tan viejo y chirriaba de tal manera, que prefería las escaleras. Entró en su oxidado impala negro y encendió el motor. Adoraba ese coche, le recordaba a su serie favorita Sobrenatural. Menuda vida la de los Winchester, no como la suya que el mayor misterio que había resuelto fue un lavabo atrancado. Se rió pensando en ello todo el camino hasta llegar a casa de Martha.

Nada más aparcar Jane y Tob salieron a recibirlo. Acarició el pelo de Tob y cogió en brazos a la pequeña Jane a la que besó en su sonrosado moflete. Adoraba a esos niños, no es que él fuera de esos que babeaban con ser padres, todo lo contrario. Pero eran unos niños tan educados y cariñosos que provocaban que se le derritiera el corazón.

Rony levantó la mano al aire y Axel se la palmeó.

—Vas a flipar cuando veas el pack de Stargate. —comentó con ojos llenos de ilusión.

—Algún día me la tendrás que dejar. ¿Y tu pack de Star Trek? —preguntó Axel.

—Son muchas películas y temporadas, con los niños y los sueldos basura que tenemos Martha y yo, no me atrevo a gastar tanto dinero. —repuso Rony algo entristecido.

—Algún día Rony. Algún día. —dijo Axel palmeándole la espalda.

Sacaron una mesa portátil al jardín y fueron colocando la comida, ensaladilla, codillo de ternera y aperitivos, sin lujos pero comiendo a base de bien.

—Bueno ya no aguanto más la intriga. Me dijiste que ibas a emplear el dinero que tenías reservado para Francia en tus vacaciones. ¿A dónde vas? —preguntó Martha llena de curiosidad.

—No sé si decíroslo. —dijo Axel haciéndose derogar.

— ¡Vale ya! O me lo dices o te tiro la ensaladilla a la cara. —amenazó Martha.

Rony no paraba de reírse al ver a su mujer tan alterada, los niños parecían más interesados en dar de comer al perro bolita a bolita de pienso como si fuera una trituradora canina.

—Me voy a la Riviera Maya. —dijo triunfal Axel.

Martha le miró con expresión de decepción lo que le sorprendió.

— ¿Pero qué tiene eso de espectacular? Rony y yo estuvimos allí hace dos años. —repuso Martha.

—Sí. Pero ¿te alojaste durante dos semanas en el hotel donde se hospedan famosos actores, políticos y

deportistas? —contestó Axel con picaresca sonrisa.

— ¿Qué? —dijo Martha sin creer lo que escuchaba.

—Te suena Matt Saravian, Dexter Jun o Paulina Kilian. —dijo Axel.

—Claro. Todos son actores famosos de cine. ¿Por qué?

—Ellos se alojaron en ese hotel. Imagínate, voy a estar de vacaciones con la yet set. Un friki entre ellos. —dijo Axel sonriendo y acomodándose en la silla. Deleitándose ante la mirada de envidia que destilaba Martha y Rony.

—Pues quien sabe igual te topas allí con tu Debra. —dijo Rony.

—Claro y a lo mejor me ve y dice ¡Oh Dios bendito Axel! Como he podido vivir sin ti todo este tiempo. —dijo Axel levantándose y comenzando a dar besos en la cara a Rony y a Martha. —Como te quiero Axel. —gritaba.

Martha y Rony se partían de la risa.

— ¡Vale ya! —gritó Martha.

—Como me des otro beso, te obligo a besar el culo de mi perro. —amenazó Rony.

—Sois la repera. Si Debra me viera sería como ver a un mosquito, me apartaría o saldría corriendo. —dijo Axel bebiendo un trago de cerveza.

## Capítulo 4

Por la noche en la cama, miraba el techo de su habitación pensando en cómo serían sus vacaciones. Una cosa tenía clara, dejaría su timidez a un lado, conocería a todas las personas que les fuera posible y disfrutaría de todo lo que su bolsillo le permitiera pagar. Estaba decidido a que esas vacaciones fueran las mejores de su vida. Abrazó su almohada, intentando ver reflejada en ella el rostro de su amada Debra. Se sentía como un imbécil al hacer aquello, en lugar de buscar una chica de verdad. Pero ninguna sería como ella.

El sábado pasó volando, quizás más de lo que hubiera querido. Compras de última hora, algo de ropa, cosas para el viaje, revisar el equipaje, documentación... Antes de que se diera cuenta ya estaba otra vez en la cama incapaz de dormir pensando en sus vacaciones. Era como un bebe en el cuerpo de un adulto, se moría de ganas de escuchar sonar el despertador. Tal fue su deseo que lo apagó antes de sonar y se puso en pie de un salto.

Domingo

Ducha, desayuno rápido, agarrar maletas y bajar corriendo las escaleras. Tomó un taxi y al aeropuerto de cabeza.

Rebosaba alegría por todos los poros de su cuerpo. Vacaciones con famosos, vacaciones a lo grande. Su cabeza era monotemática. La cola de embarque se le hizo eterna, era un destino muy llamativo y deseado. Le hubiera gustado reservar en primera pero eso hubiera minado sus reservas económicas, tuvo que fastidiarse y viajar en turista, aguantando todo tipo de incomodidades. Recordó su último viaje cuando le tocó al lado de una ancianita que hacia punto y que se empeñó en enseñarle. O aquel agente de bolsa hipocondríaco que estaba obsesionado con que el avión se estrellaría. Rezó por encontrar un acompañante que se limitara a ignorarle todo el trayecto.

— ¡Por fin! —exclamó al sentarse en su asiento. Sacó un libro de su mochila y pasó las páginas hasta dar con el marca páginas. Estaba intrigado con aquella novela y eso que era romántica. Le daba un poco de vergüenza que le vieran leyendo ese tipo de libros, pero su autora Kris L. Jordán sabía cómo narrar una historia.

Estaba inmerso en la lectura cuando una mujer se sentó a su lado. Axel la miró con educación, su pelo negro le caía hasta el hombro y unas gafas de sol negras ocultaban sus ojos. Era de ese tipo de mujeres que te cortan la respiración.

—Me llamo Deb. —anunció la mujer.

—Axel.

Ambos se dieron la mano y como si aquella presentación nunca hubiera ocurrido, ella sacó un libro y se puso a leer. Axel seguía impactado por su belleza, a la vez que le parecía imposible que por una vez le hubieran sentado al lado a una pasajera tan impresionante. Le costaba respirar, sentía una fuerte tensión en el pecho y se sentía sumamente incómodo. De repente tenerla al lado había pasado de ser un placer a ser un infierno. Le aterraba que sus zapatillas despidieran algún perfume no deseado, tenía hambre y sólo había traído un paquete de patatas con salsa de ajo. Se frotó la cara nervioso. No se atrevía ni a moverse porque los asientos eran estrechos y temía molestarla.

—Axel relájate o te va a dar un infarto. —se dijo a sí mismo.

Aunque Deb parecía leer, en realidad aprovechaba el anonimato que le otorgaban las gafas de sol con cristales oscuros para mirar de reojo a Axel. Era un tipo bastante corpulento, de pelo negro corto peinado un poco de punta y con unos ojos verdes que parecían transparentes.

—Menudo bombón. —pensó Deb.

Axel decidió cerrar los ojos e intentar dormir algo, pero sintió una mano suave posarse en su mano huesuda y varonil. Abrió los ojos, Deb le acababa de decir algo.

—Perdona ¿me decías algo?

—No quería molestarte, pero es que tengo que ir al servicio. ¿Te importa echarle un ojo a mis cosas?  
—preguntó Deb.

—No te preocupes las defenderé con mi vida. —dijo Axel llevándose la mano derecha al pecho y poniendo cara de tipo duro.

Deb le dedicó una sonrisa de esas que demolerían un edificio y ese edificio fue Axel. Que se quedó mirando cómo se alejaba, tragando saliva y observando aquel contoneo de caderas.

—Axel como te pongas a tono te pego con el libro donde más te duele. —se amenazó a sí mismo.

Se recostó en el asiento y encendió la televisión incorporada en el asiento delantero. Seleccionó varios menús hasta llegar al menú de cine. Allí estaba "El calor de la venganza" la primera película de la gran Debra Mainor. Conectó los auriculares y se dispuso a ver la película. Diez minutos después, Deb regresó y se dejó caer suavemente en su asiento, se fijó en la película que estaba viendo Axel como si también a ella le resultara familiar. El resto del vuelo Deb lo pasó fingiendo estar dormida girada hacia Axel. En realidad estaba bien despierta, observando como él miraba la pantalla lleno de emoción, como si le fuera la vida en ello. Le resultaba enternecedor ver como miraba a la protagonista de la película. Desde luego en otro momento, en otro lugar y en otro mundo, Axel hubiera sido un buen partido. El tipo de chico que le gustaba de verdad, corpulento y tierno.

## Capítulo 5

El avión llegó puntual, una breve despedida de su misteriosa acompañante y a la terminal. Estaba loco de felicidad, aquello no sería Francia pero molaba igual. Esperar el equipaje en la cinta transportadora se le hizo eterno, quería coger un taxi y volar al hotel, se pondría el bañador y corriendo a la playa la piscina o el chiringuito. En cuanto vio aparecer su equipaje corrió entre la gente, despertando más de una protesta, agarró las maletas y salió pitando hasta la parada de taxis.

Cuando le dijo al taxista el nombre del hotel lo miró sorprendido, como si creyera que en el asiento trasero iba un famoso o un gran empresario, nada más lejos de la realidad. El trayecto no duró más de diez minutos, pagó al taxista, agarró sus maletas y entró en el hall del maravilloso hotel. Mientras la recepcionista revisaba su documentación, no si extrañarse ante la indumentaria de Axel, él miraba a través de las cristaleras. Era un complejo hotelero enorme, lleno de piscinas, zonas de ocio y otros edificios que no tenía ni idea de para que podían usarse. Era todo una autentica novedad para él. La recepcionista avisó a un botones para que le ayudara con el equipaje, una cosa estaba clara en ese hotel quinientos dólares la noche equivalía a unos sesenta dólares en un motel de carretera. No podían haberle dado una habitación más pequeña, una cama, un escritorio con un pequeño televisor led, cuarto de baño, armario empotrado y poco más. Casi estaba a punto de mal decir su suerte, cuando por azar le dio por abrir la puerta de la terraza. Quedó asombrado ante aquella vista, el océano, la playa de fina arena blanca, palmeras y bajo él una inmensa piscina en forma de palmera.

— ¡Joder! Esto sí que es vida. —dijo Axel emocionado.

Colocó todas sus pertenencias en el armario, dejó el móvil en la mesita, agarró su tablet lo metió en su mochila junto con las llaves de la habitación y se apresuró a quitarse la ropa. Cogió el primer bañador que pilló, uno blanco con rombos rojos.

—Axel ¿qué te fumaste el día que te compraste esto?

Agarró una camiseta blanca y una toalla y salió corriendo como un colegial camino de la piscina. Por más que recorrió los pasillos, no había manera de dar con el acceso a la piscina. Paró a una limpiadora y le pidió que le indicara como llegar. La mujer bajita, algo pasada de años y con el pelo recogido en un moño, lo miró asustada. Como pudo le dijo como ir a la piscina, pues no hablaba mucho inglés que digamos.

Axel bajó las escaleras con aire triunfal, pero el friki que llevaba dentro salió a la luz cuando vio a Tom Sellin el presentador estrella de la Cnbc conversando con Dud Heinen cantante de Airmetal.

—Joder, joder, joder. Van a rabiarse en el trabajo. Bueno Axel no te delates que no vean que eres un tipo sin blanca. —se dijo a sí mismo.

Caminó con toda la naturalidad que pudo, pero le costó bastante mantener el tipo. Aquello estaba lleno de famosos de todos los estilos, empresarios, actores, cantantes, no entendía como había conseguido una reserva en un sitio así, pero en cualquier caso se alegraba horrores.

Dejó su toalla sobre una tumbona que estaba justo debajo de una enorme sombrilla, soltó la mochila encima y se quitó la camiseta. No tardó en tirarse a la piscina. Aquello era vida, el agua estaba en su punto ni caliente ni fría. Nadó de espaldas sintiendo como el agua acariciaba sus mejillas, disfrutando

de una vida de ensueño, aunque él no disfrutaría de aquel hotel como el resto. Su estancia sería más espartana, pero era mejor que su apartamento y por un tiempo sus sueños serían más reales.

Se pasó dos horas en remojo y sin muchas intenciones de abandonar la piscina, pero los dedos de sus manos y pies estaban ya más que arrugaditos, mucha agua. Subió la leve pendiente que a modo de orilla le permitía salir de la piscina sin subir por escalerillas. Se quedó parado al ver a una mujer morena tumbada junto a su tumbona. No contaba con eso, pero menos aún con que aquella mujer fuera Deb su compañera de avión.

—Veo que parece que estamos predestinados a encontrarnos. —dijo sonriendo Deb.

Axel se limitó a guiñarle un ojo mientras cogía la toalla y secaba su cabeza.

—Eso parece. —respondió finalmente Axel.

Alzó la parte de atrás de su tumbona y se recostó. Deb regresó a su mundo, oculto como de costumbre con sus gafas de sol negras. La sensación de tensión inundó su cuerpo, Deb llevaba un bikini negro que realzaba su pecho. No dejaba mucho a la imaginación y si vestida le cortaba el aliento, en bikini le paralizaba el corazón.

—Madre mía que buena esta. —pensó Axel sin darse cuenta de que se estaba poniendo colorado.

— ¿Te ocurre algo? —preguntó Deb que una vez más usaba sus oscuras gafas de sol para observarle y desde luego se había percatado del repaso corporal que Axel le había dado.

— ¡A mí! Nada, ¿por qué?

—Te veo muy colorado.

—Será el sol, aquí pega muy fuerte y no me he puesto crema protectora. Odio esos potingues y me he pasado dos horas nadando. —Axel se calló de inmediato, se dio cuenta de que hablaba demasiado, siempre que estaba cerca de una mujer guapa le pasaba lo mismo.

Cogió el tablet y lo encendió. A los pocos segundos se iluminó la pantalla y apareció el bello rostro de Debra Mainor. Por unos instantes se quedó allí mirando la pantalla sin reaccionar. Deb se dio cuenta.

— ¿Quién es esa chica? ¿Tú novia? —preguntó curiosa.

Axel la miró asombrado, no podía creer lo que escuchaban sus oídos.

—Es Debra Mainor mi actriz favorita.

—Lo dices como si fuera el nova más. —dijo Deb con desdén.

—Es la mejor, es bellísima, es...

— ¡Vaya! Veo que estás coladito por ella. —dijo Deb sonriendo maliciosamente.

—Es mi amor platónico, mi mujer ideal. —respondió sin darse cuenta de la profundidad de sus palabras.

—Pues yo que tú intentaría pedirle una cita. —dijo Deb.

Axel la miró incrédulo.

— ¿Una cita? Sí claro. Hola Debra quieres salir conmigo, soy un don nadie que no tiene un céntimo, pero que te quede claro que no voy por el interés. —dijo riendo Axel.

—A veces la vida te da sorpresas Axel.

Axel la miró, que bien sonaba su nombre saliendo de aquellos sedosos labios.

—Ni hablar. Eso es un imposible, nunca conoceré a Debra. Pero al menos en mis sueños... —Axel guardó silencio.

— ¿Estás seguro de que nunca la conocerás? —dijo Deb quitándose las gafas de sol.

Sus bellos ojos azules por fin vieron la luz y Axel quedó sin palabras. Había viajado en el avión junto a Debra Mainor y ahora la tenía justo enfrente. Pero su expresión pasó de la sorpresa a la ira, se levantó guardó sus cosas en la mochila y recogió su toalla.

—Siempre quise conocerte. Pero como siempre, los sueños siempre son más bellos que la realidad. Espero que hayas disfrutado riéndote de mí. —dijo Axel dedicándole una dolida mirada y alejándose por el camino serpenteante que conducía al edificio menos lujoso donde se encontraba su habitación.

Debra se quedó paralizada, no esperaba esa reacción más bien el típico fan que saltaba de alegría y le pedía un autógrafo o una foto. Debió haberse presentado desde el primer momento, pero no pudo evitar sentir curiosidad. Deseaba saber más de él y su atracción hacia ella.

## Capítulo 6

Axel se tumbó en la cama, agarró la almohada y se tapó la cara con ella. Menudo ridículo, había quedado como el típico fan capullo, obsesionado y babeante de amor. Pero encima aquella fría mujer, lo había dejado a su aire, disfrutando viéndolo hacer el ridículo. Arrojó la almohada al suelo y golpeó la cabeza contra el colchón.

Pero no dejaría que aquella mujer le estropeará las vacaciones, se había gastado una auténtica pasta en aquellas dos semanas y las iba a disfrutar. Decidió dar un cambio radical, ellos serían ricos y famosos, pero él no tenía nada que perder. Saltó de la cama, buscó un bloc de notas en el escritorio y escribió las cualidades que le impedirían disfrutar de sus vacaciones.

—Timidez

—Seriedad

—Inseguridad

La lista continuó hasta que consideró que ya se había puesto lo suficiente por los suelos. Rebuscó por los cajones hasta encontrar unas cerillas. Enrollo el papel como si de un pergamino se tratara y encendió una cerilla, con la que prendió uno de los extremos. Levantó el pergamino ya en llamas y gritó:

—A partir de ahora todo va ir de perlas, nada me impedirá disfrutar de estas vacaciones lujosas.

Sin darse cuenta había acercado las llamas del papel al detector de incendios, en unos segundos la habitación se cubrió de agua. Al parecer la habitación no sólo contaba con detectores, también disponía de una especie de aspersores para apagar los incendios. Rápidamente un empleado del hotel abrió la puerta de la habitación y lo sacó en slip fuera de allí. El hombre buena intención tenía, pero sacarlo en mitad de un pasillo lleno de gente en slip, como que no le pareció una idea atractiva.

Un par de horas después, seco y reubicado en otra habitación, Axel se sentía abochornado. La palabra ridículo se estaba convirtiendo en la mejor descripción de su rutina diaria.

Domingo por la noche

Axel se ajustó sus pantalones y cinturón. Por lo visto aquella noche celebraban una fiesta blanca y todos debían vestir de ese color. Era su primera fiesta de ese tipo y no sabía muy bien que esperar.

Caminó por los pasillos de su edificio, tomó el ascensor hasta la planta baja y se percató de que más de una mujer le dedicó una sonrisa. Parecía que iba a triunfar, bueno hasta que se le escapara que trabajaba en un supermercado. Pensó sonriendo.

Bajó los escalones de la entrada y siguió a la gente que en tropel se dirigía a la fiesta. Una hora antes había bajado a comer y debía reconocer que se pasó comiendo, lo primero que pediría sería una tónica. Cuando mejorara la cosa ron con coca cola, hasta que no pudiera andar. Normalmente no bebía pero estaba de vacaciones, lejos de todos los que le conocían y era libre de ser quien decidiera ser. Hasta podría ponerse en plan Bond si lo deseaba, aunque no tenía claro como se hacía eso.

A pesar de estar lleno de gente se notaba el lujo y la buena organización, nadie te agobiaba o

empujaba. Alguna que otra estrella del celuloide aparecía de vez en cuando, empresarios, políticos. Desde luego la recepcionista debió confundirle con algún famoso y no le culpaba Axel Crow sonaba a cantante de rock o algo así.

Se acercó a una barra de bar de estilo moderno y pidió su tan deseada tónica. Nada más coger el tubo de cristal, dio un buen trago. Le repugnaba el sabor de la tónica pero la necesitaba. Oteó el horizonte, que rebosaba mujeres atractivas. Pensó si él sería capaz de ligar con alguna. Tenía buen cuerpo y unos ojos verdes casi transparentes que solían gustar mucho a las chicas, ¿por qué no?

—Hola Axel. —dijo una voz que le resultaba conocida.

Debra Mainor estaba justo frente a él, mirándole con una expresión sorprendentemente temerosa.

—Siento lo ocurrido. No era mi intención hacerte sentir mal. —dijo Debra apenada.

Axel no sabía que decir, verla así por un total desconocido. Aún así desconfiaba, era una gran actriz quizás estuviera actuando.

—No te preocupes Debra. Yo también reaccioné mal. Debí ser más tolerante. Normalmente no soy así, pero un poco más y te declaro mi amor, entiende lo estúpido que me sentí. —explicó Axel con actitud conciliadora.

Debra le dedicó una sonrisa extraña entre sexy y dulce que le hizo estremecerse sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Bueno Debra estoy seguro de que habrá muchas personas que solicitan tu presencia. —dijo Axel que ya no deseaba estar junto a su ídolo caído, prefería su Debra imaginaria y ahora ni a esa tampoco.

—Lo cierto es que nadie me espera. La gente que conozco está ahora mismo viajando hacia aquí. ¿Te importa si te hago compañía? —preguntó Debra.

— ¿Por qué una actriz famosa querría estar con un fan? ¿Lo normal no sería huir de mí, en especial después de haber demostrado ser el típico fans que va con fotos tuyas por ahí? —preguntó Axel extrañado.

—Pareces un buen chico y dado que aún no me has pedido un autógrafo, no eres un fan acosador. —respondió Debra sonriendo.

—O a lo mejor es que no quiero tu autógrafo. —contestó Axel devolviéndole aquella sonrisa enigmática.

—Muy buena. Veo que aún me guardas rencor. Pero si te portas bien mañana te invito a una fiesta privada. —dijo insinuante Debra.

—Y ¿Qué te hace pensar que quiero ir a una aburrida fiesta privada? —respondió algo cortante Axel.

—Todos son personas muy influyentes, actores, empresarios, etc... —explicó Debra.

—Pues entonces igual que aquí ¿no? —dijo Axel.

—Créeme nada que ver. —dijo Debra mientras pedía un Martini a un camarero.

Axel estaba en shock, ver a Debra junto a él bebiendo su Martini como si nada, como si fueran amigos

de toda la vida. La Debra con la que soñaba despierto, que abrazaba imaginariamente, con la que deseaba compartir su imaginaria vida, estaba allí. Era una sensación agrisulce tan cerca pero tan lejos.

Debra saludo a un par de hombres apuestos y no tan apuestos pero de billetera abultada. Axel la acompañaba en aquel paseo, sin tener claro que pintaba allí. En un momento dado Debra le cogió la mano y tiró de él hacia un mirador colocado al filo de un acantilado cercano al hotel. Sentir aquellas pequeñas y delicadas manos, casi le deja sin habla.

—Tranquilízate Axel, por muy famosa que sea sólo es una mujer. Da igual es una mujer y no estoy acostumbrado a que una mujer me coja la mano. —su conversación mental no le ayudaba mucho a la hora de relajarse.

—Mira Axel. ¿No es fantástico?

— ¿El qué? Yo sólo veo agua. —respondió Axel.

—Tonto mira bien. —dijo Debra riendo.

Qué risa tan bella tenía Debra, se pasó la mano disimuladamente por la boca, porque tenía la sensación de estar babeando. Fue entonces cuando lo vio, en un barco de pesca se estaba celebrando una boda. Aquel pequeño barco lleno de bombillas colocadas para la ocasión, la novia con su vestido blanco y el padre oficiando la boda. Axel se quedó mirando absorto, ¿se casaría él algún día? Lo dudaba.

—Tiene que ser bonito casarse así. —dijo Debra llevándose las manos a la cara.

— ¿Bonito casarse en un barco que apesta a pescado? —dijo Axel muy serio.

Debra no pudo contenerse y se partió de risa ante aquella ocurrencia.

—No eres un tipo muy sensible ¿verdad? — ¿Cómo te gustaría casarte? —preguntó Debra.

—Yo nunca me casaré. —respondió tímidamente Axel.

— ¿Pero por qué dices eso?

—Soy muy tímido con las mujeres. Me ponen nervioso.

—Pues estás aquí conmigo y pareces de lo más normal. —dijo Debra.

—No eres la única que sabe actuar. Estoy aterrado. —admitió Axel.

Debra se quedó mirándolo en silencio, aquel chico dulce le encantaba, resultaba tan diferente a los tipos con los que se relacionaba.

—No seas tonto. Tarde o temprano una chica se fijará en ti y te espabilará. —dijo Debra mirándole a los ojos con intensidad y algo de deseo.

—Tal vez. Cuando logre olvidarme de ti y conformarme con una mujer que no te llegue ni a la punta de los talones. —dijo Axel en un inusitado arranque de valor.

Debra se quedó paralizada por segunda vez desde que lo conocía. Aquellas palabras se le clavaron en el corazón, jamás nadie le había dicho nada parecido y en los ojos de aquel hombre no había mentira alguna.

—Bueno Debra. He decidido que las dos semanas que voy a pasar aquí voy a ser una persona diferente, mi yo superior o algo así. De manera que vayámonos a la pista de baile, quiero marcha. — dijo Axel cogiendo de la mano a una aún afectada Debra y arrastrándola hasta la enorme pista de baile. Basshunter pinchaba Angel in the night. Debra se quedó algo cortada a pesar de que su carácter era de lo más extrovertido. Intentó moverse al ritmo de la música. Axel parecía como si se hubiera tomado unas pocas de pastillas de esas de colores y extraños efectos. En el centro de la pista se movía como un fuera de serie y hasta en algún momento parecía tararear la canción. Varias mujeres se acercaron a él, bailando su danza del cortejo. Pero nadie haría sombra a la gran Debra Mainor, se acercó a Axel y bailó con él, mirándole a los ojos y dedicando alguna que otra feroz mirada al resto de mujeres que parecían interesadas en él.

## Capítulo 7

Fue una noche bastante divertida para los dos y transcurrió sin altibajos. Axel se despidió de Debra a las tres de la mañana y ambos se retiraron a sus habitaciones. Buena habitación para uno y suite para otra.

Lunes por la mañana

Debra se levantó al rededor de las diez de la mañana, encargó a su mayordomo personal el desayuno y se arregló un poco. No había nada como desayunar en aquella terraza mirando el océano. A pesar de que la mayoría de los huéspedes habían apurado la fiesta de la noche anterior, tanto la zona de piscina como la playa privada estaba repleta de gente. Saboreó el zumo de mango mientras recordaba su conversación con Axel. Alguna que otra sonrisa se escapaba de su boca, pensando en aquel chico tan alegre y raro. Sus ojos verdes, su pelo negro y su cuerpo robusto... sintió como el deseo recorría toda su piel a sabiendas de que no debía satisfacerlo, al menos no con él. Actriz y ciudadano de a pie no solía salir bien. Pero desde luego le hubiera encantado meter a ese chico en su cama. No era una monja precisamente y estaba acostumbrada a conseguir lo que quería.

Axel se despertó, miró el despertador y al ver que eran las diez de la mañana se dejó caer nuevamente en la cama.

—Estoy de vacaciones. Nada de madrugar, además no tengo planes para hoy. —pero su estómago opinaba de diferente manera por lo que empezó a rugir. —Que hambre tengo.

Finalmente optó por levantarse y desayunar en la zona de buffet libre. Se vistió con lo primero que pilló y de mala gana caminó hasta el comedor de su edificio. Para pagar una pasta parecía vivir en una cárcel o algo así, salvo las zonas comunes cada edificio tenía sus propios salones de recreo y comedores. Entró en el comedor agarró una bandeja, varios platos, cubiertos y un vaso. Siguió la cola de personas que a esas horas tampoco era muy larga y se sirvió todo tipo de comida de esas para la dieta, filetes, tostadas con paté, churros, etc...

Cuando terminó de comer se pasó la mano por la barriga satisfecho y salió al exterior. La piscina ya estaba ocupada por unas veinte personas entre hombres, mujeres y niños. Para ser pijos aprovechaban el tiempo como los pobres.

Tomó un camino de cemento que parecía acabar en la playa privada, por el camino se fue encontrando con varias mujeres que le dedicaron una sonrisa, los guardaespaldas que les seguían también lo miraron pero no con tanta alegría. No tenía ni idea de quienes podrían ser, quizás las hijas de algún magnate.

Se sentó en la arena y contempló el océano.

—No es Francia pero tampoco me puedo quejar. Playas de fina arena blanca, aguas azules y bellas mujeres. —dijo en voz baja Axel.

—¿Lo dices por mí? —preguntó Debra.

—Empiezo a pensar que me persigues. —dijo Axel sonriéndole.

Debra le devolvió la sonrisa con un poco de fingido malestar.

—Ya te dije que mi gente está de camino. Cuando lleguen te dejaré solo para siempre. —dijo Debra con tono amenazador y bromista.

Axel se llevó la mano al corazón y se dejó caer a la arena.

—Soy un hombre objeto. Sólo me quieres para hacerte compañía, como si fuera un perro. —abrió un ojo y la miró. —El caso es que me da lo mismo hoy no pienso hacer nada salvo playita y chiringuito.

— ¿No vas a venir a mi fiesta? —preguntó sorprendida Debra.

—No te ofendas pero imagino que será de esas que hay que vestir de pingüino y yo francamente ni tengo traje ni ganas. Me aburriría rodeado de pijos y gente excéntrica.

El móvil de Debra rompió el momento. Descolgó y parloteó durante un buen rato antes de colgar.

—Me gustaría que vinieras. Lo digo en serio. —dijo Debra algo decepcionada. —Me gustaría compensarte nuestro malentendido.

—Eso ya está olvidado Debra. Ayer lo pasé muy bien contigo, pero seamos realistas en algún momento debemos despedirnos. Mejor ahora que aún somos desconocidos.

Debra lo miró y se alejó de él, no muy contenta. Pero Axel sentía que hacía lo correcto, no quería entrar en un mundo al que no pertenecía, conocer lo mejor que te puede dar la vida y luego regresar a su mugriento apartamento.

Se giró sobre sí y se tumbó en la arena para ver como Debra caminaba hacía el hotel. Con aquel vestido rojo de seda y su cabellera negra ondeando al viento. Que hortera se había vuelto y encima se estaba convirtiendo en adicto a las novelas románticas.

— ¡Uff! Debra quita el sueño, como me gustaría...

Ya entrada la noche un botones llamó a su puerta, extrañado pues no esperaba a nadie abrió y se quedó allí pasmado al ver lo que traía aquel joven.

—La señora Mainor me ha pedido que le trajera este traje. La señora le espera en la sala de fiestas Caribe a las ocho.

El botones le entregó el traje y después de saludarle con la cabeza se alejó pasillo adentro. Axel cerró la puerta, agotado por la insistencia de Debra al final acabo riéndose.

—Tú ganas.

A las ocho estaba en la puerta de la sala Caribe donde un par de tipos entrajados, con pinganillo y cara de no saber lo que era una sonrisa, le preguntaron su nombre.

—Axel Crow. —proclamó Axel.

—Puede usted pasar. Que disfrute de la velada. —dijo el tipo más alto y corpulento.

Axel pasó entre los dos y entró en la sala. Aquello se escapaba de todo lo que había visto o vivido en su vida. En uno de los laterales había un escenario que simulaba un galeón español. A la izquierda una pista de baile, en la zona central se disponían las mesas para la cena y dispuestas estratégicamente en cada lado habían colocado barras de bar decoradas con toneles al más puro estilo pirata. El techo

estaba plagado de luces led que se activaban cambiando de color para aparentar un cielo nocturno estrellado.

—Me alegro que hayas aceptado. —dijo Debra.

Vestía un traje plateado del tipo ese palabra de honor o algo así, Axel no entendía de ropa de mujer. Llevaba al cuello un collar de perlas que le daba un aspecto más formal, junto con sus pendientes de brillantes. De buena gana la hubiera agarrado de la cintura y le habría dado el beso de su vida. Los de seguridad le habrían dado la paliza de su vida pero menudo recuerdo.

— ¿Estás bien Axel?

—Sí. Bueno venir en venido pero viendo el montaje, mejor me voy. —dijo Axel dando media vuelta intimidado claramente por Debra y su entorno.

Debra lo cogió del brazo y le obligó a entrar en la zona donde sus invitados parecían acumularse al calor de la bebida. Debra le presentó a varios empresarios, que ni le sonaban de verlos por la tele, un Jeque árabe, un músico de pop que a él personalmente le repelía. Cuando Debra dijo de sentarse en una mesa, Axel creyó ver a Dios. Los zapatos baratos que tenía le apretaban un horror, hasta el punto que temía se le gangrenaran los pies. Siempre fue un exagerado hasta de pensamiento. Se sentó junto a Debra y una vez más, entró en shock. Frente a él a cada lado del plato había más cuchillos, tenedores y cucharas que en toda la cubertería de su casa. No sabía qué hacer, pero la verdad es que entre el apuro del momento y la cerveza que se acababa de tomar, decidió que fuera lo que Dios quisiese.

El resto de invitados se sentó a la mesa, El Jeque y su esposa, varios empresarios y el último de los invitados en sentarse no era otro que Samuel Craig el famoso actor de películas de acción. Axel se quedó petrificado, los del supermercado se arrancarían el pelo de envidia cuando se lo contara.

De primero sirvieron un pescado que aunque tenía buen sabor, tenía tantas espinas que para Axel era como intentar comerse un cuenco de agujas. Tanto pijoterismo, mejor le hubieran puesto un plato de calamares no sería tan chic pero llenaría la panza.

—Dime Debra ¿Quién es tu invitado? —pregunto Samuel Craig.

Axel casi se atraganta al escuchar esas palabras, hasta ese momento se había limitado a comer y callar hasta encontrar la forma de largarse de allí.

—Su nombre es Axel Crow. —anunció Debra.

— ¿Eres cantante de rock? —preguntó Samuel.

—Sólo en la ducha. —respondió Axel casi sin mirarle.

Samuel se quedó muy serio, hasta que ante la sorpresa de todos se rió con estrépito mientras devoraba su copa de champan.

—Muy bueno Axel. Me ha encantado tu respuesta. Ahora en serio a que te dedicas.

—Nada interesante créeme. Conocí a Debra durante el viaje y parece que le he caído bien ya que me ha invitado a este evento.

Samuel volvió a reír pero esta vez la risa se extendió hasta el resto de los invitados. Axel no sabía que

pensar, no había dicho nada gracioso y no le gustaba que lo tomaran por el bufón de turno.

—Dime Axel ¿qué te pareció mi última película?

Debra se puso nerviosa. Samuel era sumamente excéntrico, poca gente conseguía conocerlo de cerca y solía tener mal genio.

—No te ofendas, pero no me gustó. Muchas explosiones y poco argumento. Me quedó con Misiles al alba, esa sí que fue buena. Me pasé una semana recordándola.

—En serio. Samuel sonrió a Debra. Eres el primero que tiene un par de decirme a la cara eso, todo el mundo me dice que es muy buena y yo sentía que era una basura. Sabes Debra me gusta tu amigo, creo que nos vamos a llevar bien Axel.

—Brindo por eso Samuel. —dijo Axel aún sintiéndose fuera de juego.

## Capítulo 8

Durante la cena Axel observaba con disimulo a Debra. Tanto tiempo soñando que ella era su novia, su amor y ahora la tenía justo al lado. Su perfume era embriagador, su pelo negro ondulado y lleno de vida, aquellos ojos azules llenos de luz y esa fulminante sonrisa que parecía una arma de atracción masiva. Le daban ganas de girarla hacia él y besarla hasta gustarle los labios. Un suspiro escapo de sus labios, ante la impotencia de no poder dar rienda suelta a su deseo.

Después de la cena comenzó el baile, música de rock clásico. No podía decir que no le gustara pero prefería el rock más cañero antes que las baladas romanticonas. Se alejó del grupo que aún seguía sentado a la mesa conversando y se apoyó en una de las barras.

—Desea tomar algo señor. —preguntó el barman.

—Un ron con cola. Bien cargado porfavor. —pidió Axel.

El barman lo preparó diligentemente y se lo ofreció de inmediato. Axel agarró el tubo y dio un pequeño sorbo mientras se alejaba esquivando a las parejas que se dirigían a la pista de baile. A lo lejos observó a Debra hablando con un grupo muy selecto de hombres, todos esbeltos, guapos y ricos. Se bebió de un trago el contenido del tubo y justo cuando se disponía a abandonar la fiesta, Samuel Craig le bloqueó el paso.

— ¿No te irás a lagar ahora que comienza la fiesta? —preguntó contrariado.

Axel se sorprendió de que a Samuel le importara su presencia allí.

—Lo cierto es que sí. Este no es mi ambiente, creo que me voy a dar una vuelta fuera del hotel. —informó Axel.

—Me apunto. —dijo Samuel esbozando una gran sonrisa. —Yo también odio estas fiestas formales y sosas. Conozco un bar no muy lejos, es un tugurio pero te aseguro que no encontraras un mojito mejor en todo México.

Samuel lo cogió del brazo y lo arrastró hasta la salida, pasaron justo entre los dos tipos de seguridad y andaron a paso ligero hasta la zona del parking. Cuando Axel vio a Samuel abrir la puerta de un maserati gran turismo rojo se quedó embobado.

— ¡Vamos Axel! ¿Nunca has visto un deportivo? —preguntó Samuel sonriendo con ironía.

Axel abrió la puerta y ocupó el asiento del acompañante. Samuel conecto la radio y casi al instante Skid Row invadió el coche.

— ¿Siempre escuchas música con tanto volumen? —preguntó Axel tapándose los oídos.

—Escuchar rock bajito es un crimen. —respondió sonriendo Samuel.

Encendió el motor y a toda velocidad abandonó el hotel, generando gran expectación entre los huéspedes que paseaban por los alrededores del hotel.

Samuel no era lo que se dice prudente a la hora de conducir, derrapaba en las curvas como si estuviera corriendo un rally. Las luces del deportivo iluminaban a carretera mal asfaltada que subía la escarpada

montaña. Axel bajó un poco el volumen e intentó relajarse, para que el corazón no le saltase del pecho.

—Dime Axel. ¿Debra es genial verdad? —preguntó Samuel mirándolo de reojo.

—Es preciosa y simpática. —respondió Axel.

—Creo que le haces tilín. —dijo Samuel.

—Seguro. Fijo que caerá en mis brazos cuando sepa que trabajo en un supermercado. —rió Axel.

— ¿Eres el dueño de una cadena de supermercados? —preguntó curioso Axel.

Axel lo miró, estaba flipando. ¿Dueño él?, ni de la fregona con la que fregaba el suelo del asqueroso supermercado.

—Soy un puñetero empleado de supermercado. —repuso Axel cabizbajo y mirando por la ventanilla.

— ¡Joder con Debra! Si que ha bajado el listón. Bueno es coña. Mira Axel a mí me ha ido bien en la vida, pero eso no significa nada tu trabajo es tan importante como cualquier otro. Imagínate lo que sería ir a un supermercado y que no hubiera nadie para que te atendiera.

Axel lo miró con cara de pocos amigos. Samuel captó el mensaje.

— ¡Vale tío! Sólo intentaba ser educado. Tu trabajo apesta, pero tú me caes bien y eso es lo que me importa.

Unas cuantas curvas más y Axel habría acabado vomitando, por suerte Samuel detuvo el coche delante de una casa vieja. Bueno vieja no era la palabra, montón de basura con vigas y ventanas era más correcto para descubrir aquel garito inmundo.

—Veo que cuando decías que era un tugurio no ibas de farol. —dijo Axel asustado al ver la gente que entraba y salía de allí.

Cuando entraron se quedó pasmado al ver como todo el mundo saludaba a Samuel como si lo conocieran de toda la vida. Samuel saltó a uno de los banquillos, mientras Axel se sentó en el de al lado. Nada más apoyar las manos en la barra, sintió como éstas se quedaban pegadas a la vieja y corroída madera. El tabernero se acercó y les preguntó que querían tomar mientras con un trapo que en otra vida debió ser blanco limpiaba la barra. El hedor era tan repugnante, que sumado con la nube de humo y aliento del tipo gordo que acaba de sentarse a su lado, le estaba revolviendo el estómago.

—Dos mojitos. —gritó Samuel que le miraba como si le hubiera tocado la lotería. —Ya verás están de muerte.

Eso era justo lo que Axel temía, morir intoxicado. No quería ni pensar en la higiene con la que prepararían los mojitos. Se frotó los ojos con la mano derecha mientras intentaba despegar la izquierda de la barra.

El tabernero colocó dos enormes vasos de mojito frente a ellos. Samuel le pagó, agarró su vaso y dio un gran trago.

— ¡Joder que bueno está! —exclamó. —Tobías eres el mejor.

El tabernero le dedico una gran sonrisa. Axel dio un tímido sorbo y quedó sorprendido. Posiblemente

al día siguiente tendría que poner la cama en el servicio, por la diarrea pero desde luego era el mejor mojito que había probado en su vida.

— ¡Lo ves! Te dije que está de muerte. —gritó Samuel riendo.

— ¿Eres siempre así? —preguntó Axel.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Samuel.

—Conoces a alguien que no es digamos... de tu clase y te comportas como si le conocieras de toda la vida. Parece que no eres el tipo de tío que le cambia el dinero. —explicó Axel.

Samuel dio otro trago a su mojito y le señaló con el dedo índice.

—El dinero no lo es todo Axel. En mi mundo hay mucha escoria, no me puedo fiar ni de mi sombra. Me acerque a una pava y cuando me quise dar cuenta iba diciendo por ahí que estaba embarazada de mí. No me veas la que montó la prensa. Voy con pies de plomo con la gente, pero no sé... Contigo es diferente, tenemos química.

—No te creas que porque me has paseado en tu deportivo y me has invitado a un mojito, esta noche me voy a acostar contigo. —dijo Axel muy serio y haciendo un ademán algo amanerado.

Samuel lo miró serio sin saber que decir, hasta que acabó riéndose a carcajadas.

—Ves lo que te digo. Eres un mamón. Serás capullo.

A la vuelta Axel le rogó que fuera más despacio, no en vano Samuel se había pasado con los mojitos. Samuel lo miró algo confundido.

—Tú traanquilloo too está bien. —dijo Samuel riéndose.

— ¡Y un carajo me monto yo en el coche contigo! —gritó Axel quitándole las llaves y obligándole a sentarse en el asiento del acompañante.

Encendió el motor y casi tiene una erección, como hombre le ponían los coches caros y ese era oro puro, nada que ver con su viejo impala. Samuel se quedó dormido nada más abrocharse el cinturón. Axel disfrutó el camino de vuelta a conciencia, jamás volvería a tener la oportunidad de conducir un deportivo de lujo. Por lo que condujo despacio, saboreando cada kilómetro.

Lejos de allí divisó un coche patrulla en el arcén.

— ¡Joder Samuel! —gritó Axel.

Samuel abrió los ojos asustado.

— ¿Qué pasa? —pregunto intentando enfocar su borrosa visión.

—Hay un coche patrulla ahí delante y yo también he bebido, como nos paren dormimos esta noche en el calabozo. —dijo Axel sumamente preocupado.

—No Axel ni se te ocurra parar, como nos pillen vamos directos a la cárcel. —dijo Samuel con gesto serio.

— ¿De qué coño hablas? Sólo hemos bebido de más. —repuso Axel.

—Verás es que... robé este coche del aparcamiento del hotel. —susurró Samuel.

Axel lo miró como si hubiera visto al mismísimo diablo.

— ¡Pero tú estás loco! Como salgamos de esta te voy a correr a patadas en el culo por mucha estrella de cine que seas. —gritó exaltado Axel.

Samuel mantuvo el tipo, mientras sobrepasaban a la patrulla de policía que no parecía tener el menor interés en ellos. Nada más alejarse unos kilómetros Samuel estalló de la risa.

— ¿Y ahora qué coño te pasa? ¿Qué es tan gracioso? —preguntó exasperado Axel.

—Te mentí. El coche es mío. Tenías que haber visto la cara que pusiste, es para descojonarse. —gritó Samuel agarrándose el estómago y riendo como un loco.

Axel lo miró, estaba alucinando. Ladeó la cabeza de forma negativa y aceleró. Una vez en el hotel acompañó a Samuel hasta su suite, lo dejó sobre la cama durmiendo la mona.

De camino al ascensor, nada más abrir estas puertas apareció Debra.

— ¡Vaya el prófugo! —exclamó Debra. ¿Qué haces por aquí?

—Acabo de dejar a un perjudicado Samuel en su suite y regreso al calabozo donde me hospedo. —contestó Axel sonriendo.

—Bueno ya que estás aquí ¿por qué no te tomas una copa conmigo en mi suite?

—Me parece bien siempre y cuando no me invites a un mojito. —dijo Axel frotándose la barriga con expresión de fatiga.

## Capítulo 9

Axel quedó maravillado al ver la suite de Debra, incapaz de asimilar aquel nivel de lujos. Una cosa era segura, aquella suite era una maravilla no como su ridícula habitación. Se componía de un dormitorio, al que ni osó asomarse, un cuarto de baño que divisó porque la puerta estaba abierta, un gran armario vestidor, una sala de estar con todas las comodidades imaginables y una terraza enorme. Debra sacó una botella de champán y dos copas, le pidió que le acompañara a la terraza y juntos se sentaron en unas cómodas sillas revestidas con una cubierta sedosa. Axel abrió la botella y llenó la copa de Debra y por supuesto la suya. Dejó la botella sobre una mesita de cristal y juntos brindaron por unas vacaciones satisfactorias. Un brindis algo formal para Axel.

—Dime Axel aún no me has contado en que trabajas exactamente.

Axel la miró, sabía que se iba a quedar de piedra.

— ¿Está muy alta esta terraza? —preguntó Axel sonriendo.

—Es la tercera planta ¿Por qué? —contestó Debra sin saber porque le preguntaba eso.

—Porque me vas a tirar por ella, en cuanto sepas con quien estás sentado compartiendo una copa de champán. —respondió Axel. —Trabajo en un supermercado, soy algo así como el que repone la mercancía.

Debra lo miró con asombro, pero no parecía molesta por sus modales sabía que no era uno de esos ricos arrogantes a los que estaba tan acostumbrada. De hecho eso era lo que más le atraía de él, su frescura y vivacidad.

— ¿Por qué te iba a tirar por la terraza? Mi padre era jardinero y mi madre trabajaba en una carnicería de barrio. —contestó Debra bebiendo un sorbito de su copa y mirándolo con atención.

—Bueno después de todo, no eres una actriz que ve al resto del mundo como parias. Eso me agrada. —dijo Axel.

Debra rió al escuchar aquello, verdaderamente ese hombre le gustaba, aunque no le conviniera. Pero se sentía muy agusto cuando estaba con él.

— ¿Fantaseas muy a menudo conmigo? —preguntó Debra.

—Veo que no te cortas mucho. —contestó Axel poniéndose colorado. —Mira no te tomes al pie de la letra todo lo que te dije, es cierto fantaseo pero como lo haría cualquier hombre. —Eres una mujer muy bella y mi heroína en la gran pantalla, es normal que uno sueña con enamorarse de sus ídolos.

— ¿Quieres decir que estás enamorado de mí? —preguntó con malicia y fingida inocencia Debra.

Axel la miró, aquella mujer para saber lo que significaba el tacto o la timidez debía usar un diccionario.

—No estoy enamorado de ti. Estoy enamorado de la Debra que yo he creado en mi mente, la Debra que si está enamorada de mí. Quiero decir... es una fantasía... que... bueno dejemos el tema. —zanjó Axel cada vez más colorado, no iba a explicar a Debra que por las noches abrazaba su almohada pensando que era ella y todas esas cosas. Además no volvería a hacer eso.

Debra lo miró casi babeando, Axel le parecía tan tierno, como un borreguito con su lacito rosa al cuello. Sólo que a ese borreguito lo metería en su cama y no lo dejaría salir de ella jamás. Miró con deseo aquellos ojos verdes, su pelo negro lleno de brillo, sus fuertes brazos, aquellas manos grandes y vigorosas que de seguro la harían temblar con sólo tocarla.

Axel miró el reloj después de un buen rato de charla, consideró que había llegado la hora de marcharse. Debra lo acompañó hasta la puerta y al ver que Axel se disponía a irse sin despedirse decidió tomar la iniciativa.

—Bueno ahora que ya somos amigos, no te marcharas sin darme un beso en la mejilla, como hacen los buenos amigos. —pidió Debra mostrándole la mejilla derecha.

Axel se acercó para darle el beso. Besó su mejilla derecha y justo cuando iba a besar su mejilla izquierda Debra se giró pues le había parecido escuchar paso por el pasillo. Axel no pudo evitar besarla en los labios, lo que sorprendió a ambos. Debra abrió los ojos como platos, ese beso le había pillado por sorpresa, pero no pudo evitar cerrar los ojos y aferrarse con sus manos al cuello de Axel. Ella no quería ese beso, no debía pero jamás había sentido ese deseo hacia un extraño.

Axel se retiró, zafándose de las manos de Debra que parecía aturdida.

—Lo... siento Debra yo... —la miró avergonzado y se marchó.

Debra lo observó alejarse, Axel había derribado todas sus barreras lógicas. En el ascensor, Axel dio un puñetazo a la pared.

—Maldita sea Axel, eres un imbécil, no sabes ni dar dos besos. Ahora pensará que soy un fan obsesionado y un aprovechado. Jamás volveré a verla. —pensó. Pero al menos ahora sabía lo que se sentía al besar a una estrella.

Martes por la mañana

Axel se ajustó el bañador, se puso una camiseta blanca con el logotipo de las tiendas Madison, cogió la tarjeta llave de la habitación y la toalla. Hoy no bajaría a la piscina, no quería encontrarse con Debra.

Camino por uno de los caminos que conducían a la playa privada. Era un lugar paradisíaco, lleno de todo tipo de plantas exóticas, palmeras y otro tipo de vegetación característico de la zona pero que él no tenía ni idea de cómo se le denominaba. Extendió la toalla sobre la arena blanquecina y se tumbó boca abajo, cerró los ojos y trató de relajarse. Pero el beso acudía a su mente una y otra vez, atormentándole. Aun así consiguió relajarse y entrar en un estado meditativo lleno de paz, hasta que una voz lo sacó de su ensueño.

— ¡Joder Axel! ¡He registrado todo el hotel buscándote! —gritó Samuel que dejó caer su toalla junto a él y se tiró en plancha sobre ella. — ¿Vendrás luego al almuerzo que va a dar Debra en la sala del embarcadero?

—Yo no estoy invitado. —contestó Axel.

— ¡Vamos no creo que le moleste! —dijo Samuel.

—No estoy tan seguro. —dijo casi en un susurro Axel.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó curioso Samuel.

—Después de dejarte en tu suite. Me encontré con Debra y me invitó a tomar unas copas. —explicó Axel.

Samuel lo miraba haciéndole ojitos y burlas.

—Bebimos un poco de más y cuando me marchaba... al despedirme... metí la pata. —continuó explicando Axel. —No calculé bien el acercamiento y en lugar de besarle en la mejilla la besé en la boca. No creo que quiera verme nunca más.

—Vaya, vaya. ¿Y ella te correspondió o te hizo la cobra? —preguntó Samuel divertido.

—No lo recuerdo, salí pitando de allí. —respondió Axel.

Samuel lo miró fijamente como si estuviera pensando una respuesta adecuada, pero en lugar de hablar se partió de la risa.

—Veo que mis problemas son muy divertidos para ti. Pero no te crear que por ser una estrella de cine, no te puedo partir la cara. —dijo en tono amenazante Axel.

—No tío. Perdona... que no me río por eso. —pero lo cierto es que entre palabra y palabra seguía riendo. —Es que cada vez que te miro me acuerdo la cara que pusiste ayer cuando te dije que el coche era robado y no puedo evitar partirme de la risa.

Axel saltó sobre él y lo agarró del cuello.

—Te voy a matar. Maldito majadero. Te vas a reír de tu madre. —dijo Axel lleno de ira.

—Veo que habéis hecho buenas migas después de todo. —dijo Debra que ya llevaba un rato cerca observándoles y divirtiéndose con su conversación.

Axel se quitó de encima de Samuel, que seguía riéndose. Debra dejó caer su toalla al lado de Axel y se sentó en ella, escrutando con la mirada el rostro de Axel. Deseaba absorber hasta la última de sus expresiones, analizarlo y averiguar hasta qué punto el se arrepentía de aquel beso furtivo.

## Capítulo 10

El almuerzo discurrió sin sorpresas, más lujo, más famosos y más comida pija. Axel mataría por unos tacos o aunque fuera unas hamburguesas.

Para su sorpresa parecía caerle bien a todo el mundo, en muy poco tiempo sus bolsillos estaban llenos de tarjetas que iban desde ejecutivos, actores, músicos y políticos. Menuda aventura, no podía dejar de pensar en la cara de envidia que pondrían todos sus compañeros cuando relatara sus aventuras. Trató por todos los medios de ser más extrovertido y alegre de lo normal, no en vano le había costado una pasta estar allí y quería disfrutar su estancia al máximo.

Por la noche un grupo más reducido entre los que no podían faltar Samuel y Debra, visitaron un restaurante bastante extraño cerca de un faro.

Los días pasaron y Samuel se convirtió en su sombra, resultaba raro que tu mejor amigo fuera un actor famoso, pero lo cierto es que Samuel siempre lo trato como un igual. A veces tenía la sensación de que lo trataba incluso mejor que al resto de la gente. Debra parecía encantada con Axel y para nada enfadada por el beso, lo que le hizo pensar que para ella un beso que procediera de sus labios carecía de valor.

El lunes de la semana siguiente Samuel organizó una ruta en yate para contemplar las ruinas Mayas que se encontraban en la parte más costera. Samuel, una chica rubia que parecía muy interesada en coquetear con todos, Debra y un hombre de unos cincuenta años serio, huraño y de aspecto aburrido. Más tarde se enteró de que su mujer acababa de dejarle y lo habían llevado a la fuerza, en un intento de animarlo.

Axel se agarró a la barandilla de proa, observaba las construcciones Mayas. Samuel y la rubia saltaron al mar entre risas. El hombre triste se sirvió una copa y se dejó caer en una tumbona de plástico. Debra se acercó por detrás y le pasó una mano por la cintura, mientras depositaba un beso en la mejilla de Axel. Sabía que sólo era una amiga, pero le encantaba que una chica guapa se tomara esas confianzas con él.

—Dime Axel ¿Qué piensas hacer cuando vuelvas a Florida? —preguntó Debra con curiosidad.

—Trabajar en mi maravilloso e interesante supermercado y buscar una chica dispuesta a aguantarme.

Debra ocultó su mirada bajo sus gafas de sol, lo cierto es que le molestó aquella respuesta. ¿Buscar una chica? Se sentía molesta y celosa, Axel no podía negarlo le atraía bastante pero estar celosa no era propia de ella. Además el tenía derecho a encontrar el amor.

—Entonces... ¿dejarás de fantasear conmigo? —preguntó Debra levantando la barbilla de Axel con su mano y dirigiendo sus ojos hacia ella.

—No me queda otra... Tú eres... —Axel se calló y miró al frente.

— ¿Qué soy? —preguntó Debra cada vez más invadida por la curiosidad.

—Yo no puedo aspirar a enamorar a una mujer como tú, rica y famosa. ¿Qué podría yo darte? —susurró Axel.

—Supón por un momento que yo estuviera enamorada de ti. ¿Serías capaz de vivir a la sombra de mis éxitos? —dijo Debra mirándole fijamente.

— ¿Y qué éxito se podría comparar con poder amar a la mujer más maravillosa del mundo? — contestó Axel que ya se empezaba a ruborizar.

— ¿Te arrepientes de haberme besado? —preguntó Debra.

—Me arrepiento por un lado, no quiero que pienses que soy un aprovechado. Pero por otro lado me arrepiento de no haberte besado más tiempo, porque no creo que vuelva a tener la oportunidad. Axel ya estaba bastante avergonzado, pasó junto a Debra dispuesto a poner algunos metros de distancia entre los dos cuando su suave mano agarró su brazo y le hizo acercarse. Debra se aferró a Axel como si fuera un chaleco salvavidas, devorando sus labios. Aquello era un error, pero ya tendría tiempo para pensar en ello, ahora sólo quería besar a ese chico cuyas palabras profundas le derretían el corazón.

Axel acarició su espalda, tratando de contener su deseo. La tomó de la cintura y la llevó hasta unos colchones que había en la proa, una vez tumbados sus manos exploraron su cuerpo. Debra estaba desbocada, su lengua provocaba en su boca un cúmulo de sensaciones que lo hacían enloquecer. Cuando la mano de Axel acabó posándose en el pecho de Debra, está dejó escapar un gemido que Axel ahogó con los besos.

—Debra creo que deberíamos parar... esto podría estar lleno de paparazis. —dijo Axel intentando contener el deseo creciente de hacerle el amor allí mismo.

—Tienes razón. —respondió Debra visiblemente excitada y respirando con dificultad. —Será mejor tranquilizarse, pero tú y yo tenemos una cuenta pendiente. —dijo Debra besándole con una dulzura inusitada.

Tras ellos se escuchó a Samuel vociferar y a la chica rubia reír con ese tono estúpido y monótono.

Axel ayudó a levantarse a Debra y juntos se acercaron a la popa, donde Samuel preparaba mojitos. Axel sintió como se le revolvía el estómago sólo con el olor a mojito.

Samuel ya estaba riéndose cuando le ofreció un tubo. Se notaba que volvía a recordar aquella noche de fiesta.

## Capítulo 11

Axel estaba sentado junto a Debra, riéndose de las ocurrencias de Samuel que no dejaba de contar anécdotas de sus rodajes, cuando sonó su móvil.

— ¿Sí?

—Axel soy Martha. Sé que estás de vacaciones, pero ha ocurrido algo grave...

— ¿Qué ha pasado? —Axel se alejó del grupo ante la mirada sorprendida de Debra.

—Es Rony... hemos tenido un accidente. Está muy grave.

— ¿Y los niños? ¿Y tú estás bien? —preguntó exaltado.

—Yo estoy un poco magullada, los niños por suerte estaban con mis padres. —respondió Martha.

—Cogeré el primer vuelo. Tranquila todo saldrá bien. —dijo Axel en tono conciliador.

—Siento aguarde las vacaciones. —dijo Martha.

—Las vacaciones no me importan lo más mínimo, vosotros sois mi única familia y lo sabes. Pronto estaré allí. —contestó Axel.

Regresó junto al grupo y pidió a Debra y a Samuel que lo acompañaran hasta la proa, no deseaba contar sus intimidades a los otros dos.

— ¿Qué ocurre Axel? —preguntó Debra.

—Un amigo mío ha sufrido un accidente y está muy grave, me temo que se acabaron mis vacaciones. —dijo Axel.

—Pero ¿no te puedes ir? —dijo Debra casi en tono de súplica.

—No tengo alternativa, él y su mujer son mi única familia. Os agradecería que me acercarais al puerto. —dijo Axel.

Samuel dio la orden al capitán y este puso rumbo a puerto. Nada más desembarcar Axel se despidió de todos, le hubiera gustado besar una última vez a Debra pero no quería que el resto se enterara de lo suyo.

— ¡Eh! ¡Espera! —le gritó Samuel que corrió hacia él con una libreta y un bolígrafo en la mano. — Dame tu teléfono.

Axel le dedicó una sonrisa mientras observaba la cara de desconcierto de Debra aún en la cubierta del yate. Apuntó su teléfono en la libreta de Samuel.

—Tío toma mi tarjeta es mi número personal. Me da igual la hora que sea, si necesitas algo me llamas y si no también me llamas. Estamos en contacto. —dijo Samuel mirándolo con tristeza.

Axel le palmeó con cariño el hombro y se alejó por el embarcadero.

Hizo las maletas, anuló el resto de su reserva y tomó un taxi al aeropuerto. No podía dejar de pensar en Martha y Rony. Los niños debían estar aterrorizados. Rogó por encontrar un vuelo y regresar

cuanto antes. Aunque tampoco dejaba de pensar en Debra, cuando su sueño parecía hacerse realidad todo se desmoronaba como un castillo de naipes.

A las once de la noche Axel ya se encontraba en su apartamento. Dejó su equipaje y corrió escaleras abajo hasta la calle. Subió al impala y se dirigió al hospital. Casi no le dejan subir a la planta, pero amenazó con denunciar y al final el vigilante por no escucharlo le dejó pasar.

Martha dio un brinco del sillón nada más verlo aparecer. Se abrazó a él y comenzó a llorar. Axel temblaba al ver a Martha con la cara llena de moratones y Rony lleno de cables y con un respirador. Acompañó a Martha hasta el sillón y le obligó a sentarse, la tapó con una manta besó su mejilla y le pidió que intentara descansar. Estaban solos en la habitación lo que le dio más margen de maniobra. Martha más tranquila por no estar sola, no tardó en quedarse dormida. Axel cogió la mano de Rony mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Maldito osito de peluche. Con lo grande que eres y no hay un ápice de maldad en todo tu cuerpo. — besó su mano. —Lucha hermano, no sé cómo pero si sales de esta te compro tu colección de Star Trek.

A la mañana siguiente una enfermera entró en la habitación, encendió todas las luces y comprobó cables, respirador, suero y monitores. Tan rápido como entró se marchó. Martha no quería moverse de allí, pero Axel le ordenó que fuera a la cafetería y desayunara. De mala gana Martha agarró su bolso y salió de la habitación.

Fueron semanas llenas de dolor, hasta que por fin Rony dio síntomas de mejora. A finales de septiembre le dieron el alta y Axel retomó su vida. Su apestosa, monótona y triste vida. Una vida sin Debra.

## Capítulo 12

Estaba limpiando la zona de cajas cuando Martha pasó junto a él, sin verlo como un auténtico zombie.

—Martha ¿estás bien?

—Perdona Axel no te había visto. Es que llevo un día. —dijo Martha.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Axel.

—El seguro médico de Rony ha cubierto la mayor parte de su estancia en el hospital, pero ahora nos reclama un pago de dos mil dólares. Mis padres me han dado lo que podían pero con su pensión, no pueden hacer más. No sé cómo vamos a salir de esta. —susurró Martha alejándose por el pasillo de los congelados.

Axel se quedó pensando, tenía que hacer algo al respecto. Continuó con la tarea, remojó la fregona y fregó el suelo. Pronto cerrarían y comenzaría su fin de semana, el sábado libraba de manera que eran dos días libres para quedarse encerrado en casa amargado. Al terminar el turno Axel llevó a Martha a casa, saludó a Rony y a los niños y se marchó. Los quería, pero necesitaba estar sólo. Durante la semana y en sus días libres visitaba a Rony y veía alguna película o serie con él, más que nada por hacerle compañía.

Pero la duda de pensar que habría pasado si hubiera podido estar más tiempo junto a Debra, le consumía. Ya daba igual. Una vez en su apartamento calentó una lata de comida, cenó y se acostó.

Por la mañana se levantó con las ideas más claras, registró uno de los cajones y sacó un sobre con dinero. Había retirado del banco el dinero que el hotel le había reembolsado, al anular la reserva salvo algo de sus ahorros. Se vistió y condujo hasta casa de Martha, serían alrededor de las doce de la mañana. Martha estaba limpiando el jardín delantero, mientras los niños se escuchaban gritar el jardín trasero.

—Hola Martha.

Martha se giró sorprendida al verle allí sin avisar.

—Hola Axel, ¿cómo tú por aquí?

—Te he traído esto. Podrás pagar al seguro y aún te quedará algo. —dijo Axel entregándole el sobre con el dinero de sus vacaciones.

—No puedo aceptarlo Axel. Es tu dinero y no es que a ti te vaya muy bien. —replicó Martha.

—Cógelo y calla. No seas desagradecida. Sólo es dinero, nada más. No pienso permitir que paséis por un martirio pudiendo yo evitarlo.

Martha lo abrazó y le besó la mejilla mientras rompía a llorar.

—Ya vale. No he venido para hacerte llorar. —dijo Axel secándole las lagrimas y cogiéndole los labios para estirarlos y formar una sonrisa. —Así está mejor.

Martha dejó de llorar y empezó a reír. Axel era como su hermano, siempre acudía en su ayuda cuando lo necesitaba.

—Gracias Axel.

Axel levantó la mano al aire dándole a entender que no era nada, se montó en el impala y desapareció carretera abajo.

Condujo durante una hora, sin rumbo hasta que acabó aparcando cerca de la playa. Se bajó del coche y caminó hacia allí. Se sentó en la arena y por unos instantes rememoró aquel día de playa junto a Samuel y Debra.

Lejos de allí Debra se encontraba inmersa en el rodaje de su nueva película, unas cuantas escenas más y su trabajo habría concluido. Se retocó el maquillaje en su camerino y por unos instantes se quedó mirándose al espejo. Axel seguía muy presente en su mente, aquel día en el yate, sus besos apasionados. Aún podía sentir sus manos sobre su cuerpo. Pero quizás eso había sido una señal del destino para que no iniciara una relación con él. Muchos grandes actores se habían casado con personas que nada tenían que ver con el cine y les iba de maravilla. Tuvo que hacer un esfuerzo para quitarse de la cabeza aquellas ideas y abandonar su camerino. La gran Debra tenía que actuar.

El mes de octubre resultaría ser el peor de todos, las cosas en el supermercado no iban bien. La inversión en los nuevos tpv habían resultado ser un error, constantemente se averiaban y formaba enormes colas de clientes. Todo ello repercutió en los sueldos, había que retirar esos tpv y sustituirlos. La cadena sufrió grandes pérdidas a nivel nacional, lo que provocó despidos.

Axel estaban reponiendo mercancía en el pasillo de las bebidas, cuando John se le acercó con cara de pocos amigos.

—Axel no me voy a andar con rodeos. Estás despedido y si quieres hacerme chantaje con lo de mis escarceos amorosos, puedes ahorrarte el esfuerzo. También me han despedido a mí. Recoge tus cosas y vete, no hace falta que acabes el turno. ¡Qué les den a esos cabrones de la cadena!

Axel se quedó sin palabras, asintió con la cabeza dejó las cajas en mitad del pasillo y caminó hasta los vestuarios. Allí estaba Martha que acababa de salir del vestuario de mujeres.

— ¿Ya te vas? —preguntó extrañada Martha.

—Sí y para siempre, me temo. —contestó Axel intentado mostrarse con la moral bien alta.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Me han despedido. Así que cogeré mis cosas y hasta nunca supermercado.

—Pero no pueden despedirte así como así. —replicó Martha.

—Díselo a John, también le han despedido. No pasa nada, este trabajo era un asco ya encontraré otro. Quién sabe, igual hasta puedo trabajar en algo más interesante como vender hamburguesas.

—Axel, aún me queda algo de dinero, puedo traértelo mañana. —dijo Martha.

—Ni hablar os hace falta y tú lo sabes. Ya me buscaré la vida, además algo me darán de indemnización. —contestó Axel.

Martha lo abrazó con tristeza, una de las cosas que la animaba a la hora de ir a trabajar, era saber que

Axel estaba allí.

—Lo siento Axel. Lo siento mucho.

Axel le dio un beso en la frente. Abrió su taquilla y metió todas sus cosas en una bolsa. A la salida saludó con las manos a John que estaba recogiendo sus cosas en la oficina. John no le devolvió el saludo, se limitó a mirarle fijamente con expresión de tristeza. Si Axel lo tenía difícil para encontrar trabajo, para él sería aún peor.

Una vez en el apartamento, agarró el portátil y comenzó a hacer cuentas, las cosas se iba a poner feas. Tendría un subsidio, pero con el sueldo mísero que cobraba no sería bastante ni para pagar el alquiler. Habló con el casero, empacó sus cosas y se mudó a un motel de carretera, de aspecto aún más deplorable que su apartamento pero con un coste inferior.

Aparcó el impala y subió las escaleras de metal oxidado que daban acceso a la segunda planta. Abrió la puerta de su habitación y terminó de llevar sus cosas. Aquella habitación en tonos amarillos, con una luz tenue y un mobiliario que desde luego había vivido tiempos mejores, le daban la bienvenida a su nueva vida. Vendió todo lo que pudo, televisión, dvd, libros, películas, etc... Todo lo que pudiera suponer algún dinero. Si la cosa no mejoraba acabaría viviendo en el impala.

Durante días intentó encontrar trabajo, pero todo eran negativas. El panorama pintaba mal y el dinero no le duraría muchos meses. Cenar salchichas frías con agua, empezó a convertirse en un menú diario. No podía cocinar en su habitación y tampoco podía comer en ningún restaurante. Cuando el estómago empezaba a provocarle retorcijones, compraba algo de comer un poco más sano, pero no era algo que pudiera hacer a menudo.

Martha y Rony lo llamaban, pero él no les cogía el teléfono. No tenía ánimos para dar explicaciones y tampoco quería preocuparlos. Una noche cogió la papelera de metal y una caja de cerillas. Rebuscó en una mochila y sacó todas las tarjetas que le habían dado en sus vacaciones de lujo. Una a una las fue tirando dentro de la papelera. Vertió un poco de combustible líquido para encender barbacoas y arrojó una cerilla encendida dentro. La llamarada no se hizo esperar, continuo revisando las tarjetas y tirándolas. Vio la tarjeta de Samuel, la miró por unos instantes y la arrojó. Luego lanzó las últimas fotos de Debra que le quedaban. Contempló como el fuego devoraba sus recuerdos, hasta que estos quedaron reducidos a cenizas.

El mes de noviembre terminó sin resultados positivos, en una fábrica le dijeron que igual para después de navidad, pero no le dieron garantías.

Pronto llegaría diciembre y la navidad, la peor navidad de su vida. Sólo, sin dinero y a un paso de acabar en la calle como un pobre indigente. Se dejó caer en la cama, fuera era de día, miró su reloj. Las dos de la tarde, aún así intentó dormir, al menos cuando dormía olvidaba sus penas. Era algo así como emborracharse pero más económico.

El móvil empezó a sonar, pero trató de ignorarlo. El sonido se callaba un rato y otra vez sonaba, este círculo vicioso se repetía como un bucle en el tiempo. Al final con los nervios de punta se levantó y cogió el teléfono.

—Dígame. —contestó Axel que no reconocía aquel número de teléfono.

— ¡Joder ya era hora! Llevo toda la tarde llamándote.

— ¿Samuel? —preguntó Axel incrédulo.

—El mismo. Estoy en Florida y quiero verte.

## Capítulo 13

Axel se sorprendió al escuchar la voz de Samuel, después de tanto tiempo aún se acordaba de él. Resultaba raro viniendo de un famoso.

—Lo siento Samuel, pero no estoy con ánimos para fiestas. Quizás en otra ocasión. —dijo Axel. Colgó antes de que Samuel tuviera tiempo de replicar.

Los días pasaron, seguía sin conseguir un trabajo. El subsidio por un tema legal que no comprendía, le fue cancelado. Con quinientos dólares en el bolsillo, no le quedó otra que abandonar el motel. Había llegado el momento tan temido de vivir en el impala. Cargó las cosas en el coche y miró por última vez la habitación del hotel, mientras se preguntaba a sí mismo ¿volvería a tener un techo bajo su cabeza? Mientras conducía no podía dejar de pensar lo cruel que podía ser la vida, pasó de ser una persona normal a un sin techo en cuestión de meses.

Circuló por la ciudad sin rumbo fijo, tampoco es que importara. Buscó un callejón en una zona tranquila y aparcó el coche. Con todo el dolor de su alma recogió algunos cartones y los usó para tapar los cristales del coche. Al menos eso le daría algo de intimidación. Caminó hasta un pequeño supermercado y compró una cuchilla, espuma de afeitar y algunas latas de comida, junto con botellas de agua. Su primera noche en la calle, no podía asimilarlo. Sin posibilidad de conseguir dinero, cuando se agotaran sus reservas quedaría relegado a la mendicidad o a caer en el mundo de la delincuencia. Prefirió no pensar en ello por el momento, ya tocaría ese tema cuando fuera inevitable. Pagó al cajero del súper y paseó hasta el coche. Abrió la puerta del impala y dejó las cosas en el asiento de atrás. Accionó el mecanismo del asiento del copiloto y lo tumbó al máximo posible. Al menos quedaba totalmente recto, casi parecía una cama. Rebuscó en el maletero en busca de una manta o algo parecido. Por suerte tenía una, aunque no es que oliera a rosas precisamente. Era como bañarse en gasolina. Se sentó en el asiento del conductor que echó hacia atrás lo más posible y rebuscó en las bolsas una botella de agua y un paquete de salchillas. Sin ganas y asqueado por el sabor de las salchichas frías y sin cocinar, cortó el envoltorio y le dio un bocado a la fila de seis salchichas aún unidas. Si salía de esa, nunca más volvería a comerlas. Bebió un trago de agua y siguió comiendo. El móvil sonaba pero él lo ignoraba. Mientras tuviera gasolina, arrancararía de vez en cuando el motor y cargaría el móvil conectando el cargador al encendedor. Al no poder pagar una cuota, pasó el móvil a contrato de tarjeta, pero tampoco le serviría de mucho dado que sólo le quedaban cinco dólares de saldo. Sabía que Martha le ayudaría, pero no se sentía con fuerzas para estar con ellos. Prefería estar sólo. Metió el envoltorio de las salchichas en una bolsa de plástico, cerró todas las puertas y se dejó caer en el asiento del acompañante. Apenas si estaba empezando a anochecer, pero él tenía la esperanza de quedarse dormido y evadirse de la realidad. Se tapó con la hedionda manta y cerró los ojos.

Los días pasaron y las penurias aumentaron. Hacer sus necesidades en una botella o bolsa de plástico, era realmente incómodo, pero intentar cocinar en una lata de frijoles tampoco era cosa fácil. El móvil dejó de sonar, suponía que por fin se habrían dado por vencidos. Seguramente creerían que había pasado página y ya no quería cuentas con ellos. La navidad llegó, la gente por la calle caminaba alegre, bromeando entre sí. Él ya no recordaba lo que era sentirse así, su alma estaba ennegrecida por el dolor. Aunque se había comprado su regalo de navidad. Pagó veinte dólares a un traficante cercano para que le consiguiera un arma, un pequeño y oxidado revolver de seis balas. Había tomado la

decisión, no llegaría otro año para él.

Miró su cartera, sólo le quedaban diez dólares y algo de calderilla. Sólo faltaban unos días para fin de año, el momento había llegado. Lleno la lata con agua y se afeitó, no estaba dispuesto a que le encontraran con mal aspecto. Era una estupidez, pero él era así. Se cortó un poco el pelo con un cuchillo afilado y se vistió con ropa limpia, la única que le quedaba aún en buen estado. Se tumbó en el asiento y sacó el revólver, lo amartilló y metió el frío cañón en su boca.

—Bueno Axel no te puedes quejar, no todo en este año ha sido malo. Conociste a Debra y hasta casi se enamora de ti. —Por un momento rememoró sus vacaciones junto a ella y Samuel. Los mejores recuerdos de su vida, mejor morir con la cabeza llena de pensamientos felices.

## Capítulo 14

Axel sintió como intentaban abrir la puerta del coche. Quien quiera que fuera, parecía decidido a abrirla sí o sí. Sacó el cañón de su boca y apuntó hacia la puerta. El tipo rompió el cristal de la puerta y quitó el cartón.

Samuel lo miró sumamente preocupado, no esperaba encontrar a Axel en tan deplorable estado.

— ¡Por fin te encuentro maldito bastardo! —gritó Samuel esbozando una sonrisa.

Samuel le obligó a salir del coche y lo revisó de arriba a abajo.

—Bueno parece que llegué a tiempo después de todo. Creo que eso no lo necesitarás conmigo. —dijo Samuel señalando el revólver.

Axel desamartilló el arma y la arrojó al asiento del coche.

— ¿Pero a ti qué coño te pasa? ¿Por qué no me llamaste para pedirme ayuda? —le preguntaba gritando Samuel.

Axel nunca lo había visto tan enfadado, salvo en sus películas.

—Quemé tu tarjeta junto con el resto. —respondió Axel casi susurrando.

—Maldita sea somos amigos. Si me hubieras llamado o al menos cogido el teléfono te habría ayudado. ¡Joder Axel!

—Nos conocemos de unos cuantos días en unas vacaciones de lo más frívolas. No somos amigos. —respondió cortante Axel.

Samuel lo miró con ojos vidriosos, se acercó a Axel lo agarró del cuello y lo empujó contra el coche.

—Yo decido quien es mi amigo. Vivo en una mansión, todos los días recibo miles de llamadas de gente a la que no le importo una mierda y que lo único que quieren es sacarme pasta o aprovecharse de mi fama. Es cierto, nos conocemos de muy poco tiempo, pero en ese tiempo jamás encontré a una persona con el alma más limpia. —Samuel soltó su cuello y le cogió la cara con suavidad. —Axel, déjame ayudarte. ¿Por favor? No es caridad. Tú necesitas salir de esta mierda en la que has acabado y yo necesito a un amigo de verdad en el que pueda confiar. ¿Me tengo que poner de rodillas y sacar un anillo o algo así? —preguntó Samuel poniéndose de rodillas y levantando las manos en posición de rezo. —anillo no tengo, pero ¿si te vale un rolex? —dijo Samuel riendo.

—Maldito capullo. ¿Qué te crees que es esto pretty woman? —contestó Axel sonriendo. —Está bien, pero antes me gustaría hacer algo.

—Lo que quieras tío. Pero esta misma noche volamos a New York. —contestó Samuel.

Axel encendió el motor de su impala que por suerte arrancó al segundo intento. Con la ayuda de Samuel colocaron un plástico en la ventana rota. Asearon el interior del coche, tirando casi todo a un contenedor de basura cercano. Lo llevaron a un lava coches y Axel se esmeró con la limpieza. En pocos minutos el impala relucía casi como en sus mejores tiempos. Contó su plan a Samuel y este le obligó a pasar antes por su hotel. Después de una ducha y enfundarse uno de los exclusivos trajes de

Samuel, cada uno en su coche emprendieron el camino a casa de Martha. No estaba dispuesto a irse de Florida sin despedirse.

Nada más aparcar el coche junto a la entrada de la casa de Martha, Rony que reconocía en sonido del impala abrió la puerta y salió corriendo hacia él. Martha le siguió de cerca. Axel no sabía que decir, pero Martha no le dejó abrir la boca. Le dio un guantazo que le hizo volver la cara, luego lo abrazó y lo besó.

—Maldito seas. Estábamos muy preocupados por ti. Ni una maldita llamada, ni coger el teléfono. —dijo Martha muy enfadada.

—Lo sé. He pasado por un mal momento y no quería estar con nadie y mucho menos preocuparos. —dijo Axel recordando que esa misma noche pensaba saltarse la tapa de los sesos. —Esto es para ti Rony. —dijo Axel lanzándole las llaves del impala. Sé que estás obsesionado con él desde que viste el primer capítulo de sobrenatural.

Rony se acercó y le dio un abrazo. Pero quedó petrificado al ver quien bajaba del mercedes que estaba aparcado justo detrás del impala.

—Gracias Axel. ¿Ese es Samuel Craig? —preguntó incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—Anda grandullón ve a por tu autógrafo. —dijo riendo Axel.

— ¿Veo que tu amigo famoso no se ha olvidado de ti?—dijo Martha dedicándole una sonrisa.

—Ha resultado ser un amigo de verdad. Martha estoy aquí para despedirme de vosotros. Me marchó con él y no sé cuando volveré, si es que vuelvo. —informó Axel sin mucha alegría.

Martha lo miró entristecida.

— ¿Trabajo? —preguntó tímidamente.

—Sí. En cuanto me sea posible os haré una visita y si me necesitáis llamadme. —dijo Axel abrazando a Martha mientras le besaba en la mejilla. —Sois mi familia y siempre lo seréis.

Martha lo miró una vez más. Rony regresó y abrazó a su mujer enseñándole con orgullo su autógrafo.

— ¡Axel no quiero ser un aguafiestas pero nos espera el avión! —gritó Samuel.

Axel abrazó a Martha y a Rony y dedicándole una última sonrisa caminó hasta el coche de Samuel. Había llegado la hora de retomar su vida, aunque no tenía ni idea de que sería de él ni mucho menos si estaría preparado para entrar en el mundo de Samuel.

## Capítulo 15

— ¿Cómo me encontraste? —preguntó Axel.

—Contraté a un detective. Primero lo intentamos a la vieja usanza, pero al no conseguir nada, optamos por rastrear tu móvil. Si llegas a tenerlo apagado no te habría encontrado. —respondió Samuel con gesto serio. — ¿El arma era por defensa? ¿Verdad? —preguntó Samuel.

—Sí, las calles son muy peligrosas. —respondió Axel.

Samuel lo miró de soslayo, estaba seguro de que mentía y daba gracias a Dios por haber llegado a tiempo. Ayudaría a Axel, en realidad el trabajo era sólo una excusa. Había demostrado ser muy orgulloso y cualquier otra ayuda sin un trabajo de por medio, le parecería caridad.

Samuel aparcó el coche en un parking especial reservado para los coches de alquiler y entró con Axel en la terminal. Facturaron las pocas posesiones que le quedaban a Axel y las maletas de Samuel. Una azafata les acompañó hasta la puerta de embarque, donde otra azafata les indicó sus asientos en primera clase.

Axel se sentía impresionante con aquel traje tan suave y brillante. Viajar en primera resultaba una experiencia impresionante para alguien que no estuviera acostumbrado al lujo. Asientos enormes, habitáculos espaciosos y azafatas que te colmaban de atenciones, en especial si tu acompañante era una estrella de cine.

Samuel le contó que trabajaría para él en calidad de asistente, le acompañaría a los rodajes, fiestas, eventos y le ayudaría en todo lo que le necesitara. Viviría en su mansión y le pagaría tres mil dólares al mes. Lo que teniendo en cuenta que no debía pagar alojamiento, gasto alguno sobre la vivienda, vestuario y demás, el dinero era casi íntegro. En el fondo sabía que Samuel sólo trataba de ayudarle y que en realidad no necesitaba ningún asistente, pero si parecía necesitar un amigo cerca.

El vuelo fue bastante agradable, a pesar de que Samuel le entraba a todas las azafatas que desde luego no parecían nada molestas. Aterrizaron en el JFK donde una limusina los esperaba. El chófer y un tipo alto y trajeteado salieron a su encuentro para ayudarles con el equipaje. Axel se sentía incómodo con aquel trato, la estrella era Samuel no él. Entraron en la limusina y nada más sentarse Samuel encendió la televisión, abrió el minibar y sacó una pequeña botella de champán, la abrió y sirvió dos copas. Le ofreció una a Axel y el levantó su copa.

—Brindemos por tu nueva vida. —dijo Samuel.

Axel chocó su copa contra la de él y ambos dieron un buen sorbo a su copa. Pero Axel temblaba, regresaba al mundo de Debra y esta vez para quedarse. ¿Se acordaría ella aún de él o habría sido un escarceo sin consecuencias? A esas alturas lo más seguro es que ya le hubiera sustituido. Pensó triste, ansiaba poder besar sus prohibidos labios. Pero ya no tenía esperanzas de que eso llegara a pasar.

Debra estaba asomada al balcón de su dormitorio en su mansión, en la montaña Coldbain. Una zona de lo más exclusiva, donde pocos podían permitirse vivir. Contempló su inmensa piscina climatizada, la fastuosidad de sus propiedades. Sin embargo nada de lo que veía le importaba lo más mínimo. Seguía

pensando en Axel, aquellos besos apasionados que le había robado el corazón. Había intentado salir con otros hombres pero era inútil, siempre acababa comparándolos con él y siempre salían perdiendo. Sólo lo superaban en riquezas, pero Axel era especial, un hombre puro que le había hecho sentir lo que era la auténtica atracción.

Pronto llegaría el fin de año, la productora celebraría una gran fiesta a la que sólo unos pocos privilegiados podrían asistir. No le apetecía lo más mínimo pero formaba parte de su contrato asistir a estos eventos. No imaginaba que podría hacerle cambiar de opinión.

La limusina se detuvo frente a la mansión de Samuel. El tipo trajeteado se tocó en la oreja y parecía hablar con alguien. Axel comprendió que se trataba de un miembro del equipo de seguridad que vigilaba constantemente a Samuel. Entraron dentro de la mansión, que rebosaba modernidad por los cuatro costados, quizás demasiada para el gusto de Axel que era más hogareño y aquel tipo de construcciones le parecían frías. Samuel lo acompañó a su dormitorio que estaba ubicado a pocos metros del de Samuel.

—Bueno tío tengo que salir para arreglar unos asuntillos con la productora. —anunció Samuel.

—Son las cuatro de la mañana. —dijo Axel extrañado.

—Lo sé, bienvenido a mi mundo. —respondió Samuel dedicándole una sonrisa mientras se alejaba escaleras abajo.

Axel entró en el dormitorio y alucinó en colores. Aquella habitación era más grande que su anterior apartamento, estaba pintada con colores negros, grises y blancos. La cama era enorme, disponía de un vestidor, cuarto de baño, balcón y una gran televisión de unas cincuenta pulgadas.

— ¡Joder! —gritó Axel.

Estaba a punto de abrir la puerta del balcón, cuando tocaron a la puerta que ni siquiera estaba cerrada. Dos mujeres vestidas con uniforme de servicio doméstico, entraron y dejaron sus cosas en la habitación.

— ¿Desea el señor que coloquemos sus pertenencias? —preguntó la mujer que aparentaba mayor edad.

—No gracias. —Contestó Axel sonriéndoles.

Las sirvientas se marcharon cerrando la puerta tras de sí. Axel abrió la puerta del balcón y se asomó al exterior. A lo lejos se divisaban otras mansiones no menos lujosas que la de Samuel. La más cercana estaba situada en la misma ladera de la montaña, aproximadamente a un kilómetro más abajo. Era una mansión blanca muy al estilo griego. Una de esas que recordaba a las zonas de playa en Míkonos. Casi se cae del balcón al ver que un hombre delgado y muy alto estaba junto a él. Axel lo miró con los ojos muy abiertos.

—Disculpe el señor, no era mi deseo asustarle. El señor Samuel me dijo que en su ausencia, usted debía contestar al teléfono. —informó el mayordomo.

—Sí por supuesto. —respondió Axel tomando el teléfono que el mayordomo ya le ofrecía. —  
¿Dígame? —Axel se dio una cachetada, así no contestaban los asistentes de los famosos.

— ¿Está el señor Craig?

—Soy su asistente. El señor Craig ha salido, en que puedo ayudarle. —respondió Axel en un tono más profesional.

— ¿Axel?

— ¿Nos conocemos? — preguntó Axel que lo que menos esperaba es que alguien que llamara a esa mansión lo conociera.

—Soy Debra.

Axel se quedó sin palabras, sólo sentía como sus piernas parecían no poder soportar su peso.

## Capítulo 16

—No puedo creer que volvamos a estar en contacto. —dijo Debra.

—Voy a estar por aquí. Soy el nuevo asistente de Samuel. —anunció Axel.

—No sabes lo que me alegro y ¿cómo es qué te ha contratado como asistente?

—Es una larga historia. Pero bueno lo importante es que estoy aquí. Por cierto en ¿New York no dormís? —pregunto Axel con ironía.

— ¡Oh Dios mío! Ni miré el reloj. Hace una hora me llamó mi productor que también es el de Samuel. Estamos rodando una película de acción. Bueno me imagino que dado tu nuevo trabajo nos veremos en el rodaje.

—Así es. Nos veremos casi a diario. —dijo Axel.

—Me ha encantado hablar contigo, estoy deseando que nos reunamos para tomar algo y ponernos al día. —dijo Debra con voz alegre—. Buenas noches Axel.

—Buenas noches Debra.

Axel dio un salto de alegría, Debra volvía a estar en su vida y ahora no permitiría que se alejase nunca más de su lado.

Pasaron los días y para sorpresa de Samuel, Axel resultó ser un asistente excepcional. No sólo manejaba su agenda y respondía a las llamadas, demostró un arrojo y una capacidad de gestión de los proyectos espectacular. Hablaba con los productores, agentes, contables como si lo hubiera hecho toda su vida. Axel nunca dejaba de sorprenderle, en apenas unos días ya no hacía nada sin consultarle. Una tarde después de una aburrida reunión con uno de los productores, Samuel pasó su brazo por el hombro de Axel y lo agarró con fuerza.

—Mañana es fin de año y nos vamos de fiesta con la productora. Estoy deseando que conozcas a mi nueva adquisición Melinda. Guapa, mulata y con una sensualidad que resucitaría a un muerto. —dijo Samuel sonriendo con malicia.

—Preferiría quedarme en casa, no soy muy de fiestas glamurosas. —dijo Axel.

—Lo siento Axel pero es trabajo y mi asistente viene conmigo sí o sí. Habrá momentos en que te necesite, además quiero que conozcas a Melinda. ¡Ah! También estará Debra. —informó Samuel.

Axel se quedó pensativo. Volvería a ver a Debra, pero esta vez se prepararía para el encuentro. Ensayaría sus frases de galán de cine, sus poses y con la ropa que Samuel le había comprado parecería alguien importante.

El día continuó agitado, realizando más gestiones hasta que por fin llegaron a casa después de cenar en un chino. Samuel se asomó al balcón principal y le hizo señas a Axel para que se acercara.

— ¿Ves esa casa? —preguntó Samuel señalando la mansión estilo griego que había llamado la atención de Axel unos días atrás.

—Sí. —contestó Axel.

—Esa es la casa de Debra. Se la compró unos meses después de que me mudara yo. Es una copiona y mi mejor amiga. Siempre acabamos viviendo cerca el uno del otro. —dijo Samuel riendo.

Axel se quedó mirando la mansión, imaginando a su amada Debra en su interior. Ansiaba volver a verla, aunque algo le turbaba. Por teléfono ella parecía fría, cordial, sí, pero distante. Temió que ella ya no sintiera nada por él, ni siquiera atracción.

Noche de fin de año

— ¡Vamos Axel nos esperan! Sal ya y vayámonos. —Gritó Samuel desesperado ante la tardanza de Axel—. ¡Joder ninguna mujer me ha hecho esperar ni la mitad que tú!

Axel abrió la puerta, llevaba puesto el smoking negro, su camisa blanca de seda y su pajarita negra. Samuel lo miró con asombro.

— ¡Joder! Si fuera mujer te haría mío ahora mismo. Espero que no me robes a todas las chicas esta noche. —dijo Samuel sonriendo.

— ¿Y a ti que más te da? Tú tienes a Melinda. —dijo Axel.

—Cierto, es la costumbre no me hago a tener una sola mujer. —dijo Samuel riendo.

La fiesta la habían montado en uno de los platós de cine, no faltaba de nada, la decoración un poco retro recordaba a los años veinte. Un ejército de camareros repartían las bebidas y aperitivos entre los invitados. Las luces giratorias llenaban el ambiente de destellos, que producían un efecto mágico. Samuel lo dejó sólo y trató de buscar a su Melinda que suponía ya habría llegado.

Axel cogió una copa champán que un camarero le ofreció y caminó entre el resto de invitados. Había un pequeño escenario donde un grupo musical tocaba canciones clásicas de rock, todo baladas para disgusto de Axel.

— ¡Axel! —gritó una voz tras él.

Se giró y allí estaba ella, con un vestido azul que aunque cubría todo su cuerpo dejaba entrever su esbelta figura. Su pelo negro rizado y sus ojos azules que tanto le habían atormentado. No podía creer que estuviera frente a él, de nuevo.

Debra le cogió las manos y le besó en la mejilla. No es que esperara un beso en los labios y menos delante de toda esa gente, ella debía guardar la compostura. Desde luego estaba radiante, fantaseó con besarla allí mismo con tal intensidad que todo su ser vibrara de emoción.

— ¡Estás guapísimo! Me parece mentira, otra vez juntos. —gritó Debra.

—Sí yo también estoy alucinando. Ahora estoy en tu mundo. —dijo Axel sonriendo lleno de felicidad.

Pero su felicidad duro poco, cuando vio a un tipo alto, rubio y de ojos negros, que se acercó a Debra y la besó en la boca.

—Axel te presento a mi novio Julius. —informó Debra.

Axel se limitó a darle la mano, miró a Debra con frialdad y se marchó. No entendía nada o tal vez sí. Para ella los días que pasaron juntos o el incidente del yate, sólo formaba parte de un rollo de verano. Samuel lo agarró del brazo y le obligó a acercarse a un pequeño grupo. Le presentó a su nuevo

productor y a Melinda. Desde luego no había exagerado lo más mínimo, era realmente bella y también simpática. Aún así, Debra le había arrancado el corazón, se sentía como si fuera de cristal y cualquier palabra pudiera romperle en mil pedazos. En cuanto pudo se ausentó del grupo y agarrando una botella de champán subió unas escaleras y sentó en un balcón que formaba parte del decorado. Bebió un buen trago y procuró contener las lágrimas que ya amenazaban con delatar el inmenso dolor que sentía. Se había pasado todo el día pensando en ella, imaginando su encuentro ignorante de que no significaba lo más mínimo para ella.

Varias horas después y algo perjudicado por el alcohol. Axel seguía sentado en el balcón, con la mirada perdida.

—Por fin te encuentro. —Dijo Debra—. ¿Te encuentras bien?

—Como si a ti te importara. —contestó Axel sin mirarla.

—Somos amigos. Claro que me importa cómo te sientas. —dijo Debra.

—No has tardado mucho en sustituirme. —dijo Axel mirándola fijamente a los ojos por primera vez.

Debra se quedó sin palabras, no sabía que decir.

—Yo... pensé que nunca más volvería a verte. —contestó Debra.

Axel se levantó y dio un traspiés.

—Dime una cosa, sólo una cosa... ¿Intentaste buscarme?

Debra lo miró, bajó la vista con tristeza.

—Lo sabía. —dijo Axel levantando la vista hasta los focos, tratando de que no lo viera llorar—. Sólo tenías que haber hablado con Samuel, él tenía mi teléfono. Pero la gran Debra Mainor no pierde el tiempo con don nadie, cuando puede tener empresarios, actores y a toda la yet set. —dijo Axel perdiendo el equilibrio y salvándose de pura casualidad de caer escaleras abajo—. No pierdas más el tiempo conmigo, tu noviete pijo te espera.

—Axel... yo. No deseo que acabemos así, me gustaría que fuéramos amigos. —dijo Debra con los ojos llorosos.

— ¿No lo entiendes? ¿Verdad? Yo nunca quise ser tu amigo. Yo quería algo más. Pero no temas, no voy a montar un escándalo. Quédate con tu Julius. Ahora sé que nunca mereciste la pena. Maldito sea el día que te conocí. —dijo Axel bajando las escaleras.

Debra contuvo las lágrimas como buena actriz. No podía negarlo, cuando Axel salió de su vida suspiro aliviada. El orgullo le impedía acabar con un simple cajero de supermercado. Pero nunca pudo acallar los gritos de su corazón, que le rogaba buscarlo y conseguir por todos los medios que la hiciera suya. Ni siquiera ahora que Julius había entrado en escena. Julius era un buen hombre, honesto y atento siempre a sus deseos. Por otro lado era el dueño de una multinacional, era el candidato lógico para ella. Pero ahora que Axel había regresado a su vida y le había dejado claro que la amaba de verdad, todo su mundo se tambaleaba. Pero tendría que resignarse, ahora estaba con Julius.

## Capítulo 17

Axel se escabulló en cuanto pudo de la fiesta, tomó un taxi y regresó a la mansión. Una vez en su cuarto se desvistió y arrojó la ropa de mala manera a un rincón. Estaba borracho y rabioso. Abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua fría recorriera su cuerpo. La mansión disponía de un perfecto sistema de calefacción, lo que le hacía disfrutar del contraste de calor externo y el agua fría. Poco a poco se fue relajando, hasta sentarse en el suelo. Allí pensó lo que debía hacer, mientras el agua seguía acariciándole con su frío manto. Decidió que a partir de ese día Debra estaba oficialmente muerta para él. Dado que compartían papeles en la película de Samuel, estaría obligado a tratar con ella, pero lo haría de forma profesional. Es más sería hasta agradable, para demostrarle que ya no significaba nada para él. No estaba dispuesto a que ella se regodeara al pensar que él bebía los mares por ella. Cerró el grifo, cogió una toalla y se seco a conciencia. Recogió la ropa y la hecho al cesto de la ropa. Se puso unos slips y se dejó caer en la cama.

Debra continuaba en la fiesta, mostrándose activa y alegre, pero todo era puro teatro. Samuel no parecía muy contento con Julius, no debía caerle muy bien. Pero era normal, Axel era su amigo y Julius era algo prepotente con los demás, lo que no favorecía las relaciones.

Debra sacó su smarphone y aburrída con la tediosa conversación de Julius, registró sus archivos en busca de entretenimiento. Quiso el destino que se topara con una foto de Axel y Samuel riendo. Por un momento sonrió, pero luego llegó el dolor.

— ¿Qué habría pasado si ella lo hubiera buscado? —pensó. Seguramente jamás lo sabría, pero añoraba al Axel divertido. Recordó el beso en su suite y lo ruborizado que se sentía, hasta el punto de casi salir corriendo. Era un hombre tierno y sincero, a diferencia de Julius que solía ser egocéntrico y frío. Pero ella quería a Julius o al menos eso pensaba. Axel provocaba dudas acerca de su relación.

Varios días más tarde Samuel anunció a Axel que Melinda viviría con ellos, había decidido dar el paso y convivir con ella. Axel se alegró por su amigo y después de todo Melinda parecía una chica agradable.

Samuel seguía sorprendiéndose de la capacidad de Axel como asistente, conseguía que todo el mundo hiciera lo que él quería y de muy buena gana. Estaban en el plató terminando una escena, cuando Debra vestida con traje propio de la edad media se acercó a ellos.

—Hola Samuel. Axel... —saludó Debra sin poder evitar centrarse en Axel, que casi ni la miró.

—Hola preciosa. Ya casi hemos terminado la película y pronto a relajarnos en casita. —Dijo Samuel rebotante de alegría y deseoso de terminar aquella aburrída película—. Bueno os dejo, Melinda me espera. Por cierto Axel tendrás que irte en taxi, nos vamos de cena Melinda y yo.

—Tranquilo. Diviértete. —contestó Axel sonriendo, le encantaba ver a su amigo tan feliz.

—Si quieres puedo llevarte yo. Vivimos al lado. —dijo Debra.

—Gracias prefiero el taxi.

— ¡Vamos Axel! Seamos adultos, no puedes seguir tratándome así. Siento de corazón que todo haya salido mal entre nosotros, pero no podemos dejar que eso nos separe. Te aprecio de verdad.

—Está bien, pero con una condición...

— ¿Cuál? —preguntó Debra.

—Ni una sola pregunta personal. —contestó Axel mirándole desafiante.

—Lo prometo. —dijo Debra levantando la mano derecha como si fuera a declarar en un juicio.

Axel sonrió ante aquella ocurrencia, pero rápidamente se puso serio. Pero Debra quedó encantada de verlo sonreír, aunque sólo fuera por un instante.

Debra recogió sus cosas y después de hablar un cuarto de hora con el productor, regresó junto a Axel.

— ¿Nos vamos? —dijo Debra.

—Espera voy a ver si consigo recuperar la movilidad en mis piernas. Si tardas más hecho raíces. —dijo Axel mal humorado.

Debra se rió lo agarró del brazo y tiró de él. Fuera del plató un aparcacoches le trajo su mercedes. Entraron dentro del coche y emprendieron el camino de regreso.

Axel se limitó a mirar su agenda en el móvil, consultando las siguientes tareas que tenía pendiente. Debra lo miraba de reojo, estaba arrebatador con aquel traje gris y su camisa blanca con corbata azul. Parecía un auténtico ejecutivo.

—Samuel me ha dicho que eres un crack como asistente.

—No se me da mal la verdad. La gente acepta mejor las órdenes si no eres una estrella engreída como tú. —contestó Axel con malicia.

— ¡Oye eso es un golpe bajo! —protestó Debra sonriendo.

—Ese soy yo. Axel el golpe bajos. —añadió riendo.

Por unos instantes parecía que había vuelto el Axel de siempre. Debra se dio cuenta de cuánto lo añoraba, pero no sabía qué hacer Julius era un amor con ella, no podía dejarlo y después de lo de la fiesta Axel parecía no querer saber nada de ella.

Debra empezó a encontrarse mal, aparcó en el arcén y le pidió a Axel que condujera. Axel se puso muy nervioso, condujo a toda velocidad hasta su casa. La tomó en brazos y la introdujo en la mansión. Guiado por una sirvienta la llevó hasta su dormitorio donde después de descalzarla y quitarle las joyas, la tapó. Ordenó a la sirvienta que llamara a un médico. Revisó el bolso de Debra hasta encontrar su móvil, miró la agenda y marcó el número de Julius.

—Sí.

—Julius soy Axel el asistente de Samuel. He llevado a Debra a su casa, se encuentra mal a perdido el conocimiento. Ya he avisado al médico. —informó Axel.

—Ok mantenme informado. Adiós. —Julius colgó dejando a Axel sin palabras.

Allí estaba Debra tumbada sin sentido, totalmente vulnerable y su novio se limitaba a decir que lo mantuviera informado. Si Debra fuera su novia, habría cruzado los océanos y los desiertos para estar junto a ella.

— ¿Cómo alguien podía abandonar así a un ángel? —pensó Axel.

Acarició su mejilla con dulzura, apartó el pelo de su cara y le acomodó la almohada. El médico no tardó en llegar, le hizo un pequeño chequeo y le pidió a Axel que lo acompañara.

— ¿Qué le pasa doctor?

—Estoy harto de decirle que debe bajar el ritmo, está agotada y se niega a descansar.

— ¿Entonces está bien?

—Sí. Pero si no descansa los desmayos seguirán apareciendo. La obligaré a pasar por mi consulta y hacerse unos análisis de sangre. Está mujer me trae loco.

Axel respiró aliviado, al menos no era nada grave. Samuel también estaba muy agobiado por el rodaje y siempre estaba cansado. Se despidió del doctor y se quedó allí parado, no sabía qué hacer ella estaría bien atendida por sus sirvientes, pero dejarla allí inconsciente le parecía como abandonarla. Meneó la cabeza negativamente, agarró una silla y se sentó junto a la cabecera de su cama.

—Manda huevos. Su novio pasa de ella y al capullo repudiado le toca velarla.

La miró y no podía evitar que se le partiera el alma verla allí dormida, víctima del agotamiento ignorante de que su pareja parecía no interesarle lo más mínimo su salud.

Cogió su mano y la besó, él no era así. Por más que intentara negarlo, la amaba cada vez más y eso lo estaba destrozando.

## Capítulo 18

A la mañana siguiente Debra se despertó alrededor de las ocho. No podía creer que Axel estuviera allí sentado en aquella incómoda silla, cogiéndole la mano. Había estado acompañándola toda la noche. Se quedó mirándolo, sin decir nada, sin moverse. Su mano era cálida y suave, le resultaba reconfortante estar cerca de él. Decidió que ya había sido demasiado una noche allí sentado, debía sentirse dolorido aunque parecía profundamente dormido. Apretó su mano y tiró de ella para despertarlo. Axel abrió los ojos y se giró para verla mejor.

— ¡Vaya la bella durmiente despertó y sin necesidad de darle un beso!

— ¿Por qué te has quedado? ¿Mis sirvientes podían haberme atendido? —preguntó Debra.

Axel se levantó, se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla.

—Yo no soy así. —Contestó Axel y caminó hasta la puerta del dormitorio—. Por cierto avisé a Julius.

—Y ¿por qué no está él aquí? —preguntó Debra extrañada.

—Eso mejor se lo preguntas a él.

Axel le dedicó una última mirada y abandonó el dormitorio. Atrás quedó Debra pensativa, no entendiendo porque su novio no había pasado a verla.

Axel entró en la mansión de Samuel que se encontraba en el salón tomando un café con Melinda.

—Llegó el gamberro. ¿Dónde te has metido? —preguntó Samuel.

—En casa de Debra. Después del rodaje se indispuso, tuve que llamar al médico, una movida vamos. —informó Axel.

—Pero ¿ella está bien? —preguntó Samuel cada vez más preocupado.

—Sí. Tranquilo, esta mañana despertó como nueva.

—Por cierto Axel. Melinda va a vivir con nosotros. Espero que no te incomode. —informó Samuel.

—Samuel es tu casa, no me tienes que dar ninguna explicación. Además Melinda es una chica encantadora, será un placer tenerla aquí. —dijo Axel dedicándole una sonrisa a Melinda, que parecía muy complacida al escuchar esas palabras.

Sobre las doce de la mañana Julius entró en el dormitorio de Debra. Ella lo miró con ojos llenos de rencor.

—Veo que te importa bien poco lo que me ha pasado.

—Vamos mujer no seas así, estaba en una importante negociación. Además no es la primera vez que te pasa es sólo cansancio. —dijo Julius sentándose en la cama y besándola en los labios.

Debra no parecía muy conforme, tenía la sensación de que era la última prioridad en la vida de Julius. Sin embargo para Axel parecía ser lo más importante.

Durante el rodaje Axel ayudaba a Samuel a ensayar los diálogos. Otra grata sorpresa para Samuel, Axel tenía capacidad interpretativa y una opinión muy crítica, a veces mordaz.

—Acabaré con vos de una sola estocada, duque de Welling. —dijo Samuel interpretando su papel.

— ¿Estás de coña? Con esa expresión fría, sin sentimiento y esa voz pareces una abuela hablando con sus gallinas. —rió Axel.

—No te pases o te bajo el sueldo. —Anunció Samuel con fingida seriedad—. ¿Cómo lo harías tú?

Axel le quitó la espada y se lanzó sobre él, haciéndolo caer. Lo miro con ojos llenos de ira, apretaba los dientes como si estuviera conteniéndose por no destruirlo allí mismo.

— ¡Acabaré con vos de una sola estocada! , duque de Welling. Aprende estrella, de algo me tenía que servir ver tanta tele. —dijo Axel guiñándole un ojo.

— ¡Joder tío! Un poco más y me cago encima. Lo haré como dices impresiona más.

— ¡Vaya! Mis dos chicos favoritos. Cómo te va Samuel con el papel, espero que lo tengas ensayado porque a esta película sólo le faltan las escenas en las que tú intervienes. —dijo Debra.

— ¿No has rodado ninguna escena todavía? —preguntó Axel extrañado.

—Ni una. Esto es el cine Axel. Cada uno rueda su parte, luego montan y se añaden las escenas en común. A veces el final es la primera toma. —informó Samuel.

—Pues es bueno saberlo. Bueno os dejo que tengo cita con el dentista. —dijo Axel acariciándose la mandíbula.

— ¿Si quieres te llevo? —se ofreció Debra.

—Ni hablar que te desmayas conduciendo y en vez de arreglarme un empaste me ingresan en el hospital. —dijo Axel con ironía.

Debra se dedicó una sonrisa forzada.

—Eres un encanto. Pedazo de capullo. —dijo Debra dándole un pellizco en la cintura justo cuando pasaba a su lado.

— ¡Auu! Un poco más fuerte y te rompes una uña, niña pija. —dijo Axel divertido.

Por la noche Samuel llegó muy alterado, tenía problemas con los productores y para colmo su padre no se encontraba bien. Mando llamar a Axel, que no tardó en acudir a su encuentro.

— ¿Qué pasa Samuel?

—De todo los productores quieren que les acompañe en un viaje para buscar localizaciones para la próxima película y antes me tengo que pasar por Texas para ver a mi padre que está enfermo. Estaré unos meses fuera.

— ¿Quieres que te acompañe? —preguntó Axel.

—No tío, te necesito aquí así me cuidas a Melinda y bueno... necesito que me hagas un favor.

—Dispara. —dijo Axel.

—Como ya sabes Debra no se encuentra muy bien y como yo voy a estar un tiempo fuera, le ofrecí tus servicios hasta mi regreso.

— ¡Joder Samuel! Ni que fuera una mercancía.

— ¡Vamos tío es Debra y está enferma! Hazlo por mí. —dijo Samuel poniendo ojitos y juntando las manos en actitud de rezo.

—Samuel no es tan simple. Sabes que no tengo bien enterrados los sentimientos hacia ellos y estar junto a ella mientras se da besitos con su novio, me provoca cierto ardor de estómago.

— ¡Dios es verdad! Perdona Axel, soy un estúpido no debí decirle nada. Maldita sea que metedura de pata. Os veo tan compenetrados que se me olvida lo que hubo entre vosotros. La llamaré y le diré que no puedes ayudarla.

—Espera. Yo no he dicho que no lo vaya a hacer. Lo haré pero porque tú me lo pides no por ella. Que conste. —cortó tajante Axel.

—Gracias Axel. Me preocupa Debra y estando tú cerca estaré más tranquilo.

Axel se despidió de Samuel que partiría a la mañana siguiente bien temprano y se fue a su dormitorio, donde vio algo de tele hasta quedarse dormido.

Por la mañana Melinda se sentó a la mesa junto a él. Colocó un plato con bollos y donuts. Pegó su silla aún más a la de Axel y empezó a hablar de lo agusto que se encontraba con ellos. Para Axel aquella mulata de ojos marrones y pelo negro, le resultaba una auténtica belleza exótica. Samuel tenía buen gusto eso desde luego. Durante unos días la convivencia con Melinda fue buena, por la mañana y parte de la tarde trabajaba con Debra y el resto del día hacía compañía a Melinda. Pero pronto la situación se hizo cada vez más incómoda, Melinda siempre lo estaba abrazando o cogiendo de la mano, al principio pensó que sólo era una chica cariñosa pero cuando un día la descubrió observando cómo se cambiaba de ropa... aquello no pintó nada bien. Después de salir de casa de Debra, empezó a vagabundear por las calles o bien se quedaba en el coche leyendo. Temía regresar a la mansión y que pasara algo comprometedor. Esta rutina se repitió durante varias semanas, lo que provocaba que Axel estuviera cada vez de peor humor.

—Axel ¿te ocurre algo? —preguntó Debra que intentaba ensayar sus diálogos con él, pero este parecía en otro mundo.

—Perdona Debra. Estoy algo cansado. ¿Te parece si lo dejamos por hoy?

—Claro. Mañana seguimos. ¿Cómo van los papeleos con los contables?

—Hablé con ellos esta mañana, tardarán unos días en revisar tu contrato con la Paramount. Lo siento Debra tengo que irme. —dijo Axel dejándola sin palabras.

Subió al coche que le había prestado Samuel nada menos que un aston martin db9 azul nacarado. Regresó a la mansión y se dejó caer en su cama. Debía haber cogido algún virus, porque se sentía muy flojo y sin ganas de nada. A media noche se despertó, se desnudó y decidió darse una buena ducha. Abrió el grifo mono mando y seleccionó la temperatura. Cogió un bote de gel y vertió algo de su

contenido en una esponja. Comenzó a enjabonarse a conciencia, necesitaba relajarse y quitarse esa sensación de estar sudoroso. La esponja se le cayó al suelo cuando sintió como unas manos acariciaban su pecho. Tenía toda la cara enjabonada y no vio quien había entrado en su ducha hasta que se colocó bajo la ducha y el agua lavó su cara. Pero lo que vio ya lo esperaba, Melinda empezaba a besar su cuello. La miró con sorpresa, estaba completamente desnuda y parecía muy excitada.

Axel se separó de ella con brusquedad, agarró una toalla y se cubrió.

— ¿Qué demonios haces? ¿Estás loca? Eres la novia de mi mejor amigo. ¡Márchate ahora mismo! — le ordenó Axel con voz ronca y cortante.

Cuando Melinda comprendió que no tenía nada que hacer con él, optó por amenazarle.

—Tú te lo pierdes. Podríamos haber pasado un buen rato. Pero te lo advierto. Si le dices algo a Samuel le diré que intentaste violarme y ya veremos si en verdad sois tan amigos. Piénsalo su mejor amigo intenta violar a su novia. —Melinda le dedicó una sonrisa de lo más cínica y salió del cuarto de baño.

Axel se apoyó contra la pared, Samuel nunca creería su versión, parecía demasiado encaprichado con Melinda.

Por la mañana hizo las maletas, cogió el mercedes que tenía mayor maletero y se fue a casa de Debra. Cuando terminara su trabajo buscaría un hotel.

## Capítulo 19

Axel entró en el despacho que le había improvisado Debra y se sentó. Abrió el portátil y comenzó a revisar las tareas que le quedaban tanto de Samuel como de Debra. Debra entró en el despacho una hora después y se quedó fría al ver el aspecto demacrado y serio que tenía Axel. Nunca lo había visto tan mal.

— ¡Por el amor de Dios Axel! Parece que se te hubiera muerto alguien.

—Más o menos. —respondió Axel sin dejar de mirar la pantalla.

Debra se acercó y se sentó en la mesa a escasos centímetros del portátil. Lo miró con ternura y levantándole la cara con sus manos le obligó a mirarla.

— ¿Qué ha pasado?

—No me creerías. Pero lo que si te digo es que mi amistad con Samuel es historia. —anunció Axel derrotado.

—No me lo puedo creer. ¿Habéis discutido? —Preguntó Debra que no entendía nada y menos aún cuando Samuel parecía considerar a Axel más como a un hermano que como a un amigo—. ¡Maldita sea cuéntame ya que pasó! —gritó Debra desesperada.

—Desde que se marchó Samuel, Melinda se ha mostrado muy cariñosa conmigo, demasiado diría yo...

—Pero eso no tiene nada de malo. Le caes bien, eso es todo. —dijo Debra quitándole importancia.

—Anoche mientras me estaba duchando, se metió desnuda en la ducha y me metió mano. —dijo Axel mirándola con seriedad y dándole a entender si eso también le parecía algo normal entre amigos.

Debra se llevó las manos a la boca.

— ¡Menuda zorra! —Exclamó Debra—. ¿Has llamado a Samuel para contárselo?

—Melinda me amenazó con decirle a Samuel que intenté violarla y con lo colado que está por ella, dudo que me creyera. Terminaré mi trabajo con el rodaje si es que aún quiere que siga a su lado y me vuelvo a Florida. Ya estoy harto de este mundo tan complicado.

Debra se sintió sumamente contrariada al escuchar aquello, por un lado no quería que Axel se marchara, por otro lado temía la reacción de Samuel y en último término, aquella zorra se había metido en la ducha con él. No podía creerlo, sintió celos de Melinda por haber estado cerca de Axel y verlo desnudo. La cabeza le estaba dando vueltas y no pensaba más que estupideces.

— ¿Qué vas a hacer? —preguntó Debra.

—Por lo pronto cuando salga de aquí, buscaré un hotel. No pienso regresar a la mansión con esa loca.

—Puedes quedarte aquí. Es una casa enorme y me vendría bien para coordinar el trabajo. —sugirió Debra sin dejar de mirarle, tratando de descifrar hasta el último detalle de su respuesta.

—Sí claro. Me voy de una casa donde una cínica me quiere violar, para meterme en la casa de la chica que me gustaba y contemplar cómo se da el lote con su noviete. ¡Paso!

—No seas crio. Es una mansión, te habilitaré un dormitorio en el ala opuesta a la mi dormitorio y te asignaré a una de mis sirvientas para que te atienda. Podrás hasta comer en tu habitación y ni nos veremos si no quieres. —Debra seguía expectante, por alguna razón deseaba que aceptara su propuesta a pesar de que podría ser un inconveniente en su relación con Julius.

—Está bien. Pero cuando dejemos de trabajar, me iré a mi habitación y de allí a la calle. Nada de convivir con vosotros. —dijo Axel.

—Sin problema. —Dijo Debra ofreciéndole la mano—. ¿Trato hecho?

Axel le estrechó la mano, forzó una sonrisa y pensó que se acabaría arrepintiéndose de haber tomado esa decisión. No era fácil estar junto a ella, cuando aún no había conseguido olvidarla y tener al capullo de Julius cerca no ayudaría mucho.

## Capítulo 20

Al medio día Debra estaba cansada, ordenó a una sirvienta que le preparara una habitación a Axel en el ala este, tal y como acordaron y se retiró a su habitación.

Axel comenzó a dar portes del coche a la habitación, una de las sirvientas quiso ayudarle pero él se negó amablemente. Poco a poco fue subiendo las cosas y la verdad le apetecía acostarle un rato. La noche anterior con el rollo de Melinda no pudo dormir nada.

— ¡Último porte! —exclamó Axel triunfal.

Desde la ventana de su habitación Debra lo observaba. Axel rompía todos sus esquemas, para ella era como si lo conociera de toda la vida, pero por alguna razón que seguramente no sería otra que puro orgullo, no se abría a él pero tampoco podía cerrar esa puerta. Pero ahora estaba con Julius y Axel sólo debía ser un amigo.

Axel colocó su ropa en el armario y dejó todo lo que no fuera necesario dentro de las maletas. Ni siquiera se había traído todas sus cosas y mucho menos todo su vestuario. Aquello lo había pagado Samuel y dado que a su vuelta lo echaría a patadas, no se sentía con derecho para quedarse con nada. De hecho las cosas que trajo, eran las vitales para su trabajo. Cuando terminara con Debra, haría las maletas y de vuelta a Florida. Se acabó su aventura en el mundo de la fama y el glamour.

Se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se descalzó. Debra y él habían comido unos aperitivos durante el trabajo, unos canapés de salmón y yo no sé qué. Ahora le dolía la tripa, no estaba acostumbrado a esas exquisiteces.

Antes de que se diera cuenta, como un acto reflejo estaba abrazado a su almohada imaginando una vida con Debra. Cuando al fin reaccionó, lanzó la almohada lejos de él.

—Debra nunca será tuya. Axel, ¡Espabila!

Dos días más tarde. La compenetración laboral entre Debra y Axel era cada vez mayor. Él parecía adivinar sus necesidades y antes de que ella se lo pidiera, ya lo tenía todo dispuesto. Por otro lado para Debra se había vuelto de lo más cordial y agradable la convivencia con Axel. Julius no solía aparecer por allí y cuando lo hacía siempre tenía una excusa.

Pronto Debra empezó a mezclar los negocios con el placer. Cenaban en restaurantes caros, paseaban por la playa y en ocasiones iban al cine. Se estaban convirtiendo en inseparables, pero esto preocupaba a Axel, tanto roce ya dolía. Deseaba cogerla de la mano, abrazarla, besarla y mucho más...

Una noche cuando ya estaban terminando una de las tomas en el plató. Julius se digno a estar presente, aunque al poco se escabulló entre bambalinas. Axel se enfadó, ¿cómo podía ese cerdo tener a la mujer más bella del mundo y prestarle tan poca atención? La respuesta llegó poco después. Debra le pidió que recogiera su abrigo de su camerino y él caballerosamente no dudo en cumplir su deseo. Abrió la puerta del camerino y sorprendió a Julius. Estaba tirándose a la ayudante personal de Debra. La chica jadeaba como una posesa, mientras Julius babeaba de placer. Jamás pensó que un acto sexual pudiera ser tan repugnante y carente de toda sensibilidad. Era como ver dos animales apareándose.

— ¡Maldito cerdo! —gritó Axel.

Julius se giró, introdujo su miembro dentro de sus pantalones y la chica avergonzada, salió corriendo dejando a los dos hombres solos.

—Dime Axel. ¿Quién te crees que eres para venir aquí y molestarme?

—Se lo contaré a Debra. No pienso permitir que siga viviendo una mentira. —dijo Axel muy alterado.

—Adelante, cuéntaselo. No te creerá, yo soy Julius su amado novio y tú un don nadie adoptado por un famoso como un puto perro. —dijo Julius riendo.

—Tal vez... pero este don nadie te va a enseñar lo que le pasa a los que hacen daño a los suyos. —dijo Axel lanzándose contra él y asestándole una feroz lluvia de puñetazos que pronto hicieron brotar la sangre en la cara de Julius.

Debra extrañada de la tardanza de Axel, fue a buscarlo a su camerino. Abrió la puerta y se quedó impactada al ver aquella escena. Julius con el labio sangrando y un ojo morado en el suelo y un Axel fuera de sí la miraba con sorpresa.

— ¿Qué has hecho Axel? ¡Estás loco!

Axel se giró hacia ella y la tomó por los hombros con suavidad.

—Debra acabo de pillarlo tirándose a tu ayudante. —informó Axel.

— ¡Mientes! —gritó Debra. Julius no podía haber preferido a Mati su ayudante teniéndola a ella, nadie podía despreciar así a Debra Mainor—. No sabes cómo hacerme pagar que no te buscara ¿verdad? Asímelo Axel. Me atraes mucho, pero yo nunca tendré nada serio con un don nadie como tú.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Axel como dos puñales. Sin palabras se dejó caer sobre la pared.

— ¿Julius estás bien? —preguntó Debra entre sollozos—. ¿Qué te ha hecho este animal?

—Me despiste en el plató y al no encontrarte por ningún lado, decidí buscarte en tu camerino y aquí esta bestia me atacó. —dijo Julius llorando.

Axel casi vomita al escuchar la declaración de Julius, pero lo que más le enfureció fue ver como abrazaba a Debra mientras le dedicaba a él una mirada de triunfo. Abrió la puerta del camerino y se marchó.

Condujo hasta casa de Debra, lleno una maleta con lo mínimo e imprescindible y cogió las llaves del coche. Por un momento se quedó mirando las llaves. Aquel coche no era suyo. Las arrojó a la cama y abandonó el resto de sus cosas, no quería nada de esa vida.

Llamó a un taxi y dejó la mansión.

## Capítulo 21

Alquiló una habitación de motel cerca del aeropuerto y se instaló como pudo. Sólo se quedó con una maleta con algo de ropa y su documentación. Con el dinero que había ganado con Samuel tendría para pasar lo que quedaba de año. Sentía pavor de acabar otra vez en la calle, tendría que manejarse bien para no volver a vivir aquella pesadilla.

Se sentó en la cama, no podía dejar de darle vueltas a lo que había pasado. Él sólo había intentado ayudarla, no debió darle una paliza a Julius, pero desde luego sus palabras no fueron justas. No lo creyó, cada minuto que había pasado con esa mujer había sido una mentira. Jamás lo vio como un hombre, sólo era su asistente temporal.

Para empeorar las cosas su móvil comenzó a sonar y al mirar la pantalla, no era otro que Samuel. Suponía que también habría creído la versión de su amada Melinda y querría verlo para partirle la cara. Lo peor es que Samuel no era Julius, sería incapaz de pegarle lo que significaría que esta vez sería él el que acabaría con la cara destrozada.

— ¿Sí? —respondió Axel con frialdad.

—He vuelto a casa... Melinda me ha contado lo que ha pasado. —dijo Samuel en tono pausado y frío —. Quiero hablar contigo. ¿Dónde estás?

—Motel Denver junto al aeropuerto. —contestó Axel y colgó.

Media hora después Samuel estaba tocando a su puerta. Axel lo abrió sin mirarlo, se sentó en un sillón y lo miró a la cara desafiante.

—Ya sabes lo que ha pasado. ¿Si vienes buscando la venganza adelante? No pienso defenderme. —dijo Axel sin dejar de mirar aquellos inexpresivos ojos de Samuel.

—Ya he escuchado la versión de Melinda, ahora quiero escuchar la tuya. —pidió Samuel.

— ¿Para qué ella es tu novia y yo tu asistente?

— ¡Maldita sea Axel! Creo que merezco que me cuentes lo que pasó.

Axel titubeó pero acabó cediendo.

—Nada más irte, el comportamiento de Melinda cambió. Era más melosa, siempre estaba tocándome. Pensé que simplemente era cariñosa, pero sus mimos eran cada vez más continuos. Acabé pasando mi tiempo libre en el coche o deambulando por ahí. —Axel hizo una pausa, estaba llegando a lo más duro —. Una noche después de terminar mi trabajo con Debra, estaba muy cansado y regresé antes de lo normal. Me estaba dando una ducha cuando Melinda entró en mi cuarto de baño e intentó acostarse conmigo. Yo me negué y ella amenazó con decirte que había intentado violarla.

Samuel se sentó en la cama y se llevó las manos a la cara. Se frotó los ojos, quiso mantenerse firme pero las lágrimas bañaban su cara.

—No te preocupes por mí, no volverás a verme. Mañana tomo un avión para Florida. Las llaves del coche que me prestaste están en casa de Debra.

Samuel lo miró, secándose las lágrimas con un pañuelo.

— ¿Me vas a abandonar? —preguntó Samuel extrañado.

—Tú tienes a Melinda.

— ¿Melinda? —la eche de la mansión en cuanto me dijo que habías intentado violarla. ¿Me sorprendes Axel? ¿En serio creías que yo me tragaría esa basura? —Samuel se levantó de la cama, caminó hasta Axel lo agarró de un brazo y lo obligó a levantarse. Acto seguido lo miró a los ojos con una ternura inusitada para un tipo duro como él y lo abrazó—. Jamás pensé que llegaría a tener un amigo como tú. Coge tus cosas y vayámonos a la mansión. ¿Por qué tenemos tan mala suerte con las mujeres? Si seguimos así, acabaremos convirtiéndonos en dos abuelos viciosos y solitarios.

—Sí, pero seremos dos abuelos que habrán vivido una larga vida llena de amistad y fiestas. —dijo Axel sonriendo.

—Eso es justo lo que necesito hoy. Pillar una buena borrachera. —dijo Samuel sonriendo por primera vez.

Lejos de allí, Debra curaba las heridas de Julius. No entendía como una persona aparentemente agradable como Axel, podía ser capaz de hacer algo así. Y pensar que durante las vacaciones estuvo a punto de enamorarse de él. Por no decir, lo que tuvo que contenerse durante el tiempo que convivieron. Parecía el hombre perfecto.

— ¿Qué tal te fue con Debra? —preguntó Samuel.

Axel se recostó en el asiento del coche y miró por la ventanilla.

—No quiero escuchar nunca más ese nombre. —respondió Axel.

— ¡Vaya! Veo que todo fue de perlas. —contestó Samuel irónico—. Ahora cuéntame los detalles.

—A nivel laboral todo perfecto. Cuando pasó lo de Melinda, ella me acogió en su casa y convivir con ella fue lo mejor que me había pasado nunca.

— ¿Entonces que pudo pasar para que no quieras saber nada de ella? —preguntó Samuel sin comprender nada.

—Pille a Julius tirándose a la ayudante de Debra. Le di una buena tunda. —contestó Axel.

—Madre mía. Debra debe estar destrozada. —dijo Samuel.

— ¿Destrozada? No me creyó y sigue engañada por ese cerdo. No puedo ni mencionar lo que me dijo. Debra... jamás imaginé que pudiera ser tan cruel. —dijo Axel cabizbajo.

—Con respecto a Debra y a ti, no sé si está en mi mano hacer algo al respecto. Pero en cuanto a ese hijo de puta de Julius, sé como desenmascararlo. —afirmó Samuel con seriedad.

## Capítulo 22

Aquella noche Samuel aunque dolido se lo estaba pasando realmente bien. Se sentía reconfortado, al pensar que por primera vez en su vida tenía un amigo de verdad. Axel parecía algo sorprendido al ver el club al que lo había llevado, demasiado clásico para su gusto.

—Un poco más clásico y me llevas a un museo. ¿Y aquí dices que vamos a encontrar compañía femenina de primera? —dijo Axel muy contrariado.

Samuel se quedó con cara de bobo, mirando a una mujer rubia, más bien delgada, con unos ojos azules que brillaban con luz propia. Su pelo rubio caía sobre su vestido gris de gasa. Estaba sola tomando una copa concentrada en unos documentos que tenía sobre la mesa.

—Tío, parece que has visto una aparición. —dijo Axel.

—Más o menos. Esa mujer es Martina Silveria, Su familia es dueña de una de las mayores petroleras del país entre otras muchas cosas. —explicó Samuel.

—Algo me dice que lo que menos te importa es su dinero. —dijo Axel sonriéndole pícaramente—. Se me está ocurriendo una cosa. —Axel caminó hacia Martina, ignorando las protestas de Samuel.

—Señorita Silveria. Mi nombre es Axel Crow, soy el asistente personal del señor Craig. El señor Craig desea saber si aceptaría tomar una copa con él.

—Si el señor Craig tiene interés en tomar una copa conmigo ¿por qué no me lo pide él? —preguntó Martina observándole con curiosidad.

—Señorita Silveria. Yo le contaría el porqué, pero no quiero perder mi trabajo. Ya sabe usted como está la economía. —mintió Axel.

Martina miró hacia la barra donde se encontró con la mirada de Samuel, que sorprendido bajó la vista y trató de disimular sin mucho éxito. Samuel volvió a mirarla y otra vez sus miradas se encontraron, porque Martina no había dejado de mirarlo en ningún momento. Samuel parecía querer que la tierra lo tragara allí mismo.

—Hagamos una cosa, señor Crow. Usted me cuenta la razón por la que no me lo ha pedido él y si le despide el señor Craig yo le contrato con un sueldo superior a lo que ahora cobre. —dijo Martina mientras regresaba la mirada a los documentos.

—¿Le importa que me siente?

Martina le ofreció una silla, sin dejar de mirar sus informes.

—¡Maldito Axel! Y ahora va y se sienta. ¿Qué coño le estará diciendo? —pensó Samuel muy nervioso. Martina le había gustado desde hace años pero era la única mujer que lo dejaba sin palabras y le hacía sentir inseguro.

—Vera señorita Martina. El señor Craig normalmente es muy extrovertido con las mujeres. —dijo Axel.

—Sí es cierto, tiene fama de mujeriego. —añadió Martina en tono cortante.

—Lo cierto es que con usted es diferente... —dijo Axel guardando silencio para mantener la intriga.

— ¿Diferente? Explíquese. —pidió Martina metiendo todos los documentos dentro de una carpeta y prestándole total atención por primera vez desde que se acercó a ella.

—Me va a matar, como se entere... creo que mejor lo dejamos, le diré que usted no ha aceptado y punto. —dijo Axel levantándose de la silla, pero Martina lo sujetó cogiéndole la mano y le pidió que se sentara.

—Axel. No puedes tirar una piedra a mi tejado y luego pretender esconder la mano.

—Está bien. Son suposiciones mías, por supuesto pero creo que le gusta a Samuel y cuando digo gustar, lo digo en el buen sentido nada de aventuras o algo parecido. Se derrite cada vez que la mira, le tiembla la voz al hablar de usted. Pero el muy imbécil parece tener miedo a pedirle una cita o invitarla a una copa. Seré sincero con usted. Soy su asistente, pero también su amigo y le puedo asegurar que jamás lo vi comportarse así con ninguna mujer. Lo que sí es cierto, es que como se entere de que le he contado esto me despide, me echa a la calle y me mata después. —dijo Axel esta vez verdaderamente preocupado por su ataque de sinceridad.

Martina sonreía complacida. Lo cierto es que Samuel siempre fue un gran partido, pero le aterraba que fuera uno de esos actores vacíos y crápulas.

—Dígale al señor Craig que se acerque, tomaremos la copa en mi mesa.

Axel se levantó dispuesto a darle la noticia a Samuel.

—Por cierto señor Crow. Si Samuel lo despide, estaría encantada de contratarle. Me gustan los hombres con iniciativa. —dijo Martina dando un sorbo a su copa y mirando de nuevo a Samuel.

Observó como Axel se acercaba a Samuel y le comunicaba el resultado de su conversación. Samuel que en esos momentos acababa de dar un buen trago a su ron con cola, escupió todo el contenido de su boca sobre un camarero. Martina no pudo contener la risa, jamás pensó que tuviera ese efecto sobre un tipo como Samuel.

## Capítulo 23

Axel contempló con felicidad como Samuel aunque tímido, parecía estar agusto con Martina. Ella lo miraba con curiosidad, hablaban reían y en definitiva parecían estar pasándolo bien. Agarró su cerveza y paseo por el local, se acordó que bajando unas escaleras había un reservado Vips con sillones y pantallas led que no dejaban de emitir imágenes de la naturaleza, aderezadas por música new age. Camino hacia allí, cuando se topó de frente con Debra, que junto a Julius y un par de parejas más, acababan de llegar. Axel la miró con el mayor de los desprecios, mientras enfilaba la escalera a la sala Vips. Deambuló por la sala hasta acabar sentándose en un cubículo, donde un sillón en forma de u absorbía todo el espacio. Tubo en mano, dio un trago y miró la pantalla. Imágenes de leones bebiendo agua en un riachuelo.

Arriba Debra se esforzaba en sonreír y mantener la atención en las conversaciones de sus amigos. Julius parecía muy animado, pero ella no podía dejar de pensar en la mirada que le había dedicado Axel. Después de lo que le había hecho a Julius, encima se dignaba a despreciarla. La rabia le consumía, hasta que no pudo más y poniendo la excusa de bajar al servicio que estaba en la sal Vips donde Axel se encontraba, levantó el vuelo y bajo las escaleras dispuesta a darle la del pulpo a ese engreído.

La sala estaba en penumbra, lo que resultaba muy atractivo si bajabas allí para darte el lote, pero para buscar a alguien era un auténtico fastidio. Tardo varios minutos en encontrar a Axel, que estaba sentado de espaldas a ella. En aquella sala no debía haber más de un par de parejas, que parecían muy centradas en lo suyo.

Rodeó el sillón y se colocó frente a él, que para su sorpresa estaba dormido. Aquello le molestó sobre manera, se sentó junto a él y lo zarandó. Él se encorvó molesto y acabó con la cabeza sobre el pecho de Debra. Ella se quedó sin palabras, su primer impulso fue querer empujarlo al otro lado del sillón, pero parecía tan... inocente así dormido, se maldijo así misma por dejarse vencer por aquel hombre que conseguía romper todas sus barreras. Axel se acercó más, hasta que su boca rozó su cuello. Debra se estremeció al sentir su aliento, y sus labios rozando su cuello.

— ¿Por qué no me creíste Debra? —susurró Axel.

Debra lo miró con sorpresa, pero Axel seguía dormido, debía estar hablando en sueños.

—Los vi, pero tú nunca has confiado en mí. Nunca he sido lo bastante bueno para ti... pero yo te amo... nunca te mentiría. —dijo Axel que se despertó justo al pronunciar esas palabras.

Cuando descubrió que estaba tan cerca de Debra, casi se cae al suelo. No podía creer lo que le había dicho, avergonzado se alejó de allí corriendo. Debra no sabía que pensar, pero tenerlo tan cerca le había provocado una turbación que jamás había sentido con ningún otro hombre. Por otro lado...

— ¿Por qué mentiría en sueños? ¿Acaso eso era posible?

Sintió un escalofrío al pensar que tal vez Axel había dicho la verdad y en ese caso le habría vuelto a hacer daño con aquellas palabras tan crueles que le dedicó. Se ajustó el vestido y camino hacia la escalera, no sería fácil continuar con su relación con Julius ahora que la duda estaba sembrada.

Axel mando un whatsapp a Samuel para advertirle que regresaba a la mansión, tomó un taxi y se

relajó, o al menos lo intentó al escuchar la música de jazz que llevaba puesta el taxista. No dejaba de pensar en que sus labios estaban posados en el cuello de Debra, su olor... no entendía que hacía ella junto a él, pero tampoco le importaba. Tenerla tan cerca sólo sirvió para acrecentar su dolor.

Samuel notó que su móvil estaba vibrando, lo sacó del bolsillo de su chaqueta y con el permiso de Martina contestó a la llamada.

— ¿Sí?

—Señor Craig la trampa está preparada.

— ¿Cuándo? —preguntó Samuel.

—Mañana.

—En cuanto tenga el material llévemelo a mi casa y le pagaré generosamente. —Samuel colgó, guardó el móvil en el bolsillo y le sonrió a Martina, que en ningún momento había dejado de mirarle.

— ¿Negocios? —preguntó Martina.

—Sí. Pero este es un negocio familiar. Dime Martina ¿qué haces para relajarte?

—A menudo siempre que me es posible me voy al hotel Senator en Hawái. Es un lugar paradisíaco, deberías visitarlo.

—Podríamos hacerlo juntos. —contestó insinuante Samuel.

—Tranquilo vaquero. No te creas que me voy de viaje con el primero que llega. —dijo Martina guiñándole un ojo—. Tendrás que currártelo mucho, si quieres conseguir simplemente que volvamos a vernos.

—Eres una chica difícil. ¡Genial! Me encantan los retos.

— ¿Eso soy yo para ti? ¿Un reto?

—No eres un reto eres el reto. Estoy cansado de mujeres espectaculares, vacías y sin cerebro. Ahora sé lo que quiero. —respondió Samuel.

— ¿Y qué es lo que quieres?

—Una mujer como tú, inteligente, bella y difícil de conquistar. Una mujer de verdad. —contestó Samuel mirándola fijamente a los ojos.

Martina bebió un sorbo de su copa, sin dejar de mirarlo.

—Respuesta correcta. —pensó Martina.

Debra no veía la hora de largarse de allí, Julius le había dicho que no pasaría por su casa. Al parecer al día siguiente tenía un viaje de negocios, no le importó mucho la verdad. En cuanto le fue posible se despidió de todos y se marchó a casa.

Axel se quitó la ropa y se metió en la ducha. Su mente divagaba, veía a Debra en todos lados. Tenerla tan cerca le había afectado sobre manera, por unos instantes la vio allí frente a él desnuda.

— ¡Maldita sea! —gritó. Abrió el agua fría y se dejó acariciar por el agua. Necesitaba apagar ese

fuego que amenazaba con dominarle.

Debra entró en su dormitorio, se desvistió y se dejó caer sobre la cama en ropa interior. No podía dejar de pensar en Axel. Nunca le habían dicho que la amaban. Sentir sus labios acariciando su cuello fue de lo más sensual. Casi deseó que su sueño hubiera durado más y que sus manos se hubieran aventurado sobre su cuerpo. Su mano se perdió por debajo de su sujetador, acariciando su pecho, imaginando que era Axel quien la acariciaba. Se llevó los dedos a su boca, estaba muy caliente y no quería seguir con aquello. Aunque Julius no fuera Axel era su novio. Se levantó, entró en el baño y tomó una buena y larga ducha fría.

## Capítulo 24

—Samuel ¿quieres decirme que hacemos en el hotel Imperia? —preguntó Debra que no entendía nada.

—Tú espera y lo sabrás. —respondió Samuel tajante.

Entraron en el ascensor. Samuel marcó el número doce. Debra lo miraba confundida, los productores de la película no le habían avisado de nada y no entendía porque Samuel la había sacado en volandas de su casa para llevarle hasta allí.

Nada más salir un tipo alto y delgado vestido con un traje gris se acercó a Samuel. Le entregó una tarjeta y Samuel se abrió la chaqueta para sacar un sobre que dejó caer en la mano extendida del tipo alto. Este le dedicó una sonrisa y se internó en el ascensor.

Samuel agarró a Debra del brazo y caminaron hacia la habitación 111. Abrió la puerta con la tarjeta y le hizo señas a Debra para que guardara silencio. Nada más entrar, ambos escucharon gritos ahogados y gemidos. Debra miró a Samuel, pero este se limitó a indicarle con la mano que entrara en el dormitorio. Cuando Debra abrió la puerta, lo comprendió todo. Julius estaba tumbado en la cama, mientras una golfa cabalgaba sobre él.

— ¡Maldito cabrón! Axel tenía razón, bastardo hijo de puta. —gritó Debra.

Julius la miró sorprendido, pero rápidamente reflejo en sus ojos una total frialdad. Apartó a la chica a un lado, se levantó, se puso unos slips y se acercó a ella.

—Cariño tenía hambre y tú no me dejabas tocarte. Nunca me gustaron las reprimidas. —dijo Julius sonriendo.

—Me alegro de no haberme entregado a ti. Escoria pedante y egocéntrica. Espero que esa zorra te pegue algo. —dijo Debra dando media vuelta y abandonando el dormitorio. — ¡Vayámonos Samuel!

—Por supuesto Debra. Sólo dame un segundo. —Samuel entró en la habitación, miró a Julius fijamente y le pegó un puñetazo que lo dejó tirado en la cama, sin sentido y sin ganas de seguir cabalgando con su zorra. —Ya estoy listo Debra. —dijo Samuel acercándose a Debra y dándole un beso en la mejilla. Satisfecho por volver a poner las cosas en orden.

Nada más entrar en el coche, Debra empezó a llorar desconsoladamente. Samuel arrancó el coche y salió del parking del hotel.

—Vamos Debra, ese tío no merece ni una lágrima.

—No lloro por él. Fui muy cruel con Axel, otra vez la he cagado. Primero la jodí al no buscarlo y luego al no creerlo. Nunca me perdonará. ¡Maldita sea! Me lío con hombres que no valen nada y cuando verdaderamente conozco a un hombre noble y cariñoso, lo trato como a una mierda. Soy una zorra egocéntrica, clasista y bocazas.

—Bla, bla, bla... Deja de lloriquear y si te gusta Axel, trágate tu puto orgullo y ve a por él. —dijo Samuel con total falta de tacto y siendo consciente de lo mucho que había hecho sufrir a Axel. Se merecía lo que le había pasado por estúpida.

Debra lo miro dolida por aquella puñalada, pero de no ser por Samuel aún seguiría viviendo una

mentira. Pero con qué cara se presentaría ante Axel, que podría decir...

El miércoles por la mañana, Axel acompañó como de costumbre a Samuel al plató donde se rodaba la película. Entraron en un despacho donde Ted el director, Rom el productor y John el agente de Samuel estaban sentados debatiendo acaloradamente. Samuel se sentó junto a Ted y apoyó las manos en la mesa ovalada de madera de pino. Axel se sentó al fondo de la habitación, sacó el móvil y empezó a jugar al tetris. Aquellas reuniones no eran cosa suya.

—Maldita sea John. Me dijiste que ese asunto estaba resuelto y ¿ahora me saltas con eso? —dijo Samuel acalorado.

—Me dijeron que todo estaba ya cerrado y que no había problema. Pero ahora se han echado a tras, quieren pillar tajada de tus nuevos proyectos. —explicó John que no paraba de sudar.

—Me importa un carajo, tus problemas Samuel. Lo que yo sé. Es que si no interpretas tu papel en la película, esta no se podrá terminar y yo perderé todo lo invertido. Es mi ruina. —dijo Rom con los ojos vidriosos.

Samuel se pasó la mano por el pelo, estaba en una encerrona total. No podía actuar en la película porque aún seguía contratado por una productora de la competencia y si incumplía su contrato por un lado lo denunciadora la productora en cuestión. Pero si no actuaba Rom podría denunciarlo. No tenía escapatoria.

—Bueno a ver si lo entiendo. El problema es que necesitan un actor que haga el papel de Samuel. Que pasa. ¿Es qué no hay ningún actor que pueda sustituirlo? —preguntó Axel.

—No es tan sencillo Axel. Encontrar un actor no es fácil, luego hay que adaptar el guión a sus gustos, luego negociar su salario y por último que prepare su papel. Eso podría suponer meses y yo pierdo cientos de miles de dólares por cada día que no se rueda y ya no podemos retrasar más rodar la parte de Samuel. —explicó Rom.

Samuel dio un puñetazo a la mesa. Ted se asustó tanto que se le cayó al suelo el vaso de agua que acababa de coger. Rom lo miró sorprendido y John se echó hacia atrás en el asiento.

Samuel se levantó y señaló a Axel.

—Él puede hacerlo. Se sabe el papel mejor que yo y me consta que interpretar no se le da nada mal.

Axel se levantó de un brinco, tremendamente asustado.

— ¿Tú estás loco? Yo no soy actor. Sólo te ayudo con los diálogos, nada más. Ni de coña lo haré, hay muchos actores por ahí. —se defendió Axel.

Rom lo miró con incredulidad, luego pasó la mirada a Samuel.

— ¿Estás seguro de que puede hacerlo? —preguntó Rom a Samuel.

—Tan seguro como que me llamo Samuel Craig. Yo le ayudaré con el papel. —respondió Samuel.

—Bien si Ted está de acuerdo, adelante. Prefiero correr el riesgo de que al usar un actor desconocido la película apenas si tenga éxito, a no rodarla y me arruine. —dijo Rom levantándose—. Más te vale Samuel que Axel acepte y lo haga bien, o iré por ti.

Ted y Rom abandonaron la sala con una expresión algo más tranquila. John cogió su carpeta y también se marchó.

—Tío tú estás como una cabra. No pienso hacerlo. —dijo Axel.

Samuel lo agarró por los hombros y lo miró con ojos desesperados.

—Sé que te estoy pidiendo demasiado. Pero Axel si no me haces este favor, me van a denunciar y eso podría arruinar mi carrera por no decir mi bolsillo.

—Está bien, lo haré. —respondió Axel apartando a Samuel y saliendo de la sala sumamente mal humorado. Paseó por el plató que de repente se veía más amenazador. Nunca había interpretado, ni siquiera en una obra de teatro de esas del colegio y ahora actuaría en una película de verdad. Lo peor... era una película romántica, Samuel era el protagonista y Debra representaba a su amada. Tendría que fingir que amaba a Debra con la particularidad de que él realmente la amaba.

Samuel se frotó las manos entusiasmado, ahora sólo le quedaba conseguir que Debra aceptara trabajar con Axel y después del favor que le había hecho dudaba que se negara.

## Capítulo 25

Axel deambuló sin rumbo entre los escenarios, cruzando los pasillos atestados de personal que como hormigas, recolectaban materiales para preparar la siguiente toma. Tomó el pasillo que conducía a los camerinos y entró en el de Samuel. Se dejó caer en el sillón de tres plazas y cerró los ojos. Los actores eran de lo más peculiares, un sillón de cuero negro en un camerino. Trató de meditar y relajarse pero todo fue en vano. Menos aún cuando Debra irrumpió a la carrera, mirando de un lado a otro como si tuviera prisa.

—Axel ¿Has visto a Samuel? Me dijo que corriera a su camerino.

—En el despacho del director. —informó Axel sin abrir los ojos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Debra al verlo tan derrotado.

—¿No te lo ha contado Samuel? —preguntó extrañado Axel.

—Me mandó un mensaje, diciéndome que tenía que verme urgentemente. Que había ocurrido algo importante que cambiaba radicalmente el rodaje. —explicó Debra.

—Y tan radicalmente... sobre todo para mí. —susurró Axel.

Debra se sentó junto a Axel, pero este parecía seguir evitando mirarla. Agarró su mejilla y le obligó a mirarla.

—¿Vas a abrir los ojos y me contarás que pasa? —pidió Debra ya preocupada.

—Samuel no puede participar en la película por un problema legal. —masculló Axel.

—¡Dios santo! Menudo follón, el productor fijo que lo denuncia. —dijo Debra.

—No lo va a denunciar. —dijo Axel.

Debra lo miró sin comprender nada, perder al actor principal en el momento en que el rodaje ya estaba en marcha era un gran problema.

—No será fácil encontrar otro actor a tiempo de evitar la ruina o la cancelación de la película. —susurró Debra.

—Ya tienen actor. —gruño Axel.

Debra lo miró con los ojos como platos.

—¿Quién?

—Yo. —dijo Axel volviendo a cerrar los ojos y dejándose caer con fuerza sobre el respaldo del sillón.

—¿Tú? ¿Pero sabes interpretar? —preguntó Debra.

—Eso cree el capullo de Samuel. De hecho si no fuera porque se lo debo, lo mandaba al carajo a él y a todo el equipo de producción. Tengo unas ganas terribles de coger un avión y largarme muy lejos de aquí.

—Tranquilo. Ya verás como con un poquito de ayuda, la cosa se soluciona y sale bien. Además, te vas

a convertir en alguien famoso. —dijo Debra.

Axel abrió los ojos y la miró con furia.

—¿Acaso crees que me importa la fama? ¡Ah bueno sí! Supongo que si soy un actor famoso y con pasta ya seré un buen partido para gente como tú. —dijo Axel.

—Lo siento Axel. Tenías razón y yo no sólo no te creí sino que además te dediqué unas palabras muy duras e injustas. —respondió Debra.

—¿Tenía razón? —preguntó Axel sin entender.

—Samuel me llevó a un hotel y bueno... pillé en la cama a Julius con una zorrita. Lo peor de todo es que me dijo que lo hacía porque yo no le daba lo que necesitaba. —dijo Debra casi en un susurro.

—Desde luego no me hiciste precisamente feliz con tus palabras, pero tampoco me alegro de que haya salido mal lo tuyo con Julius. Se por experiencia lo que es no ser correspondido. —dijo Axel ladeando la cabeza abatido.

—¿Podrás perdonarme? —preguntó Debra.

—Ya da igual. En cuanto terminemos el rodaje, Samuel me ha dicho que tendré que hacer algunas galas y asistir a fiestas, pero en cuanto termine toda la parafernalia agarraré el succulento cheque que dicen me van a dar y desapareceré para siempre. Este mundo no es para mí, soy demasiado simple.

—Pero yo no quiero que te vayas... sé que te he hecho mucho daño y no te pido que me perdones, no lo merezco pero porfavor, no te vayas. —rogó Debra.

—¿Tanto te importa? —preguntó Axel incrédulo.

Debra se arrodilló ante él, mirándole con los ojos llenos de lágrimas. La antigua Debra ni lo miraría, pero ahora todo había cambiado, estaba harta de fingir o evitar amarlo. Era el único hombre que había demostrado quererla de verdad y ella siempre lo había rechazado, pero eso se acabó. Haría lo que sea para que él fuera suyo.

—Pídeme lo que quieras y lo haré. Estoy dispuesta a todo con tal de conseguir que te quedes aquí... conmigo. —dijo Debra bajando la vista, no estaba acostumbrada a sentirse o dejarse ver tan vulnerable.

Axel tomó su cara entre sus manos y la besó con toda la pasión que su cuerpo podía dar. Mientras sentía sus suaves y delicados labios, no podía dejar de pensar que era imposible. ¿realmente estaba ocurriendo? ¿La gran Debra Mainor de rodillas confesándole su amor?

Debra estaba disfrutando aquel beso, como si del mayor manjar se tratara. Aquellos labios carnosos y llenos de deseo que la atrapaban. Nunca un hombre había conseguido hacerla bajar la guardia o tragarse su orgullo, pero Axel no era cualquier hombre. Sonó el móvil de Axel y para mejorar la cosa, tocaron a la puerta. Los dos enamorados se vieron forzados a dejar de besarse. Axel abrió la puerta y un asistente entró en tropel.

—Señor Crow. El señor Craig necesita verlo urgentemente en el plató principal.

El asistente se marchó tan rápidamente como apareció.

Axel agarró a Debra por la cintura y la besó de nuevo.

—No te creas que te lo voy a poner fácil. Si verdaderamente sientes algo por mí, vas a tener que demostrarlo. —dijo Axel desafiante mientras abandonaba el camerino dedicándole una seductora mirada.

Debra se dejó caer en el sillón en cuanto Axel cerró la puerta. Sonrió y golpeó el sillón con la mano.

—¡Sí! Te lo demostraré... puedes estar tranquilo y no pienso dejarte escapar. —susurró Debra recordando aquel delicioso beso mientras la punta de su lengua recorría sus labios—. Serás mío cueste lo que cueste.

## Capítulo 26

—Tú dirás. —dijo Axel al encontrar a Samuel.

—¿Qué han saltado chispas con el encuentro o todo ha sido para nada? —dijo Samuel sonriéndole con picardía.

—¡Maldito capullo! ¿Por eso la mandaste al camerino? ¿Y cómo sabías que estaba allí?

—Como tienes la mala costumbre de perderte, instalé una aplicación en mi móvil para seguir tu señal de gps. —dijo Samuel guiñándole un ojo—. Bueno tío empieza la acción. ¿Te acuerdas de la primera escena? —preguntó Samuel.

—Sí la escena en la que apareces por primera vez y salvas a la chica. ¿Por qué? —preguntó Axel curioso.

—En esta semana rodaremos unas cuantas escenas con los decorados y luego nos vamos a Escocia. —anunció Samuel totalmente entusiasmado.

—Es... Esco... ¿Escocia?

—¿Cómo vamos a rodar los exteriores en un plató? Allí las ubicaciones son inmejorables, desde sus campos verdes, sus bosques y sus fortalezas. Va a ser genial, me muero de ganas por estar allí. Y lo mejor de todo... Martina me va a acompañar. Tiene unos negocios que solucionar cerca del lugar de rodaje y se alojará en nuestro mismo hotel. —dijo Samuel.

—¡Vaya! Va la cosa rápida. —dijo Axel pasándose la mano por el pelo, preocupado porque Martina fuera otra Melinda.

—Para nada, más lento que los caracoles. No me deja ni cogerle la mano, pero me da igual. Sé que ella es la elegida. —dijo Samuel quedándose pensativo por un momento, recordando los bellos ojos de Martina y lo deseoso que estaba de probar aquellos labios.

El inicio de rodaje en el plató fue lo que le sigue a caótico. Axel no dejaba de mirar a la cámara, tropezaba con todo y los nervios le hacían olvidar su texto. Con la ayuda de Samuel y Debra, poco a poco consiguió dominar algo sus nervios. Las escenas se rodaron, en un primer momento Ted el director habría deseado estrellar el megáfono contra la cabeza de Axel, pero cambió de opinión cuando un Axel más relajado entró en escena e interpretó con una maestría inesperada. Realmente parecía saber actuar, pero aún así las tomas se repetían una y otra vez. Debra también cometía despistes en su interpretación, lo que sorprendió al director y a su equipo. Lo cierto es que ver a Axel ataviado como un guerrero mirándola con auténtico deseo y aprovechándose claramente de la situación, le hacía equivocarse y olvidar diálogos.

Los momentos más íntimos eran los más especiales para Debra y Axel. Ted se quedó pasmado ante aquella perfección en sus miradas, su complicidad y su pasión, lo que él no sabía era que su amor era real.

Llegó el momento de coger un avión y marchar para Escocia. La compañía reservó un vuelo para los miembros del equipo y parte del material. El resto del equipo llegaría por barco a Escocia y desde allí en camión hasta la localización elegida.

Axel entró en el avión seguido de Samuel, los dos buscaron sus asientos en la zona Vips. Samuel saludó a Debra y a Ted que ya estaban allí. Axel se limitó a sentarse y desde su asiento saludarles levemente con la mano. Debra con la excusa de repasar sus diálogos pidió a Samuel que le cediera su asiento. Cuando nadie los veía, Debra tomó la mano de Axel y se la puso sobre su regazo. Axel la miró sonriente, aunque parecía ceder no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Habría sorpresas.

Escocia se presentaba deslumbrante a primera hora de la mañana. El equipo trabajaba febrilmente con la descarga del material. Ted y el resto de actores, se subieron en una furgoneta con multitud de asientos. Samuel le gritó que se apresurara a subir, pero él seguía mirando hacia la periferia del aeropuerto donde los verdes campos resultaban a todas luces impresionantes. Samuel termino por agarrarlo y tirar de él hasta la furgoneta. Dentro Ted iba en el asiento delantero junto a Brooks su ayudante y conductor ocasional. Debra estaba sentada junto a Ginger una actriz pelirroja y algo más joven que la mayoría que interpretaba a su hermana. Samuel se pasó todo el camino hablando de Martina y Axel no tuvo más remedio que fingir que se había quedado dormido. Con los ojos apenas abiertos miraba a Debra, se veía tan radiante. No podía creer que ella hubiera abierto el portón de su castillo y hubiera arrojado sus prejuicios junto con su orgullo al foso de los cocodrilos. Esbozó una sonrisa y esta vez sí que se quedó dormido.

## Capítulo 27

Cuando abrió los ojos, no por gusto sino porque lo zarandearon sin compasión, habían llegado a Dunvegan en las Highlands. Cerca de allí se podía atisbar en la lejanía el bello castillo de Dunvegan antiguo hogar del Clan MacLeod. No es que Axel supiera mucho de historia, pero se leyó a fondo toda la documentación sobre las ambientaciones de la película.

Bajó de la furgoneta, lanzó una mirada cargada de sensualidad a Debra, que estaba en ese momento hablando con Matt el encargado de vestuario. Debra lo miró algo mosqueada, aquella mirada le intrigó. Y desde luego hacia bien en intrigarse. Entraron en el hotel que más bien parecía una fortaleza, aunque en su interior la cosa cambiaba combinando la melancolía de antaño con los placeres del mundo moderno.

Samuel se encargó de repartir las llaves de las habitaciones, parecía muy contento de estar allí sin hacer nada en calidad de asesor. Debra consiguió la habitación que se encontraba justo en frente de la de Axel. Samuel se pidió la más alejada para tener más intimidad con Martina que ocuparía la habitación de al lado.

—Bueno Axel mañana empezamos a rodar en exteriores. ¿Nervioso? —preguntó Debra.

—Lo cierto es que sí. Sería un imbécil si no me sintiera así. —respondió Axel.

—¡Hola Axel! —dijo con voz melosa una mujer de pelo rojizo y ojos color esmeralda.

—Hola Kristy. —contestó Axel sonriente.

Debra la miró con recelo, preguntándose quién diablos era esa tipeja que no dudó en coger a Axel de la cintura y darle un beso en la mejilla. Aquellas confianzas injustificadas, no le agradaron de hecho le hubiera gustado agarrar a esa pendona del pelo y barrer con su cabeza todo el hotel.

—Te presento a Kristy. La conocí en una de las reuniones con Ted. Es profesora de interpretación, le pedí que me acompañara para darme clases y ayudarme con el papel. No sé si te habrás dado cuenta pero Samuel no está muy por la labor, está loco porque llegue Martina y largarse de ruta turística con ella.

Kristy le ofreció la mano a Debra, que la estrechó sin dudar, aunque se palpaba algo de tensión en el ambiente.

—Debra Mainor la gran actriz... Un honor conocerte. —dijo Kristy mientras de reojo miraba a Axel—. Bueno Axel estoy alojada en la habitación de al lado, si necesitas algo recuerda que nuestras habitaciones se comunican interiormente por una puerta. —dijo Kristy dedicándole una mirada altiva a Debra y un guiño a Axel.

—¡Vaya con tu profesora! Se la ve muy cómoda contigo. —dijo Debra malhumorada.

—Sí. Antes de venir me estuvo dando clases, es muy divertida y cariñosa. —dijo Axel sonriendo.

—Sí cariñosa sí que es. Le ha faltado tiempo para manosearte. —dijo Debra mirándolo con furia.

—¿No me dirás que estás celosa? Te lo advierto, ya me has roto el corazón varias veces. Si el que una mujer ponga sus manos encima o yo sea agradable con otra, va a suponer un problema entre nosotros...

—No Axel, perdona a veces soy muy posesiva. No volverá a ocurrir, te lo prometo. —dijo Debra abrazándolo.

—Eso espero... porque no creo que pueda soportar más arrebatos tuyos en los que me pones por los suelos. Ahora será mejor que nos preparemos, pronto nos llamarán para hablar de la escena que tenemos que rodar mañana. —dijo Axel.

—Si quieres te ayudo a desempacar tus cosas. —dijo Debra llevándose un dedo a la boca fingiendo una actitud inocente.

—Tentadora oferta, pero será mejor guardar las distancias ¿o quieres que todos se enteren? —dijo Axel con seriedad.

—Tienes razón. Tendremos que esperar. —dijo Debra con expresión triste mientras abría la puerta de su habitación.

La reunión no duró mucho, en el fondo todos se morían por recorrer aquellos lugares antes de que comenzara todo el frenesí laboral. Debra, Axel, Samuel y Martina quedaron para pasear por los caminos que bordeaban el bosque cercano después de comer.

Samuel intentaba coger la mano a Martina, pero esta se negaba educadamente. Tendría que ganárselo a base de insistir, porque su fama de mujeriego le inspiraba poca confianza.

Debra procuraba colocarse siempre que podía entre Kristy y Axel, pero Kristy siempre se las apañaba para coger la mano de Axel. No podía decirle nada o se delataría ante los demás. Pasaron cerca de un acantilado que daba al mar, el oleaje era tan fuerte que parecía como si estuvieran dentro de una tormenta. Era un sonido ensordecedor a la vez que impresionante. Samuel y Axel se acercaron al borde, como siempre cosas de machitos. Parecía que si no se acercaban no eran hombres, le reventaba esas cosas de machos, como si fuera una competición de a ver quien la tenía más grande. Debra estaba sufriendo de verlos tan cerca del abismo, conocía multitud de casos de gente que se había despeñado por acercarse demasiado al borde. Pero eso sí, le habría encantado enseñarle el acantilado a Kristy, pero de un empujón que lo viera bien de cerca. Debra sonreía al pensar eso, hasta que Martina se acercó a ella y la sacó de su mundo, un mundo en el que Kristy estaba atada a un madero y ella la ponía a caldo a base de latigazos.

—Estos idiotas. Como se caigan... encima los apedreo. —dijo Martina que parecía muy preocupada al verlos al filo del abismo.

Debra rió a carcajadas y Martina acabó contagiándose, al darse cuenta de lo que había dicho. Pero la alegría se le agrió a Debra cuando se dio cuenta de que Kristy ya estaba otra vez agarrada a Axel.

Los dos machotes y la pendona, no tardaron en regresar y todos juntos continuaron paseando.

—Axel tengo frío. —dijo Kristy abrazándose a Axel.

—Yo te quitaba el frío a palos zorra. —dijo Debra casi en un susurro.

—¿Has dicho algo Debra? —preguntó Axel.

—No nada que la próxima vez que salgamos fuera deberíamos llevar un abrigo y gorra. —respondió Debra de mala gana y encabezando el grupo.

Samuel no paraba de agasajar a Martina, que por fin cedió y le dejó cogerle la mano. La cara de felicidad de los dos tortolitos, acentuaron el malestar de Debra.

—Yo podría ser la que abrazara a Axel si no estuviera esa imbécil. —pensó Debra dándole una patada a una piedra que para su desgracia estaba bien anclada al suelo—. ¡Maldita sea que daño! Me he debido de partir un dedo. —gritó Debra cojeando.

—Veamos. No creo que sea tan grave. —dijo Axel soltándose de Kristy.

Se arrodilló junto a Debra que se había sentado en un enorme peñasco, le quitó el zapato y le calcetín. Sentir las manos de Axel acariciando su piel, aun que sólo fuera un pie la estaba encendiendo y cuando empezó a masajearlo, no pudo disimular su expresión de éxtasis. Cerró los ojos y a punto estuvo de protestar cuando Axel después de cerciorarse de que todo estaba bien, comenzara a ponerle el calcetín y el zapato.

—Bueno será mejor dejar el paseo para otro momento, acompañaré a Debra al hotel para que descanse el pie. Samuel tú y Martina seguid esta ruta, el guía del hotel me ha dicho que es preciosa. —informó Axel.

Debra celebró aquellas, por fin estarían solos un rato durante el camino de regreso.

—Yo también me voy. Ya estoy cansada y la naturaleza me aburre. —dijo Kristy.

Debra la miró furiosa, otra vez esa arpía le cortaba el rollo y para variar se agarró al brazo de Axel.

## Capítulo 28

Debra estaba rabiosa, durante la cena Kristy no paraba de manosear a Axel, todo eran sonrisas y mimos. Estaba claro que aquella pendona no quería enseñarle a interpretar precisamente y más con esos escotes. En más de una ocasión estuvo tentada de agarrar una de las botellas de vino y rompérsela en la cabeza.

Samuel y Martina, para variar se habían borrado del mapa. La parejitas se fue de excursión nocturna por los pubs de la zona. Muchos de los miembros del rodaje también se fueron de fiesta, sólo Ted y Rom parecían estar cansados por el viaje, pues se fueron a la cama nada más cenar.

Unas horas más tarde Debra estaba tirada en la cama, pensando que hacer para estar a solas con Axel sin llamar la atención, pero no encontraba la forma de lograrlo. Harta y deseosa de estar con él. Se puso una bata cogió la llave de la habitación y salió al pasillo. Tocó a la puerta una vez, pero nada que no contestaban ni abrían, tocó otra vez y otra hasta que la puerta se abrió. La sonrisa se le congeló al ver como Kristy aparecía ante ella liada en una toalla, sin preocuparse mucho en ocultar la totalidad de sus voluptuosos pechos.

—Hola Debra. ¡Axel ha venido Debra! Bueno yo me voy a mi habitación, adiós Debra. —dijo Kristy.

Debra no le respondió, de buena gana le habría quitado la toalla y la habría usado para estrangularla.

Axel salió del cuarto de baño con sólo unos slip y una camisa de tirantes negra. Estaba arrebatador, desde que empezó a trabajar con Samuel, este le obligó a entrenar con su preparador físico y desde luego estaba haciendo un buen trabajo. No es que Axel estuviera mal antes, pero ahora sus músculos estaban más definidos y tenían un aspecto duro que provocaba en ella el deseo de devorarlos con su boca.

—Hola Debra. —dijo Axel dirigiéndose hacia el mueble bar. Abrió la portezuela y sacó un botellín de agua. Desenroscó el tapón y bebió un buen trago.

—¿Qué hacía ella aquí? —preguntó Debra intentando disimular sus celos sonriendo como si no tuviera ninguna importancia lo que estaba preguntando.

—Su cuarto de baño está dándole problemas, las tuberías o algo así, el caso es que no tiene agua caliente. —dijo Axel con tranquilidad pero mirándole a los ojos fijamente.

—¡Vaya! Es un problema en este sitio con el frío que hace. ¿Y no podía avisar a recepción o usar el cuarto baño de otro? —dijo Debra.

Axel dejó la botella encima de una cómoda y la miró con frialdad.

—No te pertenezco por si se te ha olvidado. Si vas a montarme escenitas de celos ahí tienes la puerta. —dijo Axel señalando la puerta.

Debra se acercó a él y se acurrucó en su pecho.

—Es que siempre estás con ella y parecéis tan agusto... siempre está acaparándote y nunca podemos estar solos. —lloriqueó Debra.

—Te recuerdo que lo nuestro no es oficial y no nos conviene que se sepa, al menos no de momento.

Ahora será mejor que te vayas, no quiero que nos vean juntos en mi habitación. —dijo Axel.

Debra intentó besarle pero él se mantuvo distante, parecía enfadado. Decidió no empeorar las cosas, ya tendría tiempo de estar con él y desquitarse, ahora tocaba ser paciente. Obediente abandonó la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Axel tomó la botella de agua, dio un sorbo y la cerró. Una sonrisa se dibujo en su boca.

—Así me gusta. Sufre. —pensó Axel.

El rodaje continuó como en el plató, Axel no cogía el ritmo y las repeticiones de escenas eran una constante a pesar de todo tanto el director como el productor parecían satisfechos.

Los días pasaron y el rodaje estaba casi finalizado, sólo quedaba una última toma en la que los protagonistas se declararían su amor. Kristy seguía en su línea, abracitos, besitos y mimos. Debra estaba deseando acabar la película y que esa zorra saliera de sus vidas.

El viernes por la mañana estaba todo listo para rodar la última escena en el torreón del castillo de Dunvegan.

Los cámaras ocuparon posiciones y Ted dio la orden de inicio. Debra vestida con un vestido de época de color azul y un recogido en el pelo hecho a base de trencitas con lazos rosas estaba mirando al horizonte, mientras un Axel enfundado en un traje de combate medieval con el escudo de armas bordado en el pecho y un tinto del que colgaba su espada y puñal se acercaba sigiloso.

Debra se gira asustada por la presencia de Axel.

—William me ha asustado. —dijo Debra.

—No era esa mi intención Lady Meredith.

—¿Qué os trae a palacio? —preguntó Debra con aire altivo.

—Hablar con vuestro padre... ya lo sabéis anhelo me conceda tu mano. —dice Axel con seriedad.

—Jamás aceptaré casarme con vos. —dice Debra enfadada—. Si mi padre me entrega a vos subiré a esta misma torre y me arrojaré al vacío.

—He combatido por vos, he sangrado por defender vuestro honor, jamás intente posar mis manos sobre vuestro bello cuerpo... siempre os he respetado. ¿Por qué os resulto tan repulsivo? —dice Axel.

Debra se gira y lo mira en una mezcla de dolor y orgullo.

—No deseo ser entregada como una mercancía, deseo entregarme yo mismo al hombre que amé.

—Decidme el nombre de ese caballero y os juro que me haré a un lado. Aunque el dolor me consuma por saber que jamás serás mía. —dice Axel doblándose ante ella rodilla en tierra.

Debra lo mira parece afectada por aquella muestra de humildad y dolor. Lo ama de corazón, pero ha decidido que debe aparentar frialdad. Desea saber hasta qué punto la ama.

—¿Estáis decidido a pedirle mi mano a mi padre? —pregunta Debra.

—Hoy mismo sin Dios lo permite. —responde Axel aún postrado.

Debra se acerca a la almena.

—Entonces... no me dejáis más alternativa que abandonar este mundo. —dice Debra alzando una pierna y apoyándola en el espacio que separa las dos almenas.

—Hay otra alternativa amada mía. —Axel se levanta la agarra de un brazo y la aparta de las almenas. Desenvaina su puñal y lo empuña alzándolo hasta que los ojos de Debra pueden contemplarlo con horror. Acaso la mataría por satisfacer su orgullo.

Axel le obliga a coger el puñal lo gira hacia su corazón, hasta que la punta del puñal ya rasga sus ropas.

—Si no me amáis, hundid la hoja de este puñal en mi corazón. Os lo imploró, porque prefiero la muerte a vivir sin vos.

Debra deja caer el puñal al suelo, el tintineo del metal al chocar contra el suelo es el único sonido que rompe el silencio. Se miran a los ojos por primera vez como lo harían dos enamorados.

—Os amo William y no imagino nada que logre hacerme más feliz que unirme en matrimonio con vos.

—Lady Meredith...

Axel besa a Debra apasionadamente. El director anuncia que la toma es buena y todos los presentes aplauden, ante la interpretación que acaban de presenciar. Samuel se lleva los dedos a la boca y silva.

—¡Fantástico Axel! Eres el mejor. —grita Samuel.

Axel se separa de Debra, le sonrío y se uno al griterío, la película ya está terminada. Debra se queda atrás, conmocionada para ella ese beso ha significado mucho. Kristy salta a los brazos de Axel, que la coge al vuelo.

Por la tarde el equipo se afana en recoger y preparar el material de rodaje, los camiones ya han llegado. La furgoneta está aparcada frente al hotel, en unas horas partirán rumbo a New York.

Debra maleta en mano abandona el hotel, no ha encontrado a Axel por ningún sitio y cuando por fin lo ve, el corazón le late con fuerza. Está sentado en un banco y Kristy está sentada abierta de piernas sobre él, abarcándole. Parecen muy acaramelados, ella le besa muy cerca de la comisura de los labios, se levanta coge su maleta y entra en la furgoneta junto con Ted.

Debra camina casi entre lágrimas hacia Axel, que la mira sorprendido.

—Debra yo...

—No pasa nada. —dice Debra intentando sonreír—. Me lo merezco por haberte hecho sufrir todo este tiempo. Quiero que sepas que te deseo lo mejor con Kristy, te mereces ser feliz.

Ver a Debra arrastrando su maleta hasta la furgoneta, intentando no llorar le rompe el alma.

—Has superado la primera prueba Debra. —piensa Axel. Agarra su maleta y se la entrega a Brooks que pacientemente organiza el maletero.

Axel se sienta atrás entre Samuel y Kristy. Ella se abraza a él, pero este le hace señas amablemente

para que se aparte.

## Capítulo 29

Una vez dentro del avión, Debra se sentó junto a Samuel se sentaron justo delante de él. Samuel se levantó de su asiento en cuanto despegaron y salió del compartimento de primera clase. Axel podía ver por el espacio entre asientos a una Debra hundida. No soportaba verla así.

Debra miraba por la ventanilla, nada le importaba ya. Cuando creía que todo estaba arreglado y que por fin había encontrado al hombre de su vida... nada tenía sentido él parecía enamorado y ahora estaba liado con otra. En el fondo todo fue culpa suya si lo hubiera buscado cuando desapareció durante las vacaciones... tuvo que contenerse para no llorar. Ya no merecía la pena había perdido a Axel, sólo le quedaba aceptarlo.

Axel se sentó junto a ella lo que la sobresaltó, no esperaba que nadie la pillara con los ojos enrojecidos y a punto de llorar. Axel le cogió la mano y se la llevó hasta la boca para darle un beso. Debra no entendía nada.

—Axel prefiero estar sola.

Axel la mira con dulzura y sin soltarle la mano.

—No voy a irme a ningún lado. —contesta Axel.

—¿Le parecerá bien a Kristy que estés aquí cogiéndome la mano? —pregunta Debra.

—No me importa lo que piense Kristy, sólo lo que pienses tú. —responde Axel.

—Maldita sea Axel acaso quieres volverme loca. No pienso permitir que tontees conmigo estando con otra.

—No salgo con Kristy. Trabaja como actriz en un teatro, le pedí que interpretara un papel para mí. —dice Axel mirándola a los ojos.

—¿Qué papel? —responde temerosa Debra.

—Zorra rompe relaciones. —contesta Axel sonriendo—. Te dije que me vengaría. Lo cierto es que el plan era continuar torturándote durante más tiempo.

—Y ¿por qué has decidido contármelo ahora? —pregunta Debra frotándose los ojos con la mano en una actitud infantil que rompe aún más el corazón de Axel.

—Me has hecho mucho daño Debra... pero no puedo verte triste. Me hace sentir como si me arrancaran las entrañas. Además me moría por hacer esto... —Axel se acerca a ella y la besa disfrutando de los labios que Debra le ofrece deseosa de sentirlo más cerca.

Se ven forzados a cortar con los besos, cuando Ted y Samuel regresan aproximándose peligrosamente a ellos. Samuel que ya se huele el pastel, se sienta en el asiento de Axel dejando así campo libre a la parejita. Esboza una sonrisa de oreja a oreja, satisfecho de ver como sus dos amigos vuelven a tontear. Nada le gustaría más que verlos juntos.

En el aeropuerto Debra le ruega que la acompañe a casa y Axel accede. Le dice a Samuel que va a recoger ropa que olvidó cuando se marchó de casa de Debra. Samuel lo mira con picardía, le da una

palmada en la espalda y sube a su limusina personal.

Nada más subir en la limusina de Debra, esta echa los seguros y sube la ventanilla del conductor para estar totalmente a solas. Axel se abalanza sobre ella, devorando su boca con ansiedad, necesita acariciar su cuerpo. Ya no puede más, le arde el pecho y las manos como si un fuego interior quisiera abrasarlo en vida. Debra le abre la camisa y besa su pecho. Jamás había deseado tanto a un hombre. Él le quita la blusa y la deja caer al sillón, agarra su falda y con brusquedad tira de ella hasta ver su ropa interior. Debra desabrocha su cinturón y el botón de su pantalón. Axel se libra de los pantalones y de la ropa interior. Encendido hasta más no poder le arranca el sujetador y las bragas, la atrae hacia él hasta que ella está encima. Debra lo besa totalmente fuera de sí. Sus lenguas se encuentran y juegan libres, hasta que Axel abandona los besos para centrarse en sus pechos que besa, lame y recorre con su lengua hasta la saciedad. Ella decide que ya ha tenido bastante y le pide que la haga suya, él accede y la penetra. Una oleada de placer los recorre. Debra lo atrae hacia sus pechos, desea más caricias antes de que el éxtasis la invada. Demasiado deseo, demasiada espera para unos cuerpos que no podían estar separados. Axel la agarra por el trasero, la siente tan húmeda que necesita concentrarse para no estallar. Debra lo mira con ojos encendidos y los dos llegan al final entre jadeos y sonrisas cómplices.

—Te amo Debra.

—Nunca te dejaré escapar. —le dice Debra.

—¿Lo prometes? —pregunta Axel.

—Sí.

Se besan y se apresuran a vestirse, pues el coche se ha detenido. El chófer intenta abrir la puerta, pero los cierres siguen bloqueados lo que le hace desistir. Debra y Axel se ríen. Ella recoge la ropa interior destrozada y la guarda en el bolso, libera los cierres y salen del coche fingiendo mantener la compostura.

## Capítulo 30

Debra tomó de la mano a Axel y sin dilación lo llevó hasta la zona donde se encontraba la piscina climatizada. Se ausentó un momento para regresar minutos después en bikini. Axel sin bañador optó por quedarse en bóxer. Metió la mano para comprobar que el agua estaba caliente y no tuvo tiempo de más, dado que la impaciente Debra lo empujó a la piscina.

—Serás... deja que te pille. —dijo Axel riendo.

Debra se lanzó con elegancia a la piscina y nadó fuera de su alcance. Lo que ella no sabía era que Axel era un gran nadador, no tardó en darle caza y atraparla contra el borde de la piscina.

—No me puedo creer que estemos juntos. —dijo Axel sin dejar de sonreír de esa forma que derrumbaba todas las defensas de Debra.

—Pues créetelo porque no te pienso dejar escapar. —anunció Debra—. Lo que me intriga es que cuando te miro a los ojos, noto que has perdido ese brillo que vi en ellos durante las vacaciones. ¿Es por mi culpa?

Axel bajó la mirada, se podía notar que le afectaba hablar sobre ello.

—No. Cuando me marché para atender a mi amigo enfermo, las cosas me fueron realmente mal.

—¿Cómo de mal? —preguntó Debra preocupada.

Axel ladeó la cabeza, dándole a entender que no quería hablar de ello. Pero Debra acarició su mejilla y le rogó que se lo contara. No quería más secretos entre ellos.

—Mi amigo se recuperó y yo regresé a mi antigua vida y trabajo. Un día me despidieron y me fue imposible encontrar trabajo. Perdí el apartamento y todas mis posesiones. Acabé en un motel, que poco tiempo después tuve que abandonar. Me convertí en un indigente, vivía en un coche. Trataba de asearme para mantener un aspecto digno y no perder posibilidades de ser contratado, pero nada. Con mis últimos cincuenta dólares compré una pistola a un camello.

Debra se asustó al escuchar eso, no podía creerlo.

—¡Para qué diablos querías un arma! —gritó Debra.

—Tú no lo entiendes. No tenía forma de encontrar trabajo y con el dinero que me quedaba... tampoco para comer.

Entre lágrimas Debra le hizo una pregunta cuya respuesta temía.

—¿Compraste el arma para suicidarte?

—Sí. Lo más curioso fue que los días que pasé con Samuel y tú fueron mis últimos pensamientos. Ya tenía el cañón de la pistola en mi boca cuando Samuel me sacó del coche. Un minuto más y habría encontrado mi cadáver. —dijo Axel.

Debra se abrazó con fuerza a Axel, besándole la mejilla con desesperación.

—Maldita sea... debí buscarte... mi estúpido orgullo. La gran Debra lo jodió todo como siempre. —

dijo Debra.

—Bueno lo que importa es que ahora estamos juntos y eso ya es historia. —cortó Axel sonriendo.

El móvil de Axel empezó a sonar hasta el punto de que la insistencia lo sacó de quicio. Salió de la piscina y contestó.

—Sí.

—Axel tío. Necesito que vengas para casa. Ted y Rom necesitan hablar contigo, es muy urgente. —informó Samuel.

—Pero acabamos de llegar. —gruñó Axel.

—Esto es Hollywood Aquí no se descansa nunca. —dijo Samuel.

—Estoy con Debra. —dijo Axel susurrando.

—Pues ya tendréis tiempo de jugar, ahora mueve tu culo y ven ¡ya! —ordenó Samuel.

Axel colgó y se inclinó hacia Debra, la besó y acarició su cara.

—Tengo que irme. Ted y Rom quieren hablar conmigo de algo que al parecer no puede esperar.

—No quiero que te vayas... —dijo Debra mimosa y aún llena de deseo.

—Yo tampoco quiero irme. Pero debo hacerlo. En cuanto pueda vuelvo. —dijo Axel secándose con una toalla.

En la mansión Samuel discutía con Rom lo que iba a pagarle a Axel.

—¡Estás de broma! Eso es inaceptable y tú lo sabes. ¿O subes el listón o me lo llevo con la competencia? —amenazó Samuel.

—¡Joder! Está bien mantendré lo convenido. Pero a cambio deberá firmar un contrato conmigo para trabajar en exclusividad. —informó Rom.

Axel entró y se dejó caer en el sillón junto a Ted.

—Bueno ¿dónde está el fuego? —dijo Axel.

Samuel sacó un cheque y se lo enseñó a Axel, que dio un respingo al ver la cifra.

—¿Es una broma? —preguntó incrédulo.

—No. Será tuyo en cuanto firmes un contrato con la productora de Rom. —informó Samuel.

—Firmar un contrato con la productora. ¿Para qué? —dijo Axel sin entender nada.

—Para tu próxima película. —dijo Samuel.

—¡Pero yo no quiero hacer más películas! —gritó Axel—. Me aterran las cámaras.

Rom se llevó las manos a la cabeza y Ted no sabía ya como sentarse por el nerviosismo. Samuel mantuvo la calma.

—Axel. Me encanta que seas mi asistente, ¡ojalá pudieras serlo toda la vida! Pero esto es una oportunidad increíble. Ya no serás un currante, podrás ser como yo, tener lo que quieras, ser famoso y sobre todo vivir como quieras. —dijo Samuel.

—Lo haré con una condición. —dijo Axel—. Quiero unos meses sabáticos en cuanto termine la presentación de la película y demás parafernalia.

—Me parece justo. —dijo Rom que se levantó y colocó un bolígrafo y un contrato frente a él—. Ahora firma no puedo perder más tiempo.

Axel firmó y Rom agarró el contrato inmediatamente. Ted que no había abierto la boca en ningún momento lo miró con seriedad.

—Has hecho lo correcto Axel. He visto como actúas y creo que puedes llegar muy alto. —Ted le guiñó un ojo y se marchó tras Rom.

Samuel sacó una botella de champán y dos copas para celebrarlo.

—Ahora somos iguales Axel. —dijo Samuel sonriendo—. ¿Qué se siente al tener mucha pasta?

—Feliz. Pronto podré ayudar a unas personas que quiero. —dijo Axel pensando en Martha y Rony.

## Capítulo 31

Los encuentros entre Axel y Debra se hicieron cada vez más frecuentes, disfrutaban simplemente estando juntos no hacían nada especial. Como cualquier pareja nadar en la piscina, charlar, ver la tele y desde luego amarse apasionadamente.

Llegó el día de la pre estreno de la película en el cine Mónaco, un recinto moderno en el que las personalidades ilustres ocupaban una planta alta que los separaba del resto de los mortales.

Axel iba en el coche con Samuel, no querían por el momento desvelar su relación con Debra. Estaba hecho un manojito de nervios, se ajustaba una y otra vez la corbata hasta que casi se ahoga.

—¡Por el amor de Dios Axel! ¡Tranquilízate! Me estas estresando. —protesto Samuel aflojándole el nudo de la corbata.

—Perdone el señor... pero los ciudadanos de a pie, no solemos rodar películas ni ir a estrenos. Por no decir que no quiero que me saquen fotos y que esto lo he hecho por salvar tu culo. —respondió Axel nervioso.

Samuel cerró los ojos y rogó por llegar pronto al cine y que acabara aquella locura.

—Gina Matlock para el canal 8. Se podría decir que ya han llegado todos los invitados, salvo por supuesto los actores que todos queremos ver. Aquí llega Rom Durham el productor, muy conocido por otras producciones como Amor grabado con fuego o Ilústreme porfavor. A continuación Ted el director como siempre un saludo rápido y fuera. Esto se anima Debra Mainor acaba de bajar de su limusina, está radiante. En estos momentos muchos hombres deben estar embobados mirando la pantalla de su televisor a la vez que miles de mujeres rabiaban de envidia. Posado bastante ensayado para mi gusto y... Aquí llega Samuel Craig el famoso actor de acción. ¡Dios que hombre! Y como no Axel Crow el actor revelación de este año, nadie sabe nada de él salvo que surgió de la nada. ¿Pero no puede ser? Axel Crow no se ha parado para que la prensa pueda fotografiarle. Perdón se ha regresado, es el posado más natural que he visto en mi vida, parece como si fuera la primera vez.

—Hasta aquí Gina Matlock. Volveré a verlos en unas horas y con un poco de suerte con algún dato más de nuestro guapo actor Axel Crow.

—¿Tío como no te has parado para las fotos? —recriminó Samuel.

—Déjame ya. Yo que sé, ¿tú me has dicho algo? Acaso te crees que yo hago esto todos los días, lo más parecido a esto que he hecho fue una foto para la revista del supermercado. —dijo Axel malhumorado.

Samuel le fue presentando a todo el elenco de personajes famosos. Axel saludaba y sonreía, aunque por dentro estaba loco por salir huyendo de allí. Le pareció mentira cuando subieron a la planta superior y se sentó junto a Debra. Ted y Rom ocuparon los asientos contiguos a Debra y Samuel junto a Axel. Debra le cogió la mano y le guiñó un ojo con complicidad.

Axel le dedicó una sonrisa lo más natural posible, en un intento de disimular su nerviosismo. La proyección empezó y él no quería ni mirar la pantalla, se veía tan ridículo vestido así. Abajo la gente normal, como Axel los llamaba parecían intrigados con la película, devorando sus palomitas y

refrescos casi sin respirar. Pero ¿qué significaría eso? ¿Les gustaba o estaban aburridos? Aquellas dos horas le parecieron las más largas de su vida y sólo respiró cuando la película terminó y el público se levantó girándose hacia ellos. Todo el mundo aplaudía, Debra tiró de él y le obligó a levantarse y saludar.

Rom suspiró aliviado al comprobar que el riesgo que había corrido con Axel había merecido la pena y Ted no paraba de reír, ni él se creía que aquella locura hubiera salido bien.

Samuel abrazó a Debra y a Axel.

Cuando el público abandonó el edificio, las puertas se cerraron y dentro se celebró una fiesta. Axel aprovechó la ocasión agarró una copa de champán y regresó a la planta alta, necesitaba estar solo y relajarse.

Desde allí apoyado contra la pared miraba la pantalla. Increíble, se había convertido en un actor de éxito. Su cerebro parecía incapaz de procesar aquella información. Deseaba coger un avión y marcharse a Florida para ver a Martha, fijo que no lo creerían. Bueno seguramente sí, porque su cara hacía días que no paraba de salir en televisión.

Cerró los ojos y pensó en sus amigos. Perdió la noción del tiempo, no sabía si había pasado unos minutos o una hora, cuando escuchó una voz que le resultaba muy familiar.

—¡Vaya! Aquí está mi novio cagueta, huyendo de la fama. —dijo Debra riendo.

Axel abrió los ojos y la miró asombrado.

—¿Puedo dar marcha atrás y ser otra vez asistente?

Debra se sentó junto a él recostándose contra su pecho, le besó la barbilla y luego los labios, saboreándolos con deleite.

—Ni hablar ahora eres Axel Crow el actor famoso. No te preocupes, en un tiempo te acostumbraras. —lo consoló Debra.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Axel muy interesado.

—Treinta o cuarenta años. —dijo Debra riéndose.

Axel la estrujó con sus brazos.

—¿Tienes ganas de bromitas? Bien riéte de mí, ya te lo haré pagar luego en privado. —amenazó Axel.

—Estaré encantada de que me castigues... ya sabes como... —dijo Debra en tono sensual—. Ahora ven conmigo, todo el mundo pregunta por ti y no puedes seguir escondido.

Axel apretó los dientes y con expresión de fastidio se dejó arrastrar por Debra hasta la fiesta.

## Capítulo 32

Todos parecían disfrutar en la fiesta, Samuel charlaba con Martina que había llegado a última hora. Debra bromeaba con Rom y Ted. En un momento dado, Samuel se acercó algo bebido y rodeando a Axel con su brazo le soltó un beso en la cara, esto hizo que Martina se partiera de risa.

—Te felicito Axel. Lo has conseguido, has triunfado. Ahora eres un actor famoso, con pasta y lo mejor de todo... has conseguido a Debra. Ahora estáis en igualdad de condiciones lo mires por donde lo mires. —dijo Samuel alejándose de él en busca de su amada Martina.

Axel quedó petrificado al escuchar esas palabras. Ahora estáis en igualdad de condiciones lo mires por donde lo mires. No había caído en eso y una duda demoledora acosaba su corazón. ¿Debra era sincera? ¿Lo amaba a él o al Axel famoso y rico? Cuando él desapareció, no era más que un cajero de supermercado y ella no movió un dedo por buscarlo. Ahora era diferente, él ya pertenecía a su misma clase social. Dejó su copa encima de un mostrador y abandonó la fiesta sin decir nada a nadie.

Tomó un taxi y regresó a la mansión de Samuel. Se sentó en la cama tratando de poner su mente en orden, pero le era imposible. No podía soportar la idea de que Debra sólo lo quisiera porque ya no era un don nadie. Preparó dos maletas y se sentó frente a su escritorio. Agarró dos sobres y unos dos folios y escribió dos cartas una para Samuel y otra para Debra.

Cogió las maletas y se marchó al aeropuerto sin preocuparse de cambiarse de ropa. Esperó a que abrieran las puertas de embarque en la sala Vip. No podía creer que otra vez lo hubiera perdido todo, ya no podía estar con Debra. No imaginaba que podía hacer ella para eliminar su duda. Se tomó un par de cervezas y esperó pacientemente, las dos horas que tardaría en embarcar. Pronto estaría en Florida con su querida Martha y su gran amigo Rony. Su vida no volvería a ser la misma, ahora tenía dinero, montaría algún negocio y saldría adelante. Su carrera como actor sería fugaz, pero no era algo que le importara. Quería estar con las únicas personas que eran como él.

Durante el viaje cerró los ojos, intentó dormir pero le resultó imposible siempre veía los ojos de Debra. ¿Cómo podría olvidar a la mujer de su vida? ¿Acaso era posible?

Una vez en Florida reservó una habitación en un hotel y alquiló un coche. Después de dormir unas horas llamó a Martha para advertirle que estaba en la ciudad y que en unas horas iría a verlos. Como es natural Martha gritó de alegría.

Después de un generoso desayuno, cogió las llaves del coche y marchó hacia casa de Martha, pero antes hizo una parada para realizar una gestión que le llenaba de ilusión.

Nada más aparcar, la puerta de la casa se abrió Rony se había apostado junto a la ventana nervioso por la llegada de su amigo.

Martha salió corriendo y se le lanzó a los brazos, a punto estuvieron de caer al suelo los dos. Rony lo agarró por los hombros separándolo de su mujer y le dio un abrazo que le hizo temblar los huesos.

Jane y Tob se agarraron cada uno a una de sus piernas y Axel no podía dejar de reír. Aquello era el cielo para él.

Entraron dentro y se sentaron en el salón. Martha obligó a los niños a irse a jugar al jardín, hacían

demasiado ruido y no les dejaban hablar.

—Bueno Axel eres famoso. No me lo puedo creer, mi mejor amigo actor de cine. —dijo Martha incapaz de asimilarlo—. Verás cuando se lo cuente a los del supermercado.

Rony se levantó, hurgo en un cajón de una mesita y se plantó libreta y bolígrafo en mano ante Axel.

—Quiero el primer autógrafo tuyo. —ordenó Rony muy serio.

Axel se rió y le firmó en la libreta. Acompañó la firma con una dedicatoria: "Para mi hermano Rony una de las mejores personas que he conocido en mi vida". Rony arrancó la hoja y se la guardó en la cartera con satisfacción.

Martha agarró de la mano a Axel y se lo llevó a la cocina.

—Cuéntame que ha pasado con Debra. ¿La volviste a ver?

—No sólo eso. Somos... llegamos a ser novios. —dijo Axel cabizbajo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martha preocupada.

—Es otro mundo Martha. No le importaba nada cuando era un cajero, pero ahora que soy famoso y rico, tardó lo justo en enamorarse de mí.

—¿Estás seguro de que verdaderamente no te ama? —preguntó Martha.

—Sí. Ya me dejó claro en otras ocasiones que ella no saldría con pobretones. —respondió Axel con tristeza—. Por más que me gustaría mirar hacia otro lado y creer que me ama de verdad, no puedo. Bueno acompáñame al salón tengo que deciros algo a los dos.

Axel tomó la mano de Martha y la hizo sentarse junto a Rony.

—La película ha sido un éxito y me han pagado una cantidad indecente de dinero. Por eso me he permitido hacer algo por vosotros. —anunció Axel.

—No tienes que hacer nada por nosotros. —dijo Rony.

Axel le sonrió, si algo tenía claro es que sus amigos no eran interesados.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo y de hecho lo he hecho ya. Esta mañana he pagado vuestra hipoteca y os he ingresado cien mil dólares. No quiero que mi familia pase más penurias.

—Pero Axel es mucho dinero. No podemos aceptarlo. —dijo Martha y Rony asintió con la cabeza.

—Nada es suficiente para agradecer vuestra amistad. Nada. Ahora tengo que irme, necesito poner tierra de por medio y desaparecer un tiempo. Luego quizás vuelva y monte algún negocio, no lo tengo claro... —dijo Axel.

Martha se entristeció al escuchar aquellas palabras, hubiera deseado que su amigo se quedara con ellos un tiempo, pero entendía la pesada carga que su corazón soportaba.

—¿A dónde irás? —preguntó Martha.

—Al sitio más lejano que te puedas imaginar. Al hotel Viceroy Bali en Indonesia.

Axel se despidió de ellos y subió a su coche. Desde allí contempló por última vez a su familia y emprendió el viaje de regreso al hotel.

## Capítulo 33

Samuel llegó a casa algo mareado, aunque sin llegar a estar borracho, contento definiría él. Subió las escaleras enfadado con su amigo, no le gustaba que se marchara sin avisar. Entró en su dormitorio dispuesto a pegarle la bronca del siglo cuando se quedó sin palabras al verlo vacío.

Contempló los dos sobres encima de la cama y el móvil.

Se sentó tomó el sobre que tenía escrito su nombre, rasgó el cierre y sacó la carta.

Siento haberme marchado así. Ya sabes que soy una persona impulsiva. Discúlpame con Rom pues no creo que vuelva a actuar en ninguna película.

Jamás en mi vida soñé que podría tener un amigo como tú, me salvaste la vida y si eso no fuera bastante me diste otra oportunidad.

Estoy bien, me gustaría decirte que lo mío con Debra tiene futuro, pero no es así. Necesito tiempo y distancia para ordenar mis ideas.

Quizás algún día regrese, pero hasta entonces te deseo lo mejor y que acabes con tu querida Martina, que tan loco te tiene.

Te quiero tío.

Axel

Samuel miró, el móvil y entendió el mensaje, no quería ser localizado.

No pudo evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos.

—¡Joder Axel! No sabes lo que te voy a echar de menos.

Se levantó de la cama agarró el otro sobre y corrió a casa de Debra.

Debra estaba quitándose los pendientes, cuando su sirvienta tocó a su puerta.

—Pasa Luisa. —gritó Debra.

—Señorita el señor Craig le espera abajo. —informó Luisa.

Debra bajó las escaleras sonriente, al ver a su amigo, pero dejó de sonreír al ver su mirada sombría y triste.

—¿Qué ocurre? —preguntó Debra preocupada.

Samuel la tomó de la mano y la llevó hasta el salón, obligándole a sentarse. Luego le entregó el sobre.

—¿Qué es esto?

—Será mejor que lo abras y leas la carta. —dijo Samuel esquivando su mirada.

Debra abrió el sobre y extrajo la carta, sus manos temblaban. No entendía nada.

Hola Debra, te pido perdón por no decirte estas palabras en persona, pero no creo que fuera capaz de hacerlo si estuvieras frente a mí.

Ahora somos iguales, tengo fama y dinero. Ya nada nos separa, todo el mundo vería natural que tú y yo acabáramos juntos.

Pero no dejo de recordar las palabras que un día me dedicaste o como te olvidaste de mí cuando era una persona sin recursos. No puedo evitar pensar que si no tuviera nada, no sentirías nada por mí y que me volverías a dar la espalda.

Te amo Debra y por esa razón, he decidido marcharme. Para que otro hombre mejor que yo pueda ocupar mi lugar y hacerte feliz.

No intentes localizarme.

Axel

Debra se desmayó, Samuel corrió para impedir que cayera al suelo.

Cuando Debra recobró el conocimiento, empezó a gritar y llorar sin control.

—Todo es culpa mía. Por egocéntrica, por orgullosa, por ser una escoria arrogante. Ahora Axel no confía en mí. —dijo Debra agarrándose al respaldo de una silla sin dejar de llorar.

Samuel la abrazó y guardó silencio, ya llegaría el momento de hablar pero ahora lo mejor es limitarse a estar con ella.

Debra se revolvió y lo apartó con brusquedad.

—Tú sabes dónde está. ¡Dímelo! —exigió Debra.

—No lo sé. Hasta se dejó el móvil para que no lo pudiera localizar. —se defendió Samuel.

—No pienso renunciar a él. ¡Nunca! Cometí ese error una vez y no estoy dispuesta a que vuelva a ocurrir. Tiene que haber alguna forma de saber a dónde ha ido. Preguntar en la estación de tren, el aeropuerto...

Samuel la abrazó de nuevo y esta vez ella no lo rechazó, se sentía demasiado débil y triste.

—¿Por qué cuando bajo todas mis barreras para querer a un hombre con todo mi corazón él me abandona? Le quiero Samuel, le quiero y ya no sé vivir sin él.

Samuel la apretó contra él, levanto la vista al techo y luchó por no llorar él también.

Los días dieron paso a las semanas y Debra no conseguía encontrar ni una sola pista sobre el paradero de Axel. Claramente demacrada, ya no se preocupaba por lo que comía, ni se arreglaba, ya todo le daba igual.

Luisa le llevó el teléfono hasta la cama y a pesar de sus negativas, le obligó a contestar. De mala gana Debra tomó el teléfono.

—Sí.

—Debra Axel tomó un avión a Florida. —dijo Samuel entusiasmado.

—¡Genial! Desde allí ha podido ir a cualquier sitio. —contestó Debra.

—No lo entiendes. Allí viven sus amigos, ese tal Rony que tuvo un accidente durante nuestras vacaciones y Martha su compañera en el supermercado. Debió ir a verlos, a lo mejor ellos saben a dónde ha ido.

—¿Sabes su dirección? —preguntó llena Debra embargada por la ansiedad.

—Sí. Pero no hace falta que vayamos allí. He mirado el teléfono de Axel y aparece un número con el nombre Martha Florida. Tiene que ser su teléfono por fuerza. —dijo Samuel—. Te envío el número por mensaje.

Nada más recibir el mensaje Debra colgó a Samuel y marcó el número. No tenía ni idea de lo que iba a decir.

—Sí.

—¿Martha?

—Sí. ¿Con quién hablo porfavor? —preguntó Martha extrañada.

—Soy Debra Mainor.

—No quiero hablar con usted. —cortó tajante Martha.

—¡Porfavor no cuelgue! Se lo ruego. —rogó Debra.

—¿Qué quiere de mí?

—Necesito saber donde está Axel.

—¿Acaso no le ha hecho ya bastante daño? —recriminó Martha.

—Entiendo su enfado. Pero porfavor necesito saber dónde está y hablar con él.

—¿Para qué? —preguntó Martha.

—Para decirle que se equivoca. Martha amo a Axel con toda mi alma. —dijo Debra sin poder contener por más tiempo las lágrimas.

Martha sintió como se le hacía un nudo en la garganta al escucharla llorar.

—Hotel Viceroy Bali en Indonesia. —dijo Martha en un tono más conciliador.

—Gracias Martha.

## Capítulo 34

Axel estaba echado en una tumbona. El hotel estaba compuesto por multitud de villas de lujo con piscina y todo tipo de comodidades. En mitad de la selva cerca de la famosa comunidad de Lembah, las vistas eran impresionantes. Un gran cañón con empinadas laderas y campos de arrozales. La decoración de las villas al más puro estilo balinés, combinado con las últimas tecnologías, otorgaba al lugar un lujo que embotaba los sentidos.

Tenía conectado el equipo de música en modo repetición con la canción Everything de Lifehouse.

Aquella bella balada provocaba en él que todos los recuerdos regresaran a su mente con energías renovadas. Las vacaciones, los primeros besos, las escenas dolorosas, el rodaje, el éxito y su renuncia.

—Cuando decides marcharte lejos, no lo dices en broma.

Axel miró hacia donde había escuchado aquella voz que le resultaba tan conocida, pero no podía ser ella. El sol le cegaba y tuvo que colocar su mano a modo de visera para verla.

Allí estaba Debra, bellísima como siempre, radiante y mirándole con ojos llenos de temor.

—No debiste venir. —dijo Axel alejándose de ella.

—Te perdí una vez por orgullosa, luego cuando de nuevo regresaste a mi vida te traté con mayor crueldad si cabe. No merezco tu perdón... pero... te necesito. —dijo Debra emocionada.

Axel la miro con ojos impenetrables.

—No pretendo hacerte daño Debra, pero por más que me gustaría creerte no puedo. Las personas no cambian. —dijo Axel.

Debra se acercó a él hasta que pudo sentir el calor de su cuerpo.

—Haré lo que me pidas, venderé mi casa, abandonaré mi carrera, te seguiré donde quieras. Dime qué debo hacer para que confíes en lo que siento por ti y lo haré sin dudar. —rogó Debra.

Axel la miró parecía sincera, pero a esas alturas no conseguía confiar en ella. Se asomó al balcón desde el que se podía contemplar el enorme cañón.

—Lo siento Debra me es imposible creerte. Porfavor márchate.

—¿No piensas darme una oportunidad? ¿Verdad? —dijo Debra casi tartamudeando.

—No. —respondió Axel con frialdad.

Debra se alejó de él, paso una pierna por encima de la barandilla y luego la otra. Axel casi se muere al verla allí al borde del abismo.

—¡Debra bájate de ahí ahora mismo! —ordenó Axel muy nervioso.

—No. Te amo Axel y ya no sé que más hacer para demostrarte que eres lo único que me importa en la vida. —dijo Debra entre lágrimas—. Ya estoy harto de vivir una farsa. La gran Debra Mainor, que cuando acaba todo el glamour y la fiesta regresa a su casa para estar siempre sola. Creía que ningún hombre era lo bastante bueno para mí. Ahora comprendo que soy yo la que no es lo bastante buena

para ningún hombre.

—Debra no hagas ninguna tontería. Hay muchos hombres por ahí que se morirían por estar contigo. —dijo Axel.

Debra lo miró compungida, con las lágrimas resbalando por su cara.

—¡Maldito idiota! ¿Cuándo te vas a enterar que no quiero a ningún otro hombre? Te quiero a ti. —dijo Debra con un nudo en la garganta.

De repente perdió apoyo y resbaló de la barandilla. Axel gritó a la vez que se lanzaba hacia ella pudo sentir como sus costillas se rompían contra la barandilla, pero logró su objetivo... consiguió agarrar a Debra por la muñeca. Ignorando su dolor se irguió y tiró de ella hasta ponerla a salvo. Debra no dejaba de llorar, había estado a punto de morir. Axel sentía un inmenso dolor al respirar, pero le daba igual. Ya no tenía dudas de su amor, la apretó contra su pecho, acarició su pelo y levantó su barbilla para poder mirarla a los ojos.

—No vuelvas a asustarme así. Creí que te perdía para siempre. —susurró Axel.

La besó con una pasión que hizo enloquecer a Debra.

—Axel ¡Estás sangrando! —gritó Debra preocupada.

—Me golpeé contra la barandilla al cogerte. Creo que será mejor dejar la reconciliación para otro momento y buscar un buen hospital. —dijo Axel sonriendo.

## Capítulo 35

Axel fue evacuado junto con Debra en helicóptero y una vez que el médico dio su visto bueno. Regresaron a casa en el jet privado de Debra.

—Mi héroe. —susurró Debra al ajustarle la almohada en el sillón.

Tardarían unas horas en llegar, el viaje era largo pero estuvo repleto de emociones encontradas. Debra lo besó con dulzura.

—El héroe inútil que se rompe las costillas al tirarse contra una barandilla de hierro. Más torpe y no nazco. —rió Axel.

Debra se sentó a su lado y le cogió la mano, luego apoyó su cabeza contra el hombro de Axel.

—Por fin juntos. —pensó Debra.

Axel no podía sentirse más feliz, ahora que sabía que Debra lo amaba de verdad, no por lo que había conseguido sino por quien era realmente, se sentía lleno de vida. Debra Mainor la actriz de sus sueños, con la que durante años imaginó vivir una historia de amor, ahora era suya. Suya para siempre.

Nada más aterrizar el avión, apareció Samuel con una limusina. Bajó del coche y se colocó las gafas de sol, cruzó los brazos y esperó a que la puerta del jet se abriera.

Debra fue la primera en bajar la escalinata, sonreía con una fuerza que Samuel nunca le había visto antes. Axel bajó después ayudado por Debra y una azafata.

—¡Joder tío estás horrible! —gritó Samuel.

—Yo también me alegro de verte ¡Capullo! —respondió Axel.

Los dos hombretones se fundieron en un abrazo.

—¿Cómo vuelvas a desaparecer? Te encontraré y te daré la paliza del siglo. —amenazó Samuel—. Por cierto espero que no te moleste pero me he permitido invitar a mi casa a unos amigos.

Jane y Tob que no podían aguantar más salieron corriendo de la limusina, seguidos de Rony y Martha que no dejaba de llorar.

Axel se llevó las manos a la cabeza, no podía creerlo. Toda su familia al completo.

Los días pasaron y todos lo pasaron de fábula, barbacoas con un improvisado chef Samuel que casi quemaba todo lo que tocaba y una Debra que parecía la sombra de Martha, siempre las dos juntas cotilleando. Axel acabó convenciendo a Martha y a Rony para que se mudaran a su ciudad. Era como un sueño saber que pronto su familia estaría siempre cerca de él.

Debra lo cogió del brazo y lo llevó hasta un balcón en el jardín que daba al borde de la colina.

—¡Más balcones no Debra! —gritó Axel.

—¡Calla ya tonto! Me alegro mucho de que Rony y Debra hayan aceptado venirse aquí. Sabes me

tiene loca Jane, es preciosa. Estoy pensando que a lo mejor tú y yo, cuando formalicemos las cosas entre los dos... ya sabes... podríamos...

Axel la besó, pensar en casarse con ella no le importaba, es más lo deseaba pero tener hijos le aterraba.

—Ya veremos... ahora quiero curar estas costillitas para poder, disfrutar de mi mujercita y bueno ya hablaremos de boda y niños más adelante.

—No te creas que te vas a librar. —dijo Debra divertida—. Nos vamos a casar y vamos a tener cinco hijos.

—¡Vale, vale! Ya está que me estás asustando y me duele el pecho.

Debra no pudo evitar reírse al verlo tan alterado.

—Pues asústate porque yo voy muy en serio, lo tengo muy claro. En cuanto te cures esas costillas nos casamos. No pienso dejarte escapar. ¡Bomboncito!

Axel la besó de nuevo, no podía imaginar a esas alturas una vida sin ella.

—Y luego yo quiero tener una niña tan guapa como Jane. —siguió diciendo Debra.

Axel la agarró con fuerza, sintiendo su cuerpo y sus labios cerca de los suyos.

—Debra Mainor. Te amo con toda mi alma.

—Yo también te amo Axel Crow. Podríamos ir mirando los muebles para la habitación del bebe.

—¡Uff! ¡Dios mío que mujer! —exclamó Axel tirando de ella hacia donde se encontraban sus amigos.

## **OTRAS OBRAS DEL AUTOR**

Una semana de lujo (Un amor prohibido)

La debilidad del marine

Una extraña en mi ventana